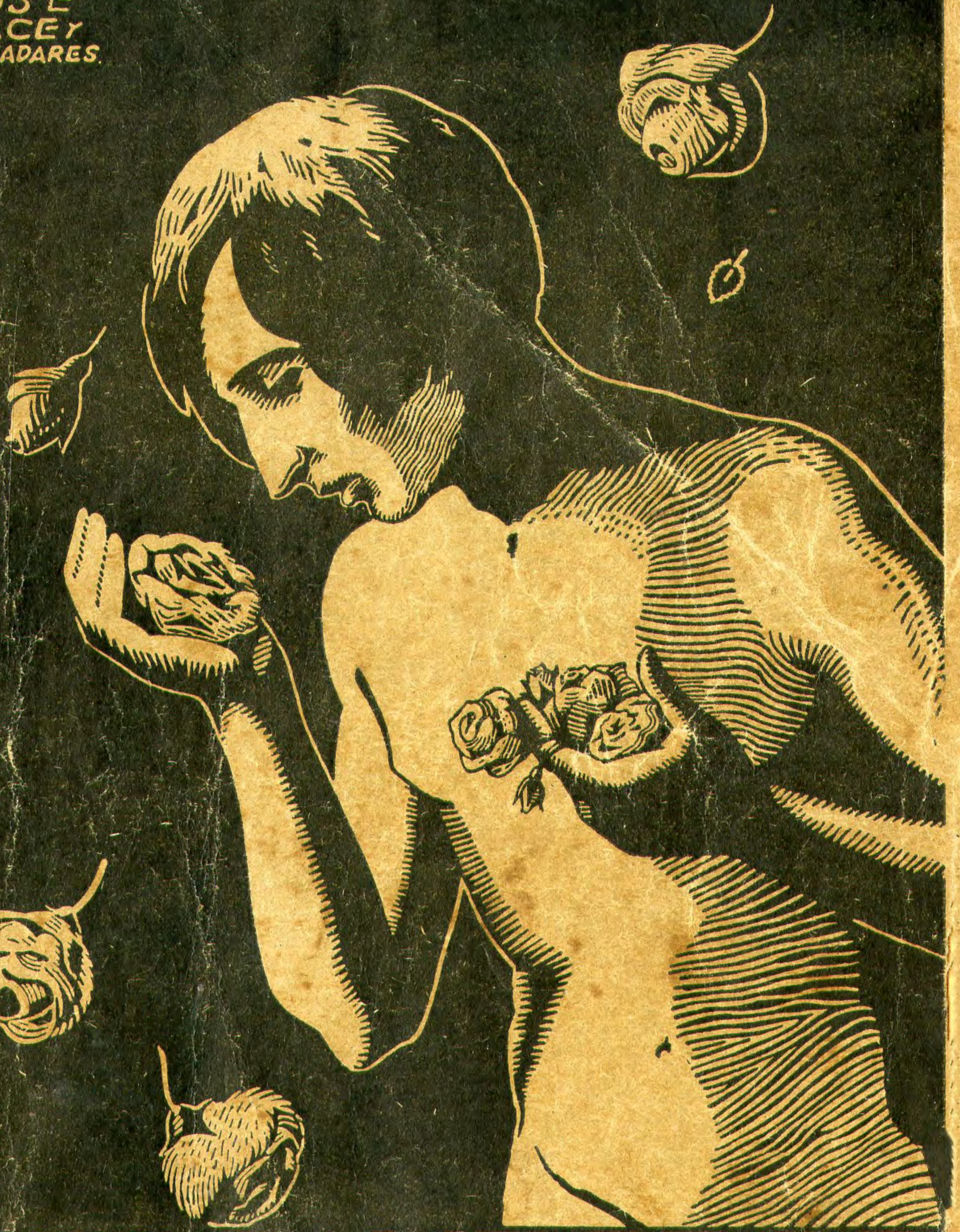


PORFIRIO BARBA JACOB

MANUEL
JOSE
ARCE Y
VALLADARES.

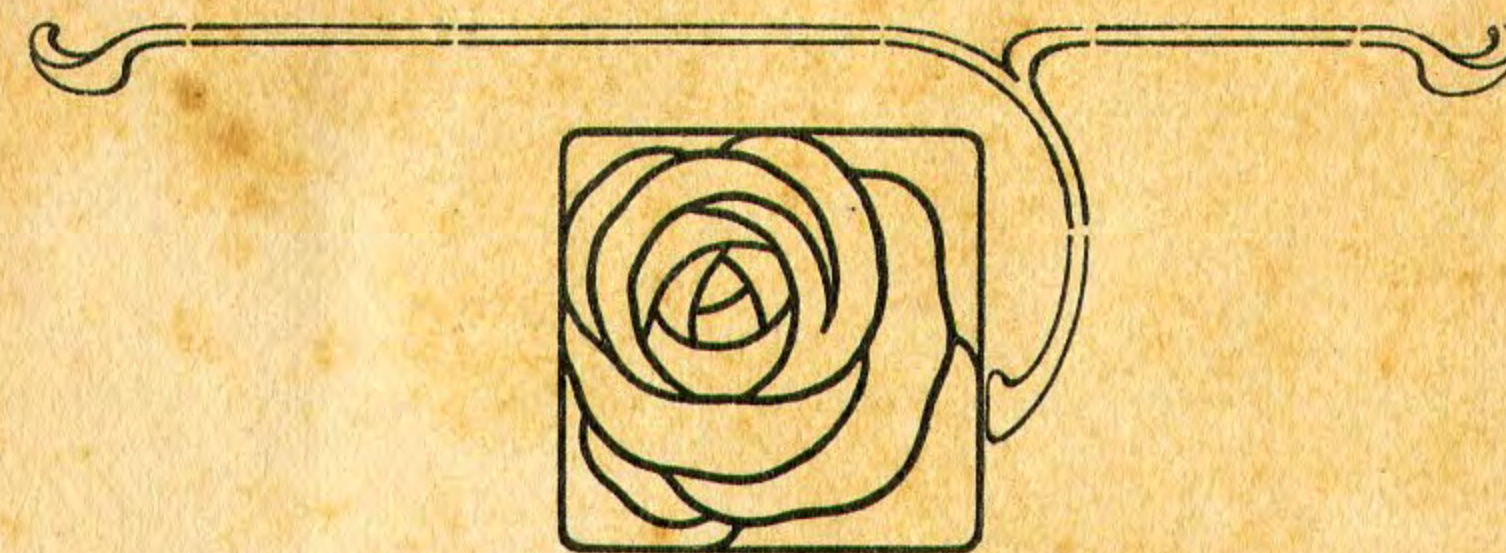


ROSAS NEGRAS

A mis hijos Ricardo y
Jaqueline
García Restrepo
Julio 1. de 1933

PORFIRIO BARBA-JACOB

ROSAS NEGRAS



GUATEMALA, C. A.

1933

Es propiedad.

Derechos reservados por
Porfirio Barba - Jacob.

LA DIVINA TRAGEDIA

IMPRESA "ELECTRA" - G. M. STAEBLER - GUATEMALA C. A.



LA DIVINA TRAGEDIA

El Poeta habla de sí mismo.

¡Vivir es esforzarse! Como vibra el ímpetu solar en el rayo de aurora, en esta exclamación, que tiene la más alta tónica de mi espíritu, está la virtud que me representa en el coro de los Poetas: *¡Vivir es esforzarse!* Yo he sido el esfuerzo de la intuición anhelante, sin desfallecimientos, semirevelado, semivelado, que ora se exalta, ora desconfía de sí mismo, viajero del llano al alcor, del alcor a la montañuela, y cimera ésta, en un impulso más potente a la cima azul, sobre la cima azul, la nieve incorruptible!

La nave de mi vocación lírica, como si un viento negro quisiera hacerla zozobrar, batida de tumbos y cegada de relámpagos, iba del relámpago al tumbo y del tumbo al relámpago. Yo traía de mis campos nativos, en la aspérrima Antioquia, la fortaleza del cuerpo algo mal proporcionado, la íntegra energía de la voluntad para la faena—prez de mi raza judaica— ¡y una inocencia como cendal de albura sobre la chispa madre de mis futuros incendios! Había empezado a entrever vagamente cierta inflexibilidad de mi carácter, advertía mi repugnancia por el trato de personas, mi alegría raudalosa en la soledad, la timidez de mi Don Juan bajo una resuelta conformación masculina. Y comprendía iluminadamente cuán arduo trabajo hubo de representar, para mis abuelos que eran la rusticidad

misma, y en aquel medio donde los hombres son el campo con palabra, el criarme sano y fuerte, vivo de fantasía, bien inclinado al yugo de oro del trabajo, — y con un corazón que era como el de una manzana madura, si las manzanas maduras pudiesen amar. Y yo amaba entonces a mis progenitores con una terneza que iba en radiación, desde sus virtudes incorruptas, hacia todas las cosas familiares de en torno, y fluía por ellas como un céfiro por la sobrehoz de las aguas. ¡Se abría en mi alma el lirio del alba! De ahí mis primeras canciones.

Traía también — y no era muy leve la carga — una incultura que resplandecía: ¡una ignorancia enciclopédica! Allá entre el olor de aparejos de mulas, tercios de maíz, ordeña de vacas matinales y encerrada vespertina de los terneros, el río que canta, el abuelo que castiga iracundo, la leche cándida y dulzuela, el coro de los sapos y las melífluas rosas de María Santísima... Allá entre breñales, donde no hay más doctos que la roza, la noche, el viento, la lluvia, los pájaros y los campesinos que no saben sino una cartilla... En mi Antioquia israelita, entraña de mi nativa Colombia, ninfa melódica de mi ideal América, no había tampoco periódicos, ni libros, ni conciertos, ni bandas. Si acaso, *El Arco Iris de Paz* o *Las Tardes de la Granja*... Si acaso, la revista de los Padres Franciscanos, cuyo sistema de anuncio solía exarcerbarme... Si acaso, *La Moda Elegante Ilustrada* que mi tía Rosario — ¡brilló una estrella en mi corazón! — que mi tía Rosario iba malentendiendo y peorimitando....

Allá en mi nativa Antioquia y en su más áspera porción, donde el cura melifica y amenaza, las madres procrean hijos como la caña de maíz granos, y la civilización es dulzura sin inventos, amor al prójimo sin automóviles, obras de misericordia sin locomotoras, castidad sin cinematógrafo; y donde la belleza y el vigor, la salud moral y la esperanza, la inteligencia y la lealtad son como flores caídas del manto de Jesu-

Cristo.... Allá en mi Antioquia, donde acaso pasó junto a mí, sin que yo lo advirtiera, el espíritu de Jorge Isaacs; y donde he oído en noches de luna coros de peones,

cantando a todo pecho la guabina,
canción sabrosa, dejativa y ruda;
ruda cual las montañas antioqueñas
donde tiene su imperio y fué su cuna....

Allá en mi Antioquia.... ¿Qué me diste tú, Santa Rosa de Osos, ni tú, Angostura, ni tú, mi nutricia Colombia, para educarme? Una escuela en donde se arremolinaban como ochenta niños, amén de veinte grandezuelos, en un salón sin ventanas; donde el maestro, cuando no faltaba, era borracho socarrón o caramelo de pedagogía religiosa, y donde aprender a leer era como una risueña designación de la fortuna.... Estuve menos de dos años durante cinco, porque me huía; me aterraba el pensamiento de que era preciso aprender a sumar. Como para Maeterlinck, los números no eran para mí una armonía sublime sino cifras encrespadas. Fuí reprobado una vez y mal reprobado otras dos, porque más valiera la reprobación que aquellas repri-mendas por mi falta de estudio, y aquellas dudas sobre si iría a ser loco. Con tanto talento.....

Cuando alboreaba mi adolescencia, y el mundo ya no me parecía un espectáculo — sino una granada, una brisa dulce y un joven amigo hermano de mi novia — fuí a Bogotá entre lágrimas y sonrisas. Para que mis abuelos se resignasen a retornarme al lejano hogar, díjose que mi padre navegaba con vientos propicios: era una eminencia entre los empleados de tercera categoría, ganaba buen sueldo, y quería enviarme a París... Pero no había tal prosperidad. Mi madre continuaba ganándose la vida con sus clases de guitarra — ¡brilló otra estrella en mi corazón! — mi valeroso hermano Rafael estudiando más pobreza que matemáticas, y mis hermanas casi de Hermanas de la Caridad, según las

querían en el colegio por inteligentes. Además, Lola era como un lirio de gracia; María, como una racha perfumada del verano; Mercedes, como una granada entreabierta en la delicia de castos festines.

La vida resultaba estrecha, y me la hacía más la falta de caridad intelectual de mi madre Pastora para juzgar a mis abuelos. Viejo orgullo algo ruin de una mujer que descendía del prócer Benítez, había sido rica, y tañía su guitarra como el sol tañe estrellas, —y hallábase casada con un abogado poco juicioso, hijo de esos campesinos del Tenche y el San Pablo que, después de todo, ni eran ricos como se creyó en la familia..... Y mi timidez para andar entre personas, dizque era hábito montañero: “Sí, educado por ese burdo de Don Emigdio....” Y mi franqueza de campo abierto, de brisa derramada, de brote, de grito, dizque era falta de urbanidad: “¡Qué niño tan brusco! La brusquedad de Doña Benedicta.....” Y todo esto me hería, me hería en lo más hondo. Y no hubo paz en mi corazón. Y no la hubo en aquella familia estrambótica. Y fuí enviado a la Escuela Normal. Estuve un año, porque al finarlo, allá por exámenes, advino la guerra de 1899. El año que estuve repasé la Historia Sagrada, la Gramatiquita de Mardulanda, la Religión del Padre Ortiz, la Aritmética de Rueda hasta la división de quebrados, y otras cosas no menos profundas.

En seguida pasé a mi Escuela Preparatoria, o como quien dice a mi facultad hispano-americana de estudios clásicos: la campaña en guerra civil. Fuí soldado conservador, porque me reclutó el Gobierno conservador. Un caso psicológico muy interesante. Jovencito, nervioso, lleno de ímpetus encabritados, derramando alegría, salud, fuerza y elasticidad, pero inhábil para ensillar, para ponerle el freno al caballo, para orientarse en las llanuras nocturnas. A lo lejos arrastra el Magdalena su cauda de estrellas amantes, como invitando a los Diálogos de Platón. En el ambiente hay un olor de guanábanas maduras. Estamos

a orillas del bajo Cambeina, y soldados de Cundinamarca se bañan desnudos. Reverbera el sol en las aguas quietas, tersas, blandas, claras, límpidas. Mi fuerza en medio de aquella inhabilidad, de aquel no sé qué mío que provocaba sonrisas benévolas, en medio de aquel paisaje grandioso y profundo, místico en el hervor gorgoreante del Trópico, —estaba en que yo era la única voz humana que interpretaba el vasto conjunto.... ¿Y cómo? No seguramente con versos: con gritos, con lágrimas, con discursos en los brindis, todos a medio embriagarnos y el sol reverberando en las alturas nevadas de Herveo... Además, yo tenía ya una conciencia clara de mi personalidad, de mis derechos a la vida, a lo mejor posible de la vida según mis fuerzas. Un sentimiento que ahora traduciría yo con insustituibles palabras de Valle-Inclán: “¡Yo soy el chivo y esta mi montaña!” La montaña era para mí la vida.

Entre tanto, la campaña iba pasando en paz. Era un andar, un andar de llanos a montes y de montes a montículos, sin hallar al enemigo jamás. Tuve una querida negra, muy joven, muy linda. Me hacía que yo le pegara en las nalgas, riendo la Sulamita, y primero se cansaba mi puño que aquel mármol tenebroso. ¡Cómo deseaba yo a veces saber tirar con un rifle, como los demás militares, para traerle garzas! Las garzas de Colombia tienen la dignidad lánguida y pensativa de las canciones de ese país. Son como aquella ensoñadora y dorada y suprema canción de Isaacs, que está en María:

“Soñé vagar por bosques de palmeras...”

Y yo pedía a Dios en mi corazón que nunca jamás hallásemos al enemigo, porque yo me iba a morir de miedo... No salía de los Estados Mayores: era la viveza a caballo para buscar gallinas y hacerlas freír por comadres improvisadas, y todos los Generales del Gran Estado Mayor de aquella columna de 150 hom-

bres llevaban el bigote oliendo a gallina frita. Yo tenía que cargar a mi caballo con bultos de carne, de sal, de exquisitos panes. Líchigos llaman por allá a los bultos. Y yo llevaba tantos, que me apodaron "el Teniente Líchigos."

Como año y medio duré en aquellos andares, aunque con treguas que se me llenaban de embrujamientos. Fuí a Ituango, viví en San Pablo, fundé una "Sociedad Educadora." Mil recuerdos levantan la suave cabeza: mil episodios llenos de ternura, de locura, de milagro... Es tan varia la dulce vida! Por ejemplo, el episodio del viaje a Sopetrán...

Pero sigamos adelante.

* * *

Después de la guerra fuí maestro de escuela en Angostura, tuve amores con Teresa—(¡se abre en mi corazón una violeta lúgubre!)—y perdí a mi madre abuela Benedicta. Un lampo de claridad divina me iluminó sobre sus despojos inanimados, y no sentí dolor: ¡ni una lágrima! Comprendí la epopeya... Yo sabía más que nadie de los zafiros de su misericordia, de los crisoberilos de su bondad, de los diamantes de su perdón. ¡Oh, mujer extraordinaria! ¡Estas palabras que te elogian son una realidad en la esencia misma de Dios! Aquel bregar al lado del esposo, en los agrios e insalubres campos, al lado del esposo, que era hecho del más burdo y puro roble de la raza; aquel bregar para ir alzando la familia de rústica a distinguida, de burda a discreta e inteligente... Aquel bregar para que se uniesen hijos y nietos, ciento y tantos, en una dulce armonía de afectos. Aquel servir y ser leal cincuenta años a un hombre a quien no eligió, a quien no amaba y no comprendía, ¡sólo porque era su esposo! Yo conocía aquel calvario; y en torno de él veía la prole numerosa, feraz, ardiente, elevándose en inquietud, en aspiración, en inteligencia, en goce de la vida, de la dulce vida... ¿Cómo no creer que era digna de

la corona del descanso aquella mujer, que había pasado encendiendo antorchas de almas, insinuando benevolencias en la desatada maldad de las cosas, ejercitándose en dolores de partos y en cocinar, grávida aún, para peones de la roza de su marido... ¡Cómo no aceptar sin protestas dolorosas la paz final de la santa que había robado al patrimonio para socorrer menesterosos, y aún para adorar a Dios en la pompa de sus altares de Corpus, que los hacía tan bonitos! ¡Cómo no advertir que ya reposaba, y que no tendría que descifrar, con sus cándidas interpretaciones domésticas, los enigmas de este Miguel Angel, el nieto de la esperanza, tan raro y tan amante! ¡Cómo no creer que la muerte era para tí bella como tu rostro, suave como tus efusiones, tranquila como tu ensueño en los jardines de Marzo...! ¡Oh, madre mía abuela Benedicta, Benedicta Parra de Osorio, hija de Antoñito Parra y Eugenia Giraldo, y muerta en la gracia de Dios el 2 de Diciembre de 1905! ¡Qué lágrima te daría yo que encerrara todo cuanto queda de puro en mí! ¡Qué libro te compondría yo que me reintegrara en la pureza de mi corazón, sin los pasados extravíos! ¡Qué canción en cuyas estrofas no vibrara el rugido de Satanás! ¡Qué verso fraguado con otras palabras, las palabras conqué tú despertaste en mí el amor a la vaga poesía del mundo!

La muerte de mi madre fué para mí como el aletazo de la Aventura. Florecían las primeras rosas apresuradas sobre su tumba, y yo corría en busca de mi Universidad—la Real Universidad del Mundo, que me ha honrado con sus borlas... Iba hechizado y libre, a pie y romántico, en compañía de un peón y con un alma mía de la cual no me acuerdo ya... Por los breñales de Anorí, por los bosques de Zaragoza, ríos frenéticos entre las rocas, culebras, libélulas, parásitas, begonias... Nechí abajo, Cauca abajo, Magdalena abajo... Fuí a dar a Barranquilla, pero con tan mala fortuna que al llegar se me perdió uno de los zapatos.

Naturalmente, estaba descalzo para la costumbre, pero semi-calzado para la filosofía. Y yo era algo filósofo... Bueno, pues caminar descalzo en la ígnea arena de la costa... Me ví en grandes apuros por la hosquedad de mi expresión y mi genio a relámpagos. Tuve que ir a vivir a casa de un leproso del cuerpo (menos mal) donde fuí recogido. Pero al fin, al fin, una noche azulina, entre los coros de los vientos y el rumor romántico de los palmares... Una dulce noche de la dulce vida...

Ah, no... Me es imposible revelar aquí estas tristes perlitas, este menudo aljófár de mi corazón matutino. Cada lector tiene en su historia esos aljófáres: escenas semiborrosas, canciones a medio-olvidar, besos, un lampo de sol, una amistad que nace, una canción... ¡hasta mañana, amor! Y todos saben lo que he querido decir y aún no digo.

Ello fué que me trasladé a vivir a la casa del poeta Lino Torregroza, es decir, a la casa del Gobierno, porque Lino era maestro de escuela. En aquel lugar se formó una bohemia resplandeciente. Regíala Leopoldo de la Rosa, que a la sazón andaba por las islas de Grecia, que nos traducía a Chenier y, ante todo, se nos traducía a sí mismo en unas visiones helénicas ebrias de miel, encantadas, miríficas, con un nocturno resonar de cadenas dolientes entre el aletear de las ondas marinas. Lino valía en la tertulia por dos, según era de fervoroso. Hermes Zepeda, de melodioso numen, explicaba la armonía del mundo por ecuaciones matemáticas, pero a mí en él me gustaba más el poeta que el matemático. Miguel Rash Isla, aristocrático, era algo insólito en nuestras veladas. Muy dulce de amoroso romanticismo. En cuanto a Enriquito de la Rosa, era célebre por haber compuesto medio soneto, lo cual lo habilitó como escritor. Le atribuía a Carlyle un largo párrafo sobre un camino, y lo había compuesto él mismo; pero a mí me deslumbraba. Desde un rincón de la estancia, medio envuelto en la claridad de

una opaca linterna de petróleo, nos miraba Hormechea con sus mansos ojos de mula pacífica, de mula de Nacimiento en Belén. ¡Cuánta energía en aquel pobre muchacho! No he conocido jamás una voluntad tan firme, tan indomeñable, superior al punzón de la burla, superior a la desesperación de la miseria, superior a la Dama de Cabellos Ardientes. Y cuando, en el año de 1917, había triunfado—porque fulgía su inteligencia y su cultura llegaba a lo increíble,—murió. Murió en San Salvador, sin otro consuelo que la bondad espontánea, florida e inagotable de aquella gran Nación. Yo he de contar, en una novela doliente, que sea paradigma de ánimos resueltos y de vocaciones inalterables, la historia de aquel muchacho. Iban a las tertulias otros dos sujetos, pero no digo sus nombres por no asociarlos a la gloria de este recuerdo. Yo, aunque pecador, soy vengativo. Ellos me tuvieron envidia y me hicieron mal. Hablaban horrores. Por ellos empezó la cosa...

En aquel grupo, palpitante de ilusión, la floridez de la mañana, el asombro de la inteligencia recién venida que está descubriendo a la vez el mundo del limo y el mundo del alma, en donde es necesario dar una distribución adecuada a los fenómenos... En aquel grupo leía yo a Darío y a Valencia, a Darío y a Emerson, a Valencia y a Guyau, a Darío y a Renán, a Valencia y a Cervantes, a Darío y a Carlos Marx, a Valencia y a Edgard Quinet... Mis demonios terríficos parecían sujetos con blandas cadenas. Y yo hacía prodigios de asociación, de síntesis, de integración ideológica... Yo bebía efluvios de los jardines antiguos, de los jardines de Italia, de Francia, de España... Efluvios de rosas de Filosofía, de Poesía, de Pintura, de Astronomía... Mi capacidad de recepción era como la de esas cavernas donde mil veces volteja un eco y mil veces lo acoge la concavidad en que tuvo vida.

Me interné en los clásicos. No recuerdo por qué causa modernista tenía yo a los clásicos por excesivamente ingenuos y simplones. Cuál sería mi sorpresa al

espaciarme en las Novelas Ejemplares, en el Tratado de la Tribulación, en Las Moradas,—y aun antes de los siglos áureos, en la prole feliz de las Dianas. ¡Esa dorada prosa de Fray Luis, y los versos del de León, que son la sustancia en el nombre y el movimiento en el verbo! ¡Esa superabundancia de giros en Suárez de Figueroa, y esa superabundancia de ideas en Gracían! Yo empecé entonces a amar a los poetas que me decían, con esas formas rancias, magníficas, como de real sello del Rey Tiempo, un no sé qué de la vida, de la inquietud, del viento... La Epístola moral me infundía tal temblor en la triple concordancia de la forma excelsa, de la doctrina altísima y del autor iluminándola en su obscura humildad, que en 1919 aun no me atrevía a cantar en tercetos. ¡Dante y tú, oh Paradigma!

Pero me encantaban sobre todo porque eran pomposos, y yo amo la pompa. Niño aún, me conmovía ver derramarse desde un tapial los gajos de la americana—cierta yedra—multiplicándose en mil gajículos, y éstos en otros y otros, y uno a uno cubiertos apretadamente de florecillas de oro vivo, salpicadas de un amago de polvo negro que no ennegrecía... El áurea cabellera se desparramaba, caía, ondulando al viento, invívita en la noche, fulgiendo a todo el curso del sol como una llamarada. Yo amaba las fushias porque eran profusas y lánguidas, con el sello de una tristeza real... Yo amaba la flor de San Juan, porque sus hondos tonos violáceos tenían el color de mi representación del mundo... ¡Eran episcopales! Yo amaba sobre todo las aguas: yo era el infante de los arroyos, y era el errante sátiro en pubertad, en las orillas doradas del Tenche o en las orillas azules del hondo San Pablo. ¡Vagos espectros familiares, madejas de agua blanqueando y sonando por doquier, resonancias de la vida en el cóncavo de la noche, una plegaria matinal que era como el beso de la Poesía en la luz! El encanto de Tenche estaba en el río; el encanto de San Pablo estaba en el río. Desnudo en la desnudez de

la Naturaleza, melódico, vágulo, casi paradisíaco, me perdía entre los bosques. ¡Cuán pomposa era el agua bajo las cabelleras del suribio, bajo la tenue sombra de los pisquines de seda! Azuleaba, verdeaba, plateaba, ahondándose, contrastándose, batiéndose al viento. Estimulaba la floración de las begonias, de hojas de grueso peluche. Propicia a los helechos de colores, con su beso los fijaba a las rocas: ¡cuán desvaídos tonos! Yo me hundía en ellos como se hundía Otelo en las trenzas de Desdémona. La pompa del campo, del agua, de toda la floración de las plantas que meditan y lloran, me parecía volver a encontrarla en los clásicos. Advertía, sin embargo, que ellos golpeaban en mi corazón con motivos universales y distantes, y no con motivos de la vida que me circundaba, no con mis palabras, mis representaciones, mis músicas, mis melancolías, mis júbilos y mis efluvios. Y era — ¡después lo he comprendido! — que nuestra América Hispana no tiene aún clásicos, que las florecillas de sus campos no tienen historia en la literatura, que su menuda existencia no ha tenido grandes cantores.

¡Cuando los tengamos! Mantos de pedrería para velar abismos, iris sobre los hombros de Psiquis, que no la vistan sino la desdibujen un poco en la claridad de la luz, y una fanega de tierra para cada uno, en donde cada terrón brote su propia flor! Lo que los clásicos de ayer no me podían dar, naturalmente, es el alma moderna, de temblorosa inquietud, ávida de nuevas posibilidades de vida y de cerebración, matinal y nostálgica, cruel y horrorizada, y anhelosa en América, de bien y de justicia por amor estético. ¡Y esta alma es la que hay que poner en las formas del oro clásico! Tampoco los príncipes de la lengua me dieron mi desatada libertad, sino que yo me la tomo y a mí me sirve para escribir como me da la gana, yo pomposo, yo romántico, yo engreído, yo delirante, yo prestidigitador.

Lo malo era que yo no sabía ni el A B C del francés, y ésto me causaba mil sonrojos. En la historia de mi vida pesó como la losa de un ajusticiado, durante diez años, la vergüenza de no saber francés. Yo disimulaba mi ignorancia como mejor podía, y hasta me aprendí unas cuantas citas. Y hacía que toda la Francia fluyese para mí a través de innúmeras traducciones.

Dejé las tierras delficas de Colombia, y con su melodía en el corazón vine a Costa Rica. El país estaba en paz y se comían muy buenas chuletas en casa de una señora llamada Julia. Gustó mucho a unos peluqueros mi *Parábola del Retorno*, que había compuesto yo en Barranquilla y que posteriormente hube de incorporar en el Maín Ximénez. Gustó también a aquellos amigos un verso: "El alma traigo ebria de aroma de rosales..."—no menos grato a Fernández Ledesma,—germen de una canción de 1908. La mañana en que llegué a Kingston, aun entre la media luz, era fragante como la cabellera de Eva, como el beso de América en la frente de Cristóbal Colón, el 12 de Octubre... ¡Oh, Poesía del tránsito! ¡Oh, dulce vida!

Fuí a La Habana. Su mar galano, soberbio, sonoro, opulento de ondas, opulento de olas, irisado de diamantes, insólito de fulgor, cada ola como un torso de mujer en floridez, cada efluvio como insinuación al deleite de engendrar en la gloria del día. Su mar latino me volvió místico. Me acuerdo que paseaba yo una noche desamparada por el Malecón, y ardía en tales fuegos y temblaba con tales zozobras, que volví a Dios mis entrañas. El acto contrito se me desvaneció como el rumor del Mar de Cuba, y no quedó en mí sino una especie de ternura religiosa, un indeciso anhelo de paz en el regazo de una creencia, de una deidad, de una locura sublime del alma. Era que el Señor estaba en mí mismo. Las flores de este puro sentimiento perfuman algunas de mis canciones más imperfectas.

En La Habana conocí al dulce y valeroso Catalá, a quien tanto recuerdo en mi cariño. Conocí a Arturo de Carricarte, que dudaba entre si yo pertenecía al presente o era ya del pasado. Conocí a los trovadores colombianos—Franco y Marín—a cuya locura de andar cantando debe Colombia un hecho glorioso: que se hayan difundido en México el bambuco, el pasillo y mil tonadas de canciones. Las dos melancolías musicales, la de aquí y la de allá, se han reconocido fraternas: los dos pueblos se han oído sus rumores y sus amores íntimos en sus íntimas melodías. En México desbordan la más fina inteligencia y la más fina percepción artística, y por eso la muchedumbre ha encontrado en las canciones de Colombia—sin analizarlas, una excelencia de flor que se mustia, de miel que se acendra... Después vinieron otros trovadores, pero eran muy calaveras.

En La Habana conocí a Tobón Mejía... Creo que éramos algo parientes por la parte linajuda de mi familia. El se dedicaba a buscar su expresión por medio de la pintura, pero no tenía libertad para moverse dentro del cuadro. Sus ideales de pintura eran bizantinos. Después ha logrado resonantes triunfos en París—según las trompas de oro—más no como pintor, sino como escultor. ¡Cada uno se encuentra a su tiempo, menos los tontos de remate! Tobón Mejía me dejó un alto ejemplo de valor para la lucha, una firme esperanza en su talento, y una grata memoria de paisano.

Conocí, por último, a Hernández Catá, un muchacho que a mí me parecía el prototipo de los amigos por su bondad y de los hombres por su hombría. Estaba casado con una joven muy linda y muy honesta; había compuesto unos libros que a mí no me gustaban; tenía enemigos de verdad—no solapados como los míos de Barranquilla—y lo acababan de nombrar cónsul en No-sé-dónde—, costas de Francia. Alfonso creyó en mí, me ayudó, me alentó. Fué el primer literato de los que

yo traté hasta entonces, que no tuviese resabios ni excesos de vicio, ni pereza, ni vanidad, ni envidia. Su talento me marcó la ruta de México, y vine a México. Yo todavía no sabía francés.

El campesino que había en mí se asustó con el estruendo de la capital mexicana, y me encaminé a Monterrey. Aquella ciudad me fué materna, y a su estímulo cordial empecé a trabajar. ¡Qué ternura, qué vaga esperanza, qué divina ceguedad había en mi corazón! Me extasié en el goce de aquellas montañas únicas, todo el imperio de la fantasía de la tierra, todo el caudal de matices de la luz refractada y envolvente, todo el símbolo; toda la fuerza... ¡Espectros de una amistad elevada, sencilla, noble...! Poemas inseguros, mujeres amantes de una noche, de un día, labor obscura, consuelo de los libros. Y... ¡oh, Shakespeare! ¡Si esta carne mía demasiado sólida pudiera deshacerse y fluir en lluvia de lágrimas! Yo celebré mis nupcias con la Dama de Cabellos Ardientes. Fué una noche de tormenta horrisona cuando la ciudad se había inundado hacia los barrios obreros, y seis mil cadáveres humanos pregonaban la inocencia de la catástrofe. Y la obscuridad se entenebreció.

Entré al periodismo, y rodando, rodando, he venido hasta el de la capital, esto es, el alto periodismo. Ya sé su secreto: lo aprendí pocos días después de llegado a Monterrey. Consiste en escribir muchos artículos cortos con desenvoltura comedida, opinar sobre todos los temas que uno no conoce, saber ponerse romántico todos los días de distinto modo, profesarle horror a la verdad, y urdir todos los días pequeñas trampas donde caigan los lectores ingenuos, que aun quedan algunos. Lo cierto es que así, de redacción en redacción, empecé a afirmar la conciencia de mi ciudadanía en el mundo. Me hice hombre. Ahora sí, ya hubiese podido ensillar, poner el freno y orientarme en las llanuras nocturnas. ¿Y el arte?

Volvía a leer, como en Barranquilla, como en La Habana. Como yo entonces no creía que lo fundamental es el talento y la libertad de mostrarlo, antes que los libros, leía hasta dos veces aquellos que me parecían fundamentales. Algunas noches hacía una luna muy linda. Fundé la Revista Contemporánea. Compuse el canto de las montañas, los de los niños, la áspera e inocente parábola de los viajeros, Espíritu Errante y otras naderías. Excepto mi canción de la estrella de la tarde, que esa sí no es nadería. Se me iba depurando el sentimiento ficticio de antes en la realidad del dolor; ya mi ternura no era inmediata, y mi agua verbal ahondaba su cauce. Mas escribía generalmente con una gran dificultad: la rima me era un tormento, las asonancias me contristaban. Forzaba el ánimo para realizar ciertos cantos, aún a riesgo de que se advirtiera en ellos la falta de un óleo melódico invisible... Y yo me iba diciendo: "¡No importa! ¡Estos son esfuerzos! ¡Vivir es esforzarse!"

Por más que hube reunido quince, veinte pequeñas obras en mis hatillos rehusé asesinarlas dentro de un libro, asesinarlas y sepultarlas dentro de un libro. Hay muchos libros de poetas y muy pocos grandes poetas, decía yo. Y esperaba. Y trabajaba... ¡Un día llegará en que las palabras me enseñen sus azules secretos! ¡Entonces pondré en formas mejores la emoción y el ensueño que provisionalmente dejo en éstas! Tal es la historia de mi "Lamentación de Maín Ximénez" — que sirve de Pórtico al libro. Es una poesía perfecta porque tiene una alta tónica moral, una gran tragedia de la razón, una gran tragedia del sentimiento, una gran riqueza de melodías en sus interludios, y una gracia en las proporciones que la hace parecer una capilla gótica. ¡En ella está simbolizada una divina tragedia! El vago son sinfónico de su postrera parte infunde paz, y se entreabre Acuarimántima. Y todo ello aprovechando los viejos materiales.

¡Qué tal si oigo a mis amigos! Pero la gloriola, mujer al fin, no tuvo la fortuna de que yo la cortejara con muy visible insistencia.

Estuve en Guatemala, pero no pude componer ni una canción. El aire reverberaba de tiranía. Ofrecí al tirano un libro acerca de Guatemala, lo escribí casi todo e imprimí un volumen, pero al tigre no le gustó porque se trataba del país y no de su imperial persona. Y eso que yo, entre embriaguez y embriaguez y excesos de amor nocturno con mujerzuelas y otras mujeres, había puesto mucho ruido de marimba en la prosa y muchas citas: ¡una de ellas en francés! Había puesto también un sincero elogio a la mujer guatemalteca, que después apliqué a la mujer colombiana para venderlo por cinco dólares. Pero esto ya fué en Nueva York, y reservo el episodio para cuando hable de Mr. Archer Huntington. Porque necesariamente hablaré del culto y espléndido multimillonario.

He de recordar mis relaciones con Rafael Arévalo Martínez, el hemiplégico de mi tragicomedia, mal augur de Maín Ximénez.... ¡Maín Ximénez no se redimió al fin por una mujer, como tú me decías, mi amigo de Guatemala, sino por virtud del canto! A aquel espíritu lleno de deseo de ver, no de deseo de amar porque la angostura de su moral no se lo permitía, le parecí un ser en extremo raro. Hizo entonces su primorosa novelilla en dos cuentos: El hombre que parecía un caballo. Dizque era mi caricatura. Yo, francamente, no creo tener la sencillez ni la inocencia del señor de Aretal. A la obra de Rafael no se la ha hecho hasta hoy una verdadera crítica. Yo intenté hacérsela, pero me engolfé en unos estudios de Fisiongnomía y eso exige tiempo....

De aquel país de quetzales recuerdo la firme y prolija lira de Carlos Wyld Ospina. Recuerdo a Fidelia. Recuerdo unas mañanas llenas de niebla azul....

No quiero olvidar una cosa: también estuve, años adelante, en la Ceiba de Atlántida, sobre las costas de Honduras, y en San Salvador. En la Ceiba padecí, amé, prosperé, deliré.... Compuse mi primera canción ligera. Vi morir a Raúl Peccorini, ebrio de juventud y de vida en el seno de su raza; le vi doblar la cabeza algo loca y entrar en el jardín de los pálidos asfodelos. Temblándole en las abéñulas ya inmóviles, la última lágrima, que él dedicó a la mujer con quien iba a contraer nupcias. Yo huí de la Ceiba. Me acompañaba el joven que despierta en mi pensamiento las ideas más puras, la visión más noble del espíritu en la obra de la vida, y que evoca en un fértil haz las rosas de la confianza, de la ternura respetuosa, de la virilidad que llega entre cendales de inocencia.... En mi poesía responde al nombre de Juan Rafael Agudelo. Ignoro lo que habrá sido de él, en la muerte de la ausencia, en el absurdo lírico y sentimental de mi vida... Donde quiera que esté, él es un ciudadano que hace honor a la Especie de los hombres. El es el tipo de la nueva raza de América, toda candidez, virginidad y potencias.

Un rumor de selva y mar y viento nocturno empieza a desvanecerse en mi corazón.

San Salvador es una ciudad encantadora, sobre todo porque es libre. Me dió paz para leer, para soñar y aún para delirar. ¡Cómo rugían entonces y cuán insaciables eran mis leones! No se satisfacían ni con las carreras diabólicas hacia Santa Tecla, en un automóvil brujo, y ella como si fuera Helena en el rapto mitológico. Tembló la tierra. Pero... ¡ah país acogedor, sonoro de rústicas faenas, cordial y encantado, fuerte y libre! Mi corazón vuela en las noches hacia Cuscatlán, alma de alondra sobre sus ruinas, espectros amados, embriaguez, un sórdido señor Quiñónez que era Vicepresidente, los baños tibios bajo la matinal, toda la miel del día...

* * *

Las circunstancias vitales en que he compuesto otros poemas no las voy a decir aquí. Se trata ya de obras como mi *Canción de la vida profunda*, para las cuales no necesito pedir indulgencia. Estas son las que forman el grupo de las nueve antorchas contra el viento, amén de alguna otra que anda en otra parte del libro. Las llamo *perfectas*, porque he expresado a trazos mi concepción del mundo, mi emoción, mi alarido, la robustez varonil de mi alma en el dolor de la vida, de la dulce y trágica vida, — tal como yo quería expresarlos: con un acento personal lleno de dignidad, dando fulgencia a las palabras, aliñando la música hasta sus últimos matices dentro de pautas un poco arcaicas. Después he comprendido que puedo reivindicar también, como virtud muy mía, pues la logro por el esfuerzo, la de la libertad.

Esta cuestión me obliga a detener mi palabra divagante, mi prosa un tanto cubista... La lírica hispano-americana necesita dilatar el imperio de sus libertades. No es posible dejarla en el lugar a donde la llevaron los maestros desaparecidos y sus contemporáneos que declinan: Jorge Isaacs, precursor — José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera, Rubén, Salvador Díaz Mirón... Es necesario ir más adelante, no sólo para que resuene en nuestros cantos la voz de esta edad, sino para que nuestros sucesores en el culto apolíneo reciban la lira con nuevas cuerdas. Yo trabajo en este glorioso empeño.

Creo que una técnica apta para reflejar adecuadamente la solemne alma de Hispano-América — la gran nación ideal que va a surgir, nación de naciones, no puede romper a muerte ni con las formas ni con el espíritu de la tradición. La limpidez y claridad del lenguaje, aun para expresar lo turbio y lo vago, acusa excelsitud, virilidad, corazón seguro. A mí no me den escritores que no saben gramática o que, puestos a expresar un concepto no tienen nueve palabras que

desperdiciar por una que aprovechan. Esa no es mi gente. Esos no saben español e ignoran la opulencia de los arcones de Castilla... Hay tesoros de formas poéticas y aun de la prosa de los vulgos, ya ennoblecida, que fulgen desde hace siglos con igual fulgencia en las formas de los clásicos. Esto no es posible sustituirlo. Lo difícil es poner en esas formas el temblor de hoy, la inquietud que nos envuelve en su onda, y hasta un poco de la inquietud que amanecerá mañana. Por eso yo he dicho en el Pórtico, que ansío mi verso constelado de gemas seculares...

Lograda esta victoria prima, que es flor temprana en los verdaderos escritores, la técnica tiene que recoger la herencia de las familias ilustres: los románticos españoles y franceses, los parnasianos y los simbolistas de Lutecia. Pero no recogerla pura, sino en la elaboración actual, como cae de manos de Valencia, de González Martínez, de Lugones, de Leopoldo de la Rosa... Es indudable que debemos a Rubén el sentimiento de la aristocracia formal como una conquista democrática. Antes no eran aristocráticos sino unos cuantos señores: ahora lo queremos ser todos. Por eso nos parece que resuenan tan fuertemente las liras de España, a excepción del cenáculo de los elegidos, y sobran dedos... La juventud literaria de nuestro continente se ha tornado exquisita. Gusta de hallar en cada poema una sucesión de menudas sorpresas de palabra o giro elegante, que coincidan con otras tantas sorpresas del sentimiento romántico dulce, o irónico, o simplemente maravilloso de primor como un caracol. Y todo ello envuelto en el velo de Isis, ondeando vagamente en la nébula flotante de imágenes imprecisas...

He aquí lo que quiere nuestra generación literaria. Pero un alma de hombre sano cantando a la vida en la alegría mística de la Naturaleza, a grito abierto; o cantando su horror lúgubre, cruzado de relámpagos de muerte... Un hombre-hombre, es decir, carroña de

carroñas, cantando la tristeza horrible de su llaga, y haciendo brillar sobre la podre la luz divina de su voluntad en su talento . . . Un ebrio de la gloria de Simón Bolívar . . . Un augur de la ventura de nuestra América-Hispana, toda temblor de materna promesa... Un bardo que acoja hoy la tristeza desesperada de los humildes, que están locos de rabia y amenazan el eje diamantino de esta sociedad inicua . . . Un bardo que comprenda la justicia de la ira social, el oprobio de los millones frente a la ironía de los suelditos . . . Un hombre que advierta en el giro de las horas el giro de la Edad, porque fluctuamos en el crepúsculo de una Edad del mundo: la que hoy se despide será agregada en las cronologías a la Edad Media, o se le dará el nombre de Edad Horrible, o se hará con las dos una verdadera Edad Antigua . . . ¡Oh, Humanidad! Gotea sangre de los pies de Jesús, pero bajo la sangre se erigen sus lirios de divina eficacia! Un alma así, un hombre así, un bardo de los que resumen todo el clamor de su tiempo, no lo pide nuestra generación literaria, aunque seguramente sí la que no es literaria, y nos lo demandará la posteridad.

Algunos poetas que habían logrado aquella dignidad y aquel primor de que ya he hablado, empiezan apenas a salir de entre los marcos restrictos de las estrofas silábicas. Otros estaban ya afuera; sólo que una vez del lado de allá de la línea no pudieron encontrar la melodía, sencillamente porque se olvidaron de que los elementos de las melodías más variadas y aun más virginales, están en los clásicos, en esos clásicos de cuyas cárceles de oro querían ellos huír.

A pesar de este advenir tardío y de estos ensayos sin corona, es necesario conquistar en definitiva la ondulante, la vágula, la selvática, la nocturna, la campesina, la marina libertad del verso y de la prosa. No es posible ni es decoroso dejar aparte las cuestiones de la musicalidad del verso, en un mundo por el cual se difunde ya el espíritu de Beethoven. Yo creo que

las ligaduras del canto español no están en las estrofas ni en las palabras, sino en nuestra esclavitud a las relaciones lógicas. Nosotros enumeramos los principios del conocimiento, pero no la afinidad, la virtualidad, el milagro de las melodías y de las ideas melódicas. De alas a alas, entre idea melódica y melodía pura, se tiende un velo irreductible a las palabras. Y como éste es el reino de la vaguedad—Vágula—flota en él una infinita posibilidad de asociaciones por sólo la virtud musical. Basta oír la palabra *Acuarimántima* para asociarla a los viajes que hemos leído, a las mujeres de la Odisea, a las ciudades de Marco Polo, a las lagunas de los países que tocó Simbad, a las montañas nevadas que soñó Sir John de Mandeville. O bien sugiere la idea de ondinas, de jóvenes mujeres cargadas con haces de niños y lirios, de lluvias iluminadas por el Sol . . . Yo empiezo a buscar mi libertad poética por la sustitución de las relaciones melódicas a las relaciones lógicas, y por el uso de la elipsis llevada a sus últimos límites. La Poesía no es discurso sino... Poesía. Así como la Música no es pentagrama.

Pero antes de apartar mi divagación de estas cuestiones de técnica, quiero decir una cosa. Todo esto: corrección del estilo formal, primor, melodía, libertad natural, libertad extranatural de sustituir enlaces melódicos a enlaces ideológicos, o de elidir relaciones intermedias como elide un águila espacio, a aletazos,—todo esto es vana fórmula si uno no ha sido hechizado . . . Ya el hechizamiento sea divino, como en San Juan de la Cruz, ya sea de tristeza de amor incurable, como en Becquer, ya sea luciferino y sonámbulo como en mí, ya sea ondulante y llameante como en Rubén o en don Ramón, hay que estar hechizado.—¿Y cómo se hechiza uno, Maestro?—me dice un joven de rara belleza y numen sietemesino.—Ah, le respondo yo: ¡viviendo!

Debí haberle dicho: ¡embriagándose! Pero no así no más como quien no lleva un tesoro que defender . . .

La norma es ésta: comprender la nobleza y la dignidad de la vida en la sujeción a algo supremo: Dios, Patria, Humanidad, Arte; tener un ideal, en fin... Acoger las tinieblas que nos envuelven, la ceguedad del destino, la iracundia de la vida, el soplo de pavor que viene del lado de allá de la muerte—y resolver tanta negrura en la fulgencia indeclinable del Ideal. ¿Y cómo? ¡Por la voluntad de resolverla, porque la voluntad es la verdadera gracia de Dios en este supremo conflicto. He aquí el ejercicio genésico de mi energía. Yo no podía pasar sin perpetuarme en un cristal, como el rayo de luz sin cuajarse en una estalactita... Erigí mi lema en lo alto de mi corazón: “¡Vivir es esforzarse!”—y comencé a esforzarme, triste y silenciosamente.

La nave de mi vocación iba adelante, cegada de relámpagos y batida de tumbos. ¡Ah, dura vida!

¡Cuánto trabajar! ¡Cuánto leer para escribir! ¡Cuánto escribir sobre Economía Política, sobre Derecho Internacional, sobre las urgentísimas reformas al Código Civil, sobre la actitud del Congreso que pierde el tiempo, y contra otras personas que tampoco me habían hecho mal alguno...

El ideal artístico, que si es ideal ha de ser amor humano, es la fuerza que nos sostiene cuando se levanta el huracán de la vida. ¡Ya el huracán está aquí! ¡La embriaguez va en sus rachas como el rumor en las ondas! ¿Con qué designios nos mueve la mano que rige nuestros movimientos? ¿Quién hizo tan áspero el camino del bien, y el otro ¡ay! florido, fácil y anchuroso? ¿Por qué el alcohol enciende sus llamas locas que alumbran escenas grotescas? ¿Por qué aquellos días de gris esterilidad, de frío desamor, en que no había más consuelo que ver rodar el disco de la ruleta: ¡diez y ocho colorado, seis negro! Aquellos amores que parecían una designación de mi raza, fallidos en una escena ridícula con la señora madre... Los días sin pan y en rebeldía contra la ley de ganarlo... Gentes

desapacibles que me creen producto al por mayor y sujeto a las mismas leyes... La muerte que me roza con sus alas, tragedias ajenas, fracasos, ayes, amores, alaridos... Unos que se alzan y otros que caen en la ruina de sus fábricas de soberbia... La política en vaivenes, la heredad dudosamente habida, el estrépito de la guerra que abre las nociones de nuestra civilización y nos las enseña por dentro, sangrientas... ¡Oh, todo el tumulto de la vida hecho un huracán que me azotaba el rostro! Y yo contra él, dichoso en el peligro, levantando mis ideales de hombre como antorchas, ebrio, el oído alerta a la cántiga de las sirenas...

Este abandono en los giros multívagos de la vida me hizo llegar a las más negras simas de la vida social de mi siglo. Conviví con los miserables, miserable como ellos, en las cantinas de Ciudad Juárez y de Chihuahua, en los garajes de El Paso, donde la corrupción moral asume tales formas, que parece ideada en una sobreexcitación pesimista del alcohol... Comprendí que la tragedia se manifiesta por medio de las cosas y va a herir al espíritu, pero que ella flota por cima de los dos, inadvertida y fulminante... Comprendí que el misterio está llamando como un niño de ojos de luz a la puerta de unos ceguezuelos, y que no oímos su llamar... Ví, palpé, labré, formé las cosas con mis manos: las interrogué en nombre de mi amor a la vida, y su silencio de silencios me aclaró el enigma... Las cosas abrían sus bocas para reír, me mostraban las entrañas, y luego me tendían los brazos en una fraternidad a la vez gozosa y lúgubre, melódica de risas e irisada de lágrimas. ¡También ellas eran cautivas! ¡También, como yo, como todos los miserables que padecían y gemían a mi lado en las mazmorras del siglo XX, no eran sino la veste de un Pensamiento Perdido... En la ilusoria sucesión del espacio y el tiempo...

Quise fijar en palabras, en canciones, en raptos de la palabra iluminada este glorioso despertar de mi alma; pero las palabras adquirían tal personalidad, se individualizaban y erguían de tal modo, que no se dejaron atar con los lazos de seda del discurso... Esperé. Después he hallado las melodías y las imágenes que deseaba. Y empiezo a cantar mi canción, libre en el nombre de los pájaros, los arroyos y los vientos. Y grabo en mi corazón esta norma: la vida inmediata gana en fidelidad de detalles transitorios, al subir a la canción, lo que ésta pierde en perspectiva ideal y en hálito humano.

Herencia del numen que nos conduce a través de las cosas, traemos del viaje una noción universal de la armonía como principio estático. Incorporando a ella nuestro dolor, la hacemos dinámica. Existe el dolor como principio dinámico en arte; incorporando a él nuestra noción de la armonía, lo fijamos en el tiempo, en la resonancia de mil ondas sucesivas.

¡El huracán arrecia! Sus ráfagas ya no embriagan: ¡hechizan!

Mi poesía es para hechizados. Aunque se manifiesta generalmente con una apariencia de tranquilidad, está llena de temblores, de relámpagos, de aullidos. Hay que desentrañarla, no en la complejidad de sus pensamientos, sino en la complejidad de sus emociones. Parece cerebralizada: no lo es. Yo soy hombre de tono profundo, y no producto al por mayor de la Naturaleza.

¡Hechizantes opios, hechizante caña de México, hechizante y feo alcohol, hechizante amor de la inteligencia hacia la vida—que es el mejor de los hechizos: he aquí lo que yo demando a los lectores de estos poemas. Sin una exaltación de entusiasmo, o aunque sea de iracundia contra mi numen, no es posible leer mis páginas inflamadas.

* * *

Técnica liberada, pues: e interpretación del mundo merced a un alto ideal de amor. Circunscribamos el ideal a nuestro México, a nuestra América y a nuestra ciudadanía.

El estrépito de las batallas y el negro hollín de las deslealtades políticas—coeficientes de la marea de sangre—nos han hecho pesimistas inactivos, y por esa inactividad no osamos creer en la grandeza de la obra que está realizando América. Si a un ciudadano de México, del Ecuador, de Venezuela... se le preguntase cuál es la fórmula que define nuestros aportes al movimiento del mundo, vendría a responder, puesto que fuese un Juan Lanas: *matarnos para robarnos*; y puesto que fuese un intelectual como Francisco Bulnes: *pasar de la dictadura a la anarquía y de la anarquía a la dictadura*. Y aun el coro de Repúblicas que se enorgullecen de su paz íntima y de la estabilidad de sus instituciones parece dudar todavía... “Apenas brilla alzándose el argentino Sol, y la Estrella chilena se levanta...”

Sin embargo, en la proporción en que lo han permitido mil circunstancias contrapuestas, hemos sido colaboradores benéficos en la obra de la cultura. Entre coros de angustia y como a ímpetus de puño infantil, tallamos en la piedra familiar la estatua que ha de representarnos en el templo de las grandes razas. Sin un pensamiento que unifique los arranques, fallida la cohesión, inseguros los derechos, el bienestar mezquino—nuestro virgíneo continente no ha interrumpido su tradición de gloria por falta de quienes la perpetúen. No hay una sola de las actividades humanas en que no haya prestado su concurso a la vida la Patria ideal de nuestros corazones: ya brillante de ígneos fuegos de epopeya, como en Bolívar, en San Martín y en Morelos; ya florido de talento, de energía, de previsión, de ternura, como en Sucre, en Alberdi, en Mitre, en Murillo Toro, en Julio Arboleda; ya apto para fundar

las libertades civiles entre el humo de las batallas y las ambiciones de los caudillos, como en Santander; ya apto para las más difíciles especulaciones de las ciencias naturales, físicas y matemáticas, como en Caldas, como en Zea; ya hecho arte supremo al servicio de la suprema ardientia latina e indígena, como en don Juan Montalvo; ya en la preñez romántica de 1850, que pare caballeros de la libertad como Juárez y su pléyade, y más adelante caballeros de la más ríspida autonomía, como Maceo y sus cohortes flamígeras. Ya, en fin, sonoro de liras como en ese ideal grupo en que destellan, en la unidad del nimbo de su gloria, un Olmedo y un Bello, un Gutiérrez González y un Pombo, un Andrade y un José Eusebio Caro, un Epifanio Mejía y un Heredia, un Darío y un Chocano, un Herrera y Reissig y un Nervo... pues ¿y fuera de las liras? No hay sino que citar los nombres de un Ricardo Castro, de un Manuel M. Ponce, de un Acebedo Bernal, de un Roberto Montenegro,—o de ese espléndido genio de Saturnino Herrán, el más original, el más sintético, el más fino, el más filósofo, el más iluminado de los pintores de razas... El cofrade de San Miguel, o el Tríptico de las ofrendas, de este pintor, son como el Tequendama y el Chimborazo en la historia de nuestras bellas artes.

¿Y si contamos las conquistas logradas para nuestro derecho? Bolívar define con el discurso de Angostura y la carta de Jamaica la unidad de la raza, como la define Saturnino con los lienzos de sus ofrendas. El libertador señala con antorchas de fuego los lineamientos de nuestra sociología. Como Santander en Colombia—aunque es difícil que con tal suma de talentos flamígeros, otros capitanes de América organizan los pueblos que les toca regir. Las nacionalidades se cimentan, la Patria logra su primera encarnación formal. Ya la rapiña del 47 suscita enconadas protestas, y todos los corazones se vuelven hacia México. La lucha contra Maximiliano es la lucha de

todos los espíritus del continente contra la caduca Europa, y el patíbulo de Querétaro se trueca en pedestal para el orgullo de la raza nueva. La intangibilidad de la forma republicana en el mundo de Colón queda estatuida... Y elidiendo épocas, sucesos y nombres ¿qué significa esta inquietud que hoy mismo se difunde a lo largo y a lo ancho de nuestros pueblos, sino la aptitud y la decisión de la América para colaborar en la revolución que hoy alborea, y de cuyo seno ígneo ha de surgir el mundo renovado por la Justicia?

Es preciso recordar esta certidumbre consoladora: mientras la guerra civil parece devorarnos los riñones, y los cepos calcinados del odio cubren de nubes pestíferas el ambiente, y la sangre gotea con un gluglu desolado, los espíritus más conspicuos del Continente recogen lo esencial de la cultura de Europa—su flor síntesis—y su aroma embalsama los actos nacionales: el libro y la ley, el poema y el lienzo... Es todo lo que Europa nos puede dar: ¡un aroma! Y es así como, labrando el equilibrio social y político según la norma fatal de todos los pueblos, y, por tanto, atrasados de modo ineludible, persistimos acordes con la civilización, nos vinculamos a ella y trabajamos en sus empresas. Somos verdaderamente una Edad Media sin religión... Y así como del vientre inflamado de la Edad Media antigua brotaron las naciones en un parto de seculares gemidos, así del fondo de esta edad que está viviendo América brotará la gran federación espiritual del Continente, bajo el nombre tutelar de Simón Bolívar.

Yo creo—y expreso mi creer, para sublimarlo, con palabras de Valle Inclán, gran maestro—que la onda cordial de una nueva conciencia sólo puede venir de las liras. Yo creo—y mi creer tiene la integridad de un diamante—que nuestras liras son llamadas a despertar la visión de la Patria futura, de la América Hispana como representación de una nueva flor étnica, de una nueva energía vital de asombroso poder creador y

como posibilidad de una concepción estética y una nueva manera de expresar el sentido del Universo. Hacia esa cima quieren volar mis alas. Y en nombre de la armonía que todos pugnamos por reducir a números pitagóricos, yo digo a los poetas de América, a los que aman mi obra y creen en la onda cordial que ella vela: ¡Unámonos en este florido esfuerzo! ¡Sobre las huellas de Rodó, hacia la cumbre del amor y el dolor de Bolívar! Y que nuestro gran anfictionado sea el Reino de las Musas!

El ideal de la fraternidad hispano-americana es todavía obra de poetas, aunque empieza a ser también empeño de estadistas. Es a nosotros, pues, a quienes corresponde definirlo, promulgarlo y cantarlo; sobre todo, cantarlo. ¿Y cómo debe ser entendido?

La unión afectiva del Nuevo Mundo latino — los Estados Unidos no son América, son Yanquilandia y sus esplendores — no puede tener una significación de aumento de fuerza material, de cohesión política, de alianza tácita para grandes empresas de guerra o para proteccionismos innobles y estrechos. Si ese fuera su alcance, tanto valdría como tender hacia España — (¡se entreabre una rosa trágica y lírica en mi corazón!) — hacia Francia, Inglaterra y otros países europeos. No. Nuestro ideal hispano-americano es el de una comunión con el Destino continental para el esfuerzo hondo y puro de la vida: el de una dilatación augusta del Espíritu: el de un ritmo humano nuevo: el de un nuevo coro de la más profunda tonalidad que haya resonado en la historia.

En el juego de las relaciones de pueblos a pueblos, las alianzas convencionales, basadas en el equilibrio de las fuerzas, se hacen y se deshacen, a veces entre océanos de lágrimas y estrépitos de catástrofes. Pero esta alianza de la América latina e indígena, toda entre sí, pueblos y pueblos, — será imperecedera porque la estamos sobre el amor, por encima de los cañones, las montañas y el tiempo. Hemos de consagrarla no sólo

en las raíces del árbol de la vida, sino también en lo alto de su follaje, de donde vuela el ritmo y la flor, el aroma y la miel del mundo. Y estaremos orgullosos de ella por su propio sentido de ternura, como del acto que sintetiza el más coordinado y generoso de los esfuerzos humanos contra la materialidad.

La ventura que esta unión ha de darnos se colige, pero no se reduce a números. Representa una realidad que excede a todas las realidades históricas que conocemos. Dentro de la onda inmensa de amor de la América Una, tendrán más recio temple nuestras almas, y más fervor nuestros cantos, y más fecundidad nuestros ensueños, y más amplitud nuestra concepción de la armonía y la hermosura de la vida. Seremos entonces como Maín Ximénez cuando la transfiguración de su ímpetu en pasajero abatimiento, de su abatimiento en acción melancólica, de su melancolía en regocijo iluminado. Seremos artífices en el gran poema de la paz, la justicia y la abundancia de la Tierra. El amor habrá conquistado las murallas de *Acuarimántima*!

Frente a la España maternal y gloriosa, pero despeada; frente a la Inglaterra opulenta, pero anti-humana, opresora de la India; frente a la Francia de las iluminaciones, circunscrita a los aros de sus siglos; frente a la Alemania de casillas donde ya no queda ni un rincón sin nomenclatura; frente a los Estados Unidos de pies de bronce, vientre de oro y cabeza de arcilla — país de esclavitud cuáquera bajo cacareadas formas de libertad — se erigirá nuestra América virgínea, de estu- penda energía creadora, con voz de amor, aliento de selva y visionario corazón. ¡Nuestra América, Sibila feliz del género humano!

Y así como en este continente se libraron las batallas definitivas contra la púrpura real — porque fué aquí donde se cumplió ese gran suceso, por más que haya aún, anacrónicamente, andrajos de gloria enredados a las patas de los tronos — así en su regazo prolífico asegurarán las generaciones que están por

advenir la distribución equitativa de los bienes terrenos, por la cual se estremece hoy el mundo . . . ¡Poetas de Hispano-América, hermanos en la memoria sagrada de José Asunción Silva y de Rubén Darío: cantemos a Hispano-América! Hispano-América es la Atlántida surgiendo resurrecta del mar, oro vivo, alba fulgente, fuerza, amor, milagro eterno, ternura, esplendor, melodía . . . ¡Cantemos a Hispano-América!

A México le corresponde la dirección ideal de este sagrado movimiento de las almas. México está al Norte, en los confines del mundo de Bolívar; tiene raíces que se prolongan hasta más allá del advenimiento de Colón; posee una fisonomía confusa, pero propia y auténtica; se desborda con el paso huracanado de sus guerrilleros, que no es sino indicio de fuerzas sin cauce; ha sepultado dos imperios; y, lo que es más importante, acepta la suprema delegación que le hacen con tácita voz los pueblos fraternos. Que México responda, pues, a esta confianza fraterna y vital, con la efusión de su espíritu en las más elevadas manifestaciones. Que haga ver a la América cuán digno es de llevar su oriflama y de integrar su unidad. Enlácese a América, y que América se enlace más y más a él, por medio del trabajo iluminado, de la resonancia simpática, de la acción idealista. ¡Navegaremos entonces según el viento de un heroico destino!

Asperamente aferrado a las realidades de la vida, porque no soy Príncipe-en-la-luna sino . . . para otras cosas—comprendo que el ideal gusta de viajar, como ciertas aves, al amparo de las naves veleras. No sé si habrá pájaros que viajen en los modernos trasatlánticos, porque no he reparado en ello . . . De lo que sí estoy cierto es de que, como dizque enseñó el genio de Alejandro Magno en las postrimerías de la Edad Antigua, el cambio de productos es como la sortija nupcial puesta en el dedo de la vida, que augura ya el milagro de la unión y de la multiplicación. Enviemos de país a país nuestras canciones, aunque sea por la

telegrafía inalámbrica, mientras llega el día en que ellas puedan ir de Veracruz a Buenos Aires o de Tampico a la Guaira en barcos propios, que tengan por lastre la plata nativa y las gomas vernáculas.

El Continente Estético—cual le llamaría Vasconcelos—ha menester que la onda cordial de su nueva conciencia se inicie por el canto de nuestras lirás y se consume y afirme por la acción de nuestros corazones en el ejercicio cotidiano de la vida civil.

* * *

Yo no he conquistado las normas estéticas y vitales que acabo de figurar por medio de mis imágenes. Muchos de los poemas que aparecen en este libro no son sino—como yo mismo lo he dicho bajo el influjo de una deidad que no debo nombrar aquí—esfuerzos varios por resolver mi canto en melodía. Yo antes veía el crepúsculo y creía que ese era el crepúsculo. Después supe que el verdadero crepúsculo es el que está en lo íntimo de nosotros . . . Hay cantos como *La Esperada*, los fragmentos de *La Tristeza del Camino*, mi *Parábola de los Viajeros*, y algunos más, que distan mucho de ser obras acabadas: les falta melodía interior, ajuste artístico. Otros—voy a citar una de mis obras fundamentales—como *La Dama de Cabellos Ardientes*, tienen una forma lánguida sobre el incendio y la desolación de sus fuegos íntimos. La victoria de mi intuición anhelante consiste en que he reivindicado la libertad, en que empiezan a revelárseme los secretos de la melodía, en que he ensanchado mi corazón para que vuelen dentro de él las águilas de mi amor. Voy a cantar la Raza, la Patria, los héroes de la Rusia idealista que triunfan y gimen con Trotzki y Lenine . . . Voy a cantar las menudas cosas familiares, para que empiecen a tener sentido las florecillas maeterlinianas de nuestros campos . . . Voy a levantar el vuelo hacia la sinfonía poética—en cuanto es posible hacer sinfonías con palabras—para escribir nuestra epopeya espiritual;

pero así a relámpagos, como mi condición... Y, sobre todo, voy a cantarme a mí mismo. Si en tales canciones hay obscuridades, algún día las aclarará mi tragicomedia de Maín Ximénez. Y si hay misterio... ¡pues si hay misterio no habrá quien lo aclare nunca jamás!

Séame permitida una observación. Después de los fenómenos de que fuí a la vez víctima y espectador en el Palacio de la Nunciatura, y que todo México ha conocido por un relato mío tan económico de ideas como de arte—no me está permitido cerrar la puerta de mi poesía ni de mi tragicomedia a los hálitos del Misterio. El Infantito de la Buena Estrella, ser real que ahora mismo vive y que mañana leerá estas páginas locas, es un personaje que puede hacer coro a Maín en sus andanzas; tiene hasta los tonos de las marionetas...

* * *

Yo reposo tranquilo en mi obra—en la que ya tiene alas en la vida de las canciones, y en la que no es sino un vago ritmo de abeja platónica en mi fantasía. Yo entrego mi trigo, seguro de que va en él la savia de su campo. La posteridad separará las gavillas pequeñas y vanas, las que brillan menos por la madurez de los granículos que por el vívido oro de las pajuelas. Se me reducirá acaso a unas cuantas páginas de antología, con la signación de “errabundo y extraviado.” ¡Pero algún grito mío subsistirá, porque por mi boca han hablado el Dolor, el Terror y la Esperanza... ¡Y *Acuarimántima* fulge en la lejanía!

Más cuando digo mi obra, aludo a la que salga impresa a la luz en tomos de ediciones dirigidas por mí, con prólogo mío, con el sello de mi intransigencia. Lo demás, lo que anda por ahí, no lo reconozco. He escrito innúmeras necedades que parecían agradables; me he revelado en mil ensayos presuntuosos, donde mi ignorancia estaba tan al descubierto como recóndita mi

habilidad para ocultarla. Quien reproduzca lo que no tomó de mis libros, traiciona en mí la voluntad artística de la Naturaleza.

Creo, finalmente, que estas páginas—las que preceden y las que siguen—irán a levantar murmullos adversos a mi nombre, entre espíritus reacios al corazón caritativo de Jesu-Cristo. Me está reservada una celebridad rencorosa. Quizá alguien se torne iracundo contra las direcciones artísticas de mi obra, por direcciones morales que no he querido señalar. Pero yo no soy un moralista del amor, ni padre de familia, ni maestro de escuela, ni siquiera diplomático... Si arrecia la tempestad, me acogeré silenciosamente al blando arrimo de la contemplación. Soy uno de los seres que más gozan en la soledad, que más consuelos saben resumir en los esplendores de la Naturaleza. No hay pesadumbre—por ruda que sea—que no se me disipe cuando asoma sobre la paz de los campos la estrella de la tarde...

* * *

¡Aurora! ¡Aurora! Hoy he advenido en medio de los hombres por la virtud de mi canto, que fija mi dolor y mi esperanza. Soy el Príncipe Fatuo de la rima: el Príncipe llagado, pero fatuo, el Príncipe ciego, pero fatuo... Seré tema de conversación, de censura, de elogio inteligente para quienes lo lograrán comprender... Seré errabundo... Seré desmesurado... Envejeceré en el noble ejercicio de la lira y en el amargo ejercicio de un trabajo sin idealidad... Se me rechazará al fin de los periódicos... Iré a los hospitales como Verlaine... Después un viento... un viento... un viento... y en ese viento mi alarido.

PORFIRIO BARBA - JACOB.

Octubre, 6 de 1920.

LA DIVINA TRAGEDIA

Fragmentos del prólogo de "La Diadema"

libro próximo a ser publicado.

Amigos ilustres, que tanto me habéis estimulado a recoger mi obra lírica en un volumen; afectuosos, ingenuos admiradores del tránsito, que os dolíais de que yo fuera escribiendo en el viento, sin unidad en mi vida y como bajo el influjo de una embriaguez diabólica: he aquí el libro que me representa, el fruto amargo de mi saber. Resume los esfuerzos de muchos años de experiencia honda y seria del dolor humano, de dilatación de la fantasía, de pugna con las palabras. Compensa el tiempo que he hurtado a la regularidad de las empresas periodísticas, en mi vagabundez,

y los viajes absurdos que no tienen
ruta fija ni punto cardinal.

Es la impresión valerosa, con tristeza imperial vestida, de imágenes y representaciones de un alma solitaria, y el grito desolado de esa alma en sus precarios fulgores, ante la inanidad de todo y la Muerte como límite. Diadema de lágrimas de la inteligencia, que ciñe mi corazón defraudado. Sucesión confusa de tragedias espirituales.

Confieso que más de una vez me ha parecido letal la amargura de estas canciones, hasta cuando la estrella de la tarde, símbolo de la belleza, baña de suave claridad el sombrío panorama interior. He planteado de nuevo, bajo la inocencia de las rimas, el

duelo inenarrable de la materia con el espíritu que en ella parece reverberar, y complico el antiguo dolor de la lira con un dolor que no conoció ninguno de los grandes desolados. En medio de la orgía se oyen las acres negaciones de la soberbia lúgubre, y en la tremenda actitud de la Musa se podría ensayar una mística de Satán.

Soy antioqueño, soy de la raza judaica, gran productora de melancolía, según expresión de Ortega y Gasset, y vivo como un gentil que no espera ningún Mesías, o como un pagano acerbo en la Roma decadente. Un frío, agudo análisis me veda la aceptación del testimonio de los sentidos como otra cosa que un engaño; y en cuanto a las nebulosas de la Metafísica o de la Teología, no han alcanzado a domar la rebelión de mi inteligencia, y la belleza no me parece una dádiva que compense los dolores del pensamiento. Quizá una concepción justa del Universo y de nosotros, que nos ponga al unísono con la ley vital y nos dé la tranquilidad y la humilde, fecunda alegría, no pueda fundarse sino en la belleza; pero son infinitos e imprescriptibles los derechos del ser, y allende la última belleza que él conciba se extenderá siempre "una negrura que da vértigos."

Esta es la tónica de mi Musa, este es el secreto de mi tragedia espiritual, que está revelando mi poesía.

PORFIRIO BARBA-JACOB.

(Composición tomada de un diario quezalteco).

INTERPRETACIONES

I

La protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter—dijo Rubén. La mía va en estas Rosas Negras, que ofrendo al misterio doloroso de la vida.

Maín Ximénez es el personaje fundamental de una tragicomedia mía, y los poemas que forman este libro son glosas o desarrollos líricos, en ocasiones, vagas paráfrasis—de ciertas escenas o pasajes del Maín. Esto se puede ver señaladamente en el Pórtico, soliloquio que no me atrevo a explicar por miedo de que me lo profanen.

He incorporado, sin embargo, algunas de mis creaciones líricas, esto es, de las que expresan mi propio grito sin ficción, sin anhelo de asumir dolores extraños, sin pueril impulso de cortarle gajos a la palma de la originalidad para merecer el amor del Numen. Tales son, por ejemplo, las de técnica un poco incierta, que evocan mi musa adolescente; tales son también *La Estrella de la Tarde*, los dos sonetos que me inspiró Guatemala, *El Triunfo de la Vida*, *La Hora Suprema*, y otras así. Creo que esta explicación será suficiente para que no se me atribuyan a mí todas las quejas de Maín Ximénez, personaje ilusorio en que hay algo de mí mismo, pero tan poco y tan incierto, como lo que hay de mí en el famoso Señor de Aretal, conque a Arévalo Martínez le plugo simbolizarme.

Más sin que valga la limpidez de esta disculpa, lectores excesivamente castos, un poco reacios al corazón caritativo de Jesucristo, encontrarán pecaminoso

el arrullo melódico de ciertos poemas: *La Canción Desesperada*, *El Son del Viento*... En todo el libro hay pasajes así, oscuros, y no se aclararían sino con la lectura del Maín. Desgraciadamente para mi nombre, la publicación del Maín no es posible todavía.

Recuérdese que yo no soy un moralista del amor, ni de nada. Soy sólo un poeta que ha compuesto tragedias espirituales en formas de un arte refinado. La capacidad de expresar justa, sobria y musicalmente la pena humana,—la perfección del verso,—la unidad interna del libro, me interesan mucho más que todo el tumulto de la Historia. Grato rincón de la Biblioteca de Guadalajara, de la ilustre casona poblada de misterios, ¡cuántas cosas me enseñas! Aquí, entre los infolios imponentes que el latín tiene sellados con sello real—¡y el Rey ha muerto! ¡y la dinastía y el pueblo que la sustentaba son ya extintos!—aquí entre estos adobes augustos, se sienten pasar las razas, deshacerse los Estados políticos, morir las religiones. Y en el silencio lúgubre, sólo deleita y consuela la cántiga del ruiseñor, cuya tristeza tiene un arte exquisito, exquisito... Yo no soy, no anhelo ser un moralista; me conformo con ser un ruiseñor equivocado.

Algo sé yo en las cosas de mí mismo, y opongo mi experiencia espiritual, opongo la inviolabilidad de mi corazón y de mi pensamiento, a los elogios mecánicos de los necios y a las censuras de los que habrán querido comprender. Y si la virtud se alza iracunda, y en nombre de algún *Patón* criollo se me corona de rosas y se me arroja de la República, me iré a vagar, sin compromisos con la vida, por las tibias playas de la América Central:

Playas de Centro-América, dormidas
blandamente al fragor de las espadas;
con sangre de martirio prevenidas;
sonoras de palmeras despeinadas
y claras de luciérnagas ardidas...

Y en esa fuga deleitosa en la obscuridad, sin más luz que la del sol del trópico, sintiéndome vivir—sintiéndome morir—último refugio de una inocencia perseguida, ejercitaré la ciencia difícil de fracasar, que probablemente es el ápice de la Sabiduría.

II

En uno de los cenáculos mexicanos dijo alguien que mis *Rosas Negras*—de las cuales se publican varias en este volumen—no iban a ser estigmatizadas por lo que tienen de execración de la lujuria, vana y dolorosa, sino por cierto perfume artificial que emana de ellas y, como todo lo artificial, muy penetrante.

Yo creo que el crítico se equivocó, precisamente porque tiene el hábito de leer una literatura de mero artificio. Mis poemas diabólicos, que sólo son para hechizados, nacieron en el Palacio de la Nunciatura de nuestra bella e ilustre México, en medio de muy oscuros fenómenos. Había yo acogido en una de mis habitaciones a un joven aventurero, que asistía a todas mis tertulias, hasta que ganó en ellas el nombre con que yo le designé en los primeros días: *El Infantito de la Buena Estrella*. Naturaleza excepcionalmente ávida, inquieta y voltaria; sensualidad reprimida por viejos escrúpulos de catolicidad provinciana; imaginación en desbordes perpetuos, germinando quimeras minúsculas, todas en balde; potencia sin igual de simulación, que vestía con el ropaje de la infantilidad más encantadora un egoísmo bajo y feroz; no mal proporcionado; blando aunque parecía rollizo, y la boca sin dientes, por donde borbataba latines eclesiásticos en medio de un loco júbilo animal.

Lo que aconteció después, cuando yo hube comenzado a entrever la doble naturaleza del *Infantito*, es lo que la prensa diaria de México divulgó en palabras algo tontas. Testigos de insospechable providad mo-

ral, numerosas gentes, vieron con sus ojos la revolución de las cosas al impulso de una fuerza desconocida, latente en el aire de mi estancia.

Siempre recordaré con horror una noche. Habi-tuados casi, en fuerza de una frecuencia que duraba ya días y días, noches y noches, al agua salobre y tibia que mano invisible nos arrojaba, como al ir y venir de objetos menudos, reíamos en medio de asombros, quizá un poco avergonzado yo de la ignorancia con que acogía aquella revelación de algo nuevo y magnífico.

Había en aquella ala del palacio, en la parte que mira hacia el Popocatepetl y el Estccihuatl, elevada en el cuarto piso, bajo el emblema de la tiara de los Pontífices, un salón de altos techos, claro y sobrio, que me servía de dormitorio, de tertulia y de cuarto de trabajo. Ahí nos reunimos: Leopoldo de la Rosa, el gran poeta, de potente y lírico Numen y de rostro calaveras; *El Infantito*, algo febril; mi buen criado indio, Espiridión Rodríguez, que por su fealdad y su silencio parecía un ídolo de su raza. Y, finalmente, yo, que parecía ser el huésped en cuyo honor se ejecutaban los juegos maravillosos.

Súbitamente se rompe la pantalla del foco de luz que ilumina el centro, y en el que cae sobre mi lecho se extingue la luz, y no queda de ella más que una claridad roja, espectral, que no alumbra. Estrépito que no parece venir de fuera sino estar en nosotros, llena el ambiente. Se oye un largo y angustioso batir de puertas, pasa un viento que nos hace erizar de pavor, y nos roza un ala fría que debió ser un ala negra.

El Infantito, que duerme ya, se levanta en aquella tempestad dentro de un Palacio; manos que no se ven, manos tenaces y coléricas, golpean el suelo en torno de él, con un fragor que aturde. Y él cae a mis pies, con la faz espantosa, semi-articulando palabras delirantes y con una inquietud en el corazón que parece que su carne

está ardiendo. Y está fría. Entre las palabras incoherentes hay balbuceos, y en uno de los balbuceos cree oír Leopoldo de la Rosa esta cosa diabólica:

—Súcubo . . . Súcubo . . . Súcubo . . .

Al día siguiente, después de escenas más espantosas aún, Leopoldo hizo que un pastor protestante fuese a exorcizar el Palacio. Pero un General cuya esposa malparía a la sazón, por horror a los espíritus, nos iba a matar con una pistola, y tuvimos que irnos: el fantasmal y egregio poeta, no sé a cuál de sus Tebaidas; yo, y mis líos conmigo, a un hotel trufado de chulos y prostitutas, según Rafael López.

Entonces resolví dejar abiertas las puertas del Misterio a Maín Ximénez.

Por poco reflexivo que se quiera suponer a un artista, no lo será tanto que, después de mirar semejantes maravillas, no deje abierta en sus obras una ventana para que entren por ella las ráfagas del Misterio.

Así nacieron las Rosas Negras.

Aparece a cada momento en este libro el yo, el odiado yo. Es que bajo ese modesto pronombre se esconde lo único que creo conocer y, sobre todo, lo único que me ha interesado hasta hoy. Yo no me he envanecido formalmente sino cuando descubrí, con el dolor de mi inteligencia y de mi corazón insatisfecho, que todo es vanidad, vanidad de vanidades. ¡Oh, y cómo me llevé las manos a la frente, porque creí que sudaba sangre!

Tragedias de gusanos, en resumidas cuentas. Nada mejor que una buena mesa, un buen vino, un buen humo y una buena carne de lujuria, en las noches tenebrosas.

Va en este volumen la Elegía en prosa, compuesta en memoria del Licenciado Fernando Ancira. Encierra varias alusiones a mis símbolos poéticos más frecuentes: *La Flor de Lilolá*, *El Viaje a Sopetrán*, y otras.

Lo mejor de mis cantos quiero dedicarlo a gloria de José Asunción Silva. Silva, poeta inmortal, incomparable de sencillez, de dolor y de rebeldía.

Y finalmente ¡oh Poeta! que tu alma emprenda el postrer viaje fuera de sí misma, que tu inquietud conozca todos los horizontes y se abreve en todos los tiempos. Que las cosas y las almas humildes que te circuyen, suban también a tus cántigas. Que en la representación armoniosa de la vida, con su alegría y su mudanza, sus valles de amor y sus cielos de paz, apenas logre sospechar el corazón inocente una experiencia melancólica, una sabiduría desalentada . . .

PORFIRIO BARBA-JACOB.

“Medellín, Septiembre 12 de 1928.

Señor don Antonio J. Cano.

Mi distinguido poeta y amigo:

Me pide usted licencia para reproducir en edición sabatina de “Colombia” mi poema “Acuarimántima,” y yo se la otorgo lleno de agradecimiento, por el honor que ese deseo suyo significa para mi obra.

Le ruego, eso sí, que haga constar en su periódico mi inconformidad con tales versos. Compuestos hace veinte años, corregidos en el curso de mis andanzas, creía yo, a tiempo que fuí expulsado de México, que aquéllos representaban una de las formas agudas y complejas que suele asumir la tragedia espiritual, serenada por fin en la manifestación poética, de nuestra inconformidad con la vida. Posteriores acaecimientos me han inclinado a buscar “oráculos más altos que mi duelo” — para decirlo con el verbo inimitable de Pombo, y “Acuarimántima” no es ya ni la expresión de mi conciencia de hombre.

Cordialmente lo saluda su admirador y amigo.

PORFIRIO BARBA-JACOB.”

ACUARIMÁNTIMA



ACUARIMÁNTIMA

I

Vengo a expresar mi desazón suprema
y a perpetuarme en la virtud del canto.
Yo soy Maín, el héroe del poema,
que vió, desde los círculos del día,
regir el mundo una embriaguez y un llanto.

¡Armonía! ¡Oh profunda, oh abscóndita Armonía!

Y velaré mi arduo pensamiento
sotto il velame degli versi strani,
fastuoso, de pompas seculares,
perfecta en sí la estrofa del lamento
y a impulsos de los ritmos estelares.

Columpia el mar su cauda nacarina,
e imbuida en la clámide del río,
esplende en bruma fúlgida la carne de la ondina.
Grana el campo nutricio, fluyen mieles,
una deidad inflama las horas con su llama,
y loa el día azul un coro de donceles.

Romero: ¿no rebosa el corazón,
por la tierra de arrugas trabajadas,
por la noche de sombras evocadas,
del tiempo y el espacio la múltiple ilusión?

Brilla en las lejanías invioladas
vaga ciudad, el viento dá en los juncos,
los juncos gimen bajo el viento rudo . . .
¡Romero, que se vierta el corazón!
Y la ternura y la tristeza mía
cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!

Yo, Rey del reino estéril de las lágrimas,
 yo, Rey del reino vacuo de las rimas,
 con mis canciones ebrias
 que un son nocturno hechiza,
 y con mis voces pávidas,
 anuncio las cavernas del Enigma.
 En mis siete dolores primarios se resume,
 como en alejandrino paradigma,
 la escala de dolor que el Mal asume.

Tenebrosa, recóndita Armonía . . .

Mi Numen, fuerte, no es aquel tan puro
 como el cerrado corazón del monte;
 pero sobre sus ruinas de inocencias
 haré brillar, ebrio del dolor puro,
 esta gota de luz del corazón del monte.

II

En libre vuelo, el cielo de mi América
 hender he visto un cóndor negro, errante . . .
 ¿Qué abismo circunscribe, qué intacta nieve augura?
 Por las arterias de los ciervos montesinos
 discurre para el cóndor la sangre enardecida,
 bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.
 ¡La presa viva! ¡el pico ensangrentado!
 ¡el ala pronta! ¡el ímpetu del vuelo!
 Y un delirar de cumbres y centellas . . .

Así mi impulso al aura de la vida,
 y así mi musa a su ilusión liviana
 de que brote la carne un lirio místico.
 ¡Bestia de los demonios poseída,
 oh carne! es hora ya del don eucarístico . . .

Cintila el cielo en gajos de luceros,
 y querubes de vuelos melodiosos
 revuelan de luceros a luceros.

Tengo la sensación de que discurro
 delante de los pórticos sagrados;
 alguien canta mi canto en la distancia;
 brotan dulces jardines los collados
 y asumen mi ternura en su fragancia.

Claridad estelar, templo encendido,
 rima errante en la noche de pavora,
 huerto a la luz de Vésper. ¿En olvido
 mi ser se muere, mi canción no dura,
 y fuí no más que un lúgubre alarido?

Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:
 yo soy Tú, que por leyes ominosas,
 cual vano mimbre que meció una espiga
 te haces nada en el polvo de las cosas . . .

¿Y la divina Psiquis, la Rosa entre las rosas?

¿Y mis amores, que irisé de lágrimas?
 ¿Y mi ciudad neblúea tras la ilusión del día?
 ¿Y mis antorchas que erigí de emblema?
 ¿Y esta inquietud, y este ímpetu anhelante
 hacia una ley o una verdad suprema?

Pesa sobre tus pétalos ¡oh Rosa
 Espiritual! tan lúgubre y cerrada
 la noche, tan vacía y rencorosa,
 que en vano el brillo de tu broche efunde.
 Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada . . .

¡Nada, nada por siempre! Y merecía
 mi Alma, por los dioses engañada,
 la Verdad, y la Ley, y la Armonía . . .
 Sé digna de este horror y de esta nada,
 y activa y valerosa ¡oh Alma mía!

III

Como en la vaguedad de un espejismo:
—¿qué sabes?—mi conciencia me interroga,
fluida en llanto entre mi propio abismo.

Y miro al mar ardiente, al monte flavo
que suaviza el azul, la estrella límpida
rielando en el rocío del capullo;
y, en sus cunas, los cándidos infantes,
cazados con las redes del arrullo
por el Sueño, de manos hechizantes.

Y, vuelto a mí, gimiendo el corazón:
—¿qué sabes?—vanamente me interrogo,
mudo, bajo la múltiple emoción.

Sólo un saber escondo claro y justo:
llévole como antorcha y como daga
en medio del cerrado laberinto;
en su basta amplitud mi fe naufraga
y hallo en su anchura incómodo recinto.

Se oyen sordos, rancos lamentos,
y alzan sus puños en el vacío
los Pensamientos.

¡Oh, menguado saber, pobre riqueza
de formas en imágenes trocadas,
ley ondeante, ciencia que alucina,
que cada noche en el silencio empieza
y cada día con el sol culmina!

¡Oh, menguado saber de la iracunda
vida, que ante mis ojos se renueva,
germinal y cruel, ciega y profunda;
madre de los mil partos y el misterio
que al barro humilla y a Psiquis subleva!

Como ventana que el azul del cielo
circunscribe, se entreabren los sentidos.
¡Pobre, ruin saber! Y, sin embargo,
la leve mariposa del anhelo
entra por la ventana sin ruidos.

Cuaja en el corazón de la manzana
la dulzura estival: la mariposa
vuela del fondo de la carne humana.

Que al claro cielo
suba el anhelo...

Por ese vuelo, la heredad natía
canté con rima de ideal retorno,
en la ingenua parábola temprana.
En el turquí del éter desleía
un nácar tenue mi primer mañana.

Por ese anhelo, entre los acres pinos
y las rosas en llamas del ocaso,
al hablar dejo la palabra trunca.
El tiempo es breve y el vigor escaso,
y la Amada ideal no vino nunca.

Por ese anhelo en rimas balbucientes
canto el rojo camino que a la tarde
se pinta en la montaña evocadora—
o a la vívida luz del sol temprano—
como una obsesión conturbadora
de sangre y sangre en el azul lejano.

Y por él amo, en fin, y por él sueño
con una honda transfusión divina
de la luz en mi carne de tortura,—
¡puesto que está la estrella vespertina
sobre el horror de esta prisión obscura!

Columpia el mar su cauda nacarina,
y en ustorios relámpagos de espejos
esplende en bruma fúlgida la carne de la ondina,
y fulge Acuarimántima a lo lejos...

IV

Yo descendí de la antioqueña cumbre,
el alma en paz y el corazón en lumbre
de austera estirpe que el honor decora,
y el claro sortilegio de la aurora
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.

Y fuí, viajero de nivoso monte
y umbría roza de maíz, al valle
que dá a la luz su fruta entre su llama,
y había miel de filtros de zinzonte
que derrama canción de rama en rama.

Y el mar, divino, a mí divinamente
su honda virtud hizo afluir entera:
gusté su yodo... y la embriaguez ignota
de no sé cual sagrada primavera
bajo la paz de una ciudad remota.

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima.

Ciudad de bien, fastuosa, legendaria,
ciudad de amor y esfuerzo y armonía
y de meditación y de plegaria;
una ciudad azúlea, egregia, fuerte,
una Jerusalem de poesía.

Y como los cruzados medioevales
ceñíme al torso fúlgida coraza
y fuíme en pos de la ciudad cautiva,
burlando la guadaña de la muerte,
y la fortuna a mi querer esquivada.

La ondulante odisea rememoro
con amor y dolor... Un linde vago,
de súbito sangriento, ya cetrino...
Un buque, un muelle, un joven noctivago...
y el tono de la voz y el pan marcino...

La maravilla clara y transparente,
de las noches de junio por la hondura
de un huerto viola, en ácidos alcores;
y allí la levadura de unos cantos,
hecha de mezquindad y sinsabores.

Y aquella niña del amor florido
y oloroso y ritual y enardecido,
el seno como un fruto no oprimido,
y un dulzor en los besos diluido,
y un no sé qué, que túrbame el sentido.

Y la huraña beldad, el mármol yerto
e incommovible; y la infantina huraña
que era el postrer jazmín que daba un huerto...
Me figuro las luces de sus ojos
como dos cirios de un cariño muerto.

Y el arduo afán en el impulso vario
por resolver el canto en melodía...
Derrame un ruiñón en el himnario
toda la miel del día.
Silencios de armonía.
Un rumor milenario,
y la luz de tu lámpara ¡oh Sophia!

(Húmedos los cabellos—cristalinos caireles
de agua—y sol—aún ondulan fantásticas ondinas;
pero danza en la luz un coro de donceles,
en la playa, al influjo de las sales marinas...)

V

Turbaban mi conciencia en el precario
vivir, el ala inquieta, el viento vario,
fantasmas familiares,
misterios presentidos,
amores y cantares
de jóvenes floridos,
el mar, la vela, el día en el Aquario...
Y la melíflua vocación interna
de la lira, y en raptos doloridos
“ser yo”—“no ser”—en rotación alterna.

Y, árbol en plenitud, hundió mi Alma
 su raíz en el légamo de Muerte
 que nutre las corolas de la vida,
 y dió el perfume infuso en su ramaje.
 Vuela el perfume,
 mas se consume;
 vespertino celaje
 pide al éter sutil
 que lo asume,
 y en el raudal fluído de las lunas de abril
 hace el viaje
 y se consume.

¡Oh insaciedad del hálito y la nébula,
 del amor, y el impulso, y el anhelo!
 No un dios pagano—pero sí su rastro...
 No el himno divo—pero sí el suspiro...
 No un templo—mas el plinto de alabastro...
 y una sensualidad de antiguo giro...

VI

Y fuí después fantasma transitorio,
 sombra y canción en la embriagante tierra,
 un sino raro y un deleite raro...
 Ya el crepúsculo estuvo el día cierra
 y lejos brilla un tembloroso faro.

La Dama de cabellos encendidos
 fecunda con mi sangre sus huertos prohibidos.

Y una inquietud frenética y gozosa
 mi paz, mi sueño, mi vigor consume,
 y un huracán mi plenitud doblega.
 ¡Soy esa sombra que cruzó el camino
 en sangre tinta, de lujuria ciega!

Soy esa sombra pávida, cautiva
 de un gran misterio en el Misterio oculto.
 Hiende la flora azul pata lasciva
 de cabrón negro—y el divino himnario
 sella Satán con sellos de su culto.

Mi pena errante con mi vino loco,
 en el turbión del vicio la sepulto.
 Soy huésped de garitos y tabernas:
 disputo al “puede ser” un pan ingrato;
 y dejo que mi carne, ruin loba,
 de lúgubres anhelos arrecida,
 se me abandone al logro del deleite,
 desnuda en la impudicia de la vida.

Entúrbiase la clara inteligencia;
 la idea afluye en nieblas ondulantes;
 es el goce monótona frecuencia,
 igual en el deliquio y el suspiro...
 ¡Dadme un beso, un contacto y una esencia—
 una sensualidad—de nuevo giro!

VII

Y mi mano sacrílega se tiñe
 de tu sangre ¡oh Imali! ¡oh virgen mía!
 Mas no fué mi ternura... fué un ardor...
 Si de nuevo a mis ojos resurrecta
 te pudiera matar, te mataría.
 ¡Ya ves, oh Imali, que no fué mi amor?

Gozoso aún, y pávido y tremente,
 huí a la sombra, la cerrada sombra
 que en su mudez acoge las iras y los vértigos.
 ¡Un hueco en tus entrañas, tierra dura!
 ¡Soledad, un refugio en tus entrañas!
 ¡Tu ojo sin vista, lobreguez impura!

Más la sangre fluía en chorros de carbunclos.
 Ante el cadáver lívido—¡sin blandones, sin túmulo!—
 todo estaba sangriento.
 “Asesino”—“Asesino”—susurraba y se iba el viento.
 En los prados del monte fueron crimen mis huellas.
 Como vírgenes desoladas
 me bañaron de llanto las estrellas.

En las playas de luz mojadas
dí un alarido al ver que el mar hervía;
y huyendo en pos, en pos de la noche que huía,
me ensangrentó la sangre horrible del alba del día.

“Asesino”—“Asesino”—susurraba y se iba el viento.

... Y los pastores me negarían sus cabañas.
Las rocas me aplastarían en sus entrañas.
La vida es mi enemigo violento,
y el amor, mi enemigo sanguinario...
¿Y a qué tu sombra, oh noche del pávido tormento,
si en mí mismo se alzaba el tenebrario?

Sangró mi Alma en íntimas pasiones
de cristos coronados de congojas:
el Amor, el Pudor, entre sayones...
¡Fuí rosa negra de mil rosas rojas,
lujuria, en tus letales floraciones!

Pedí al Azul en mi dolor heroico
el misterio caudal de sus estrellas,
y estuve opreso por las lumbres de ellas
del hilo de oro del collar del día;
y un anhelar de espacios dió sus alas
a mi desconcertada poesía.

A través de las gotas de mis lágrimas—
vago sueño—sus brumas deshacía—
vago sueño—mi vaga Acuarimántima.

VIII

Retorno de tal suerte hacia la playa,
realizado mi afán. La tierra invoca
su ley, que mis empeños desvirtúa;
oigo el grito del mar que me penetra,
y el hambre de la vida me extenúa.

¡El mar! ¡el mar! ¡el mar, ambiguo y fuerte!
Su espuma brinda a mi ruindad su imperio
en astillas de mástiles fallidos...
Ráfagas de misterio...
Monstruos desconocidos...

¿No brilla entre la niebla Acuarimántima?
¿No se oye limpia, trémula canción
sonar, aletargar el corazón
y pasar?

No se oye nada...
Silencio y sombra ¡oh soplo de lo arcano!
La luz mentira... la canción mentira...
Sólo el rumor de un vago viento vano
volando en los velámenes espira.

La noche adviene, de mortuorio emblema.
Retumba en mi recuerdo mi alarido,
mi estéril tiempo en mi inquietud suprema.
El trágico dolor ha concluído.
Yo soy Maín, el héroe del poema...

Esplende el cielo en gajos de luceros,
y querubes de vuelos melodiosos
revuelan de luceros a luceros.

Y no decir, y no tener palabras
tan llenas de tu impulso matutino
y tu fe sideral, oh campesino
que cruzas con tus carros rechinantes.
En tu ilusión, un hálito divino
te puebla de luceros los instantes.

Y ver, desde esta cima de ternura
y valeroso amor, en toda cosa
el Enigma, el Enigma inviolado.
Arde la pura rosa, sueña la linfa pura,
¡oh carne! y tú destilas el pecado,
y... y...

¡El Enigma, por siempre inviolado!

Y por toda verdad, saber ahora
que brilla el mar, que el monte se estremece,
que fulge Sirio en el jardín lejano,
y que al frustrarse el giro de mi vida,
al giro de la suya grana el grano.

La luz mentira . . . la canción mentira . . .

Que fuí por los instintos inmolado
ante el ara de un dios; que un viento frío
de lóbrego misterio he suscitado;
que un dolor nuevo está en el plectro mío,
y el plectro, en el dolor, magnificado.

. . . Lúgubre viento sopla entre los juncos;
los juncos gimen bajo el viento rudo.
Cantan en el crepúsculo.

IX

Honda, inmóvil, letárgica laguna
que semeja el sepulcro de la luna,
se tiende hasta el ilímite horizonte,
y a la tristeza vespéral se aduna
un viento de ultramar y de ultramonte.

Cantan en el crepúsculo
y un ledo son de esquilas
vuela en el éter trémulo.

Que mi rumor se extinga blando, tenue,
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris,
o cual vágulo aroma en la memoria;
y me reintegre a la epopeya trunca
en la ciudad de nieblas de mi gloria.

Cantan en el crepúsculo . . . ¡Armonía!

Y que olvide la brega transitoria,
y el no ser más—y el no ser menos nunca
del hilo de oro del collar del día.

¡Armonía! ¡Armonía!

Y el ancla suelte a místicas regiones,
no humano ya mi desear: divino
mi poseer,

mientras en el desmayo del crepúsculo
rueda sobre los ásperos terrones
el carro del campesino,
y fulgura, real, tras el velo de mis lágrimas,
erigida por mi dolor con el mármol de mi poesía—
¡y mía!— ¡mía, mía!—
mi nebulosa, azulina Acuarimántima . . .

¡Armonía! ¡Armonía!

México 1908-1921.

CANTÓ EL JOVEN DE LA MONTAÑA



PARÁBOLA DEL RETORNO

Señora, buenos días; señor, muy buenos días . . .
Decidme ¿es esta granja la que fué de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjo, y un cáunce, y un palmar?

El viejo huertecito de floridas grutas
donde íbamos . . . donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora ¿y quién recoge los gajos del pomar?

Decidme ¿ha mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?

El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa en la alegría de amar y de cantar:
la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni riel ni murmura . . .
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno,
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?

Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
en esa alcoba vieja, la cuna y el altar . . .
Decidme ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo... Eramos cinco... Después, una mañana, un médico muy serio vino de la ciudad: hizo cerrar la alcoba de Tonia... En la ventana nosotros indagábamos con insistencia vana, y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos, de piñuelas, de uvas, de gajos de arrayán. La granja estaba llena de arrullos y de mimos: ¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días. Y adiós... Sí, es esta granja la que fué de Ricard, y este es el viejo huerto de avenidas umbrías, que tuvo un cáunce, un roble, zuribios y pomar, y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...

¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

ÁRBOL VIEJO

El árbol que sombrea la llanura tiene cien años de acendrar sus mieles, de temblar bajo el júbilo del cielo alargando sus frutos sazonados, de escuchar el silencio de la noche, y de ver a las mozas del camino perennemente, sin decirles nada...

Los labradores con el hierro al hombro llegan en la fatiga de la tarde, y piensan al mirarlo, simplemente: "Ya rindió sus cosechas más jugosas, y ofrece al hacha los desnudos brazos para alimento del hogar: cortémosle."

¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan mis carnes cual las ramas sacudidas del árbol que sombrea la llanura! Me duele el corazón... En el lejano horizonte se encienden los hogares, y con un ritmo lánguido y liviano parece que sollozan los palmares.

Me quedo preguntándome a mí mismo: ¿para qué sirve un árbol? ¿para darle cuatro varas de sombra al césped trémulo? ¿para temblar bajo el azul del cielo alargando sus frutos sazonados? ¿para oír el silencio de la noche? ¿para sentir la fiebre de la tierra? ¿para ver a las mozas del camino perennemente, sin decirles nada?—

... Me quedo preguntándome a mí mismo en la fúlgida noche que descende; y ella, que en paz sus luminares prende, dilata su ansiedad con su mutismo...

ESPÍRITU ERRANTE

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada:
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto,
de todas las cosas la esencia sagrada.

Ni marques la ruta ni cuentes las horas:
¿acaso el misterio culmina
en las graves montañas sonoras
que nutren el roble y la encina?

Quizás en el fondo de oscuros arcanos
tú vives de ciencia, de luz y de gloria,
y a mundos externos las manos divinas
entreabren la reja ilusoria . . .

¿Quién sabe en la noche que incuba las formas
de adusto silencio cubiertas,
qué brazo nos mueve, qué estrella nos guía?
¡Oh sed insaciada del alma que busca las normas!
¿Seremos tan sólo ventanas abiertas
el hombre, los lirios, el valle y el día?

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada:
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto,
de todas las cosas la esencia sagrada.

PARÁBOLA DE LOS VIAJEROS

Por la llanura alucinante
dilata ansioso las pupilas:
busca el sereno azul de la cumbre radiante
y alza las manos intranquilas . . .
El ha cruzado las florestas;
regó su sangre en el sendero
bajo el ardor de la mañana . . .
Maín el Caballero
y Capitán de una milicia humana.

Y va a buscar el buen camino
porque en la liza temprana
estéril fué su juventud.
¡Oh desolado peregrino,
vaso de anhelos, rosa de inquietud!

MAIN

Buen hermano, buen caminante:
¿a dónde vas por tu sendero?

EL MERCADER

Siempre adelante y adelante.
Más allá de los horizontes
hallaré perlas, oro, plata.

MAIN

Empeño vano: triste empeño
que un soplo frío desbarata,
barco de espumas, ala de sueño . . .

(Abrese toda la llanura
en senderos inadvertidos.
La linde vela nube oscura.
Tiemblan los árboles en la distancia,
y por el viento sacudidos
dan a la estepa su fragancia).

MAIN

Buen hermano, buen caminante:
¿a dónde guía tu camino?

EL ESPOSO

Siempre adelante, adelante.
El Amor es mi antorcha y la sangre es mi vino.

MAIN

El Amor . . . Si no es bella mentira
que nos ofusca y nos exalta,
treme en la cumbre azul cual una pira,
y la cumbre es tan alta!

(Por sobre el llano polvoriento
rueda una extraña algarabía;
sordo rumor dilata el viento
en la mitad del claro día.
Como pájaros extraviados
vagan los hombres; todos van
siniestramente alucinados
tras la fatiga y el afán).

MAIN

¡Oh buen hermano caminante!
¿a dónde vas por tu vereda?

EL POETA

Siempre adelante y adelante.
En mis manos florece el lirio.
Mi ilusión es azul y mi ensueño de seda.

MAIN

Buscas la espina del martirio . . .
En el bosque impasible tu oriflama se enreda,
y . . .

(El sol sus rayos amortigua.
Baja la tarde a la llanura,
doliente, lívida y exigua,
y la extensión bajo sus besos
es más oscura, más oscura . . .)

MAIN

¡Oh, buen hermano caminante!
¿a dónde, dí, tus pasos guía
la clara antorcha de tu fé?

EL APOSTOL

Siempre adelante y adelante . . .
Mi trigo siembro todo el día,
pero hacia donde voy no sé.

MAIN

Tú, como yo, en el laberinto
de esta llanura desolada,
bajo la luz del sol ya extinto
buscas la senda amplia y segura
y no ves nada . . . ¿No ves nada?

(En la penumbra temblorosa
por un sendero divergente
cada peregrino se aleja.
La noche invade ya el oriente.
Pasa un anciano que semeja,
por la fatiga que le enarca,
el guardador de la verdad;
sus dulces manos de patriarca
tiemblan de horror y ansiedad).

MAIN

Buen anciano, buen caminante:
¿qué ruta llevas, qué destino?

EL ANCIANO

Siempre adelante y adelante.
Mi cabeza, bajo sus nieves,
hacia la tierra dura inclina,
y ...

MAIN

Busco la luz, el buen camino:
¿quieres decirme sus señales?

EL ANCIANO

Lo envuelve todo enigma obscuro.
Estos senderos son fatales.

MAIN

¿Y más allá del viaje duro,
no está una gruta en la montaña
donde podamos descansar?

EL ANCIANO

Vas en pos de un miraje que engaña.

MAIN

¿Y todos los caminos?

EL ANCIANO

¡Dan al mar!

(Hay un silencio pavoroso ...
Por la llanura desolada
los peregrinos sin reposo
ya no ven nada ... no ven nada ...
Van a tientas, en vértigo anhelante,
y, dilatando las pupilas,
el alma lanzan adelante,
y alzan las manos intranquilas ...)

ESPACIO . . . TIEMPO . . .

Yo traje la visión de mis campos nativos
a la orilla del mar,
y la sentí borrarse, y tuve un calofrío
de vida y muerte.

Yo traje la visión de un agua dilatada;
y en la orilla del mar
ví tan confuso el límite postrero de la tierra,
que tuve un calofrío
de vida y muerte.

Y supe que el principio y el fin mío
no marcan las fronteras ni estatuyen los tiempos,
y aprendí la virtud del valle y de los légamos,
y se llenó de espíritu la arcilla de mi carne.

Dilatando la vista
miré en redor la inmensidad sagrada,
como el hombre que sube entre la noche
a la cumbre más alta.

Y quise hablar . . . Y el fácil movimiento
de mis labios contuve—
¡cómo si el proferir una palabra
fuera tal vez mi muerte!

ACTO DE AGRADECIMIENTO

Sólo hay un bien preciso; poseer cabalmente,
por sobre todo engaño, nuestra sabiduría;
y, como el agua clara rebósase en la alberca,
dejar que el alma llenen el valle, el monte, el día.

Yo he cruzado la senda que decora la grama
y sombrean los árboles ancianos y robustos,
en donde el viento libre sus músicas derrama,
de severos compases magníficos y augustos.

Y he visto ya las hierbas olorosas,
de florecer sencillo, que visten las campañas;
y espartos de los brutos, convólvulos, llantenos,
jaramagas de abril, y áloes, y espadañas . . .

Y he visto ya las mieses abundantes,
orgullo del labriego, bajo la luz de octubre;
y en el ópalo de mil estrellas rutilantes,
y el azul insondado del cielo que nos cubre.

Y la sangre que brota de alguna herida abierta
bárbaramente . . . ¡oh dolor! ¡oh pavor!
Y azoradas mujeres que entornando la puerta
rendíanse a la dulce zozobra del amor.

Y he visto ya los niños fraternales
jugar del campo en el sopor profundo,
en armoniosas luchas irreales;
y, del tiempo en los giros limitados,
crecer . . . amar . . . y renovar el mundo.

Y he visto el mar, que todo lo compendia;
y más allá del mar la génesis del día:
¡de modo que poseo justamente
la riqueza inefable de mi sabiduría!

Si un rayo de los cielos viene a cegar mis ojos
dejándolos en sombra de repente,
¿qué ha de impetrar mi alma enajenada?
Fuera de esta visión que llevo ya conmigo,
¡oh amor! ¡no busco nada!
¡oh ardor! ¡no quiero nada!

EL CORAZÓN REBOSANTE

El alma traigo ebria de aroma de rosales
y del temblor extraño que dejan los caminos . . .
A la luz de la luna las vacas maternales
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,
rumiando simplemente las hierbas del vallado;
o bien bajo los árboles con clara mansedumbre
se aduermen al arrullo del aire sosegado.

Y en la quietud augusta de la noche mirífica,
como sutil caricia de trémulos pinceles,
del cielo florecido la claridad magnífica
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso
en la virtud sencilla que mi razón impetra;
hasta que, en elación el ánimo suspenso,
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;
sencillez de las aguas que apuran su corriente;
sencillez de los árboles . . . ¡Todo sencillo y sabio,
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia
de esta bondad augusta que me llena . . .
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
¡Oh manos que vertísteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,
yo sé la plenitud en que todos los seres
viven de su virtud, y nada solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta
haced mi voluntad templada, y fuerte y noble,
oh virginales cedros de lírica floresta,
oh próspera campiña y oh generoso roble.

Y haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia,
oh dulces animales, que no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

LA VIDA PROFUNDA



CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

El hombre es cosa vana, variable y
ondeante, y es difícil formar sobre
él un juicio definitivo y uniforme.

MONTAIGNE.

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la dicha nos sonría . . .
La vida es clara, undívaga y abierta como el mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo que tiembla de pasión:
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos
como la entraña obscura de obscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos,
—niñez en el crepúsculo, laguna de zafir—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír . . .

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar . . .

Más hay también, ¡oh, Tierra!, un día . . . un día . . . un día
en que levamos anclas para jamás volver . . .
Un día en que discurren vientos inexorables.
¡Un día en que ya nadie nos puede detener!

NUEVA CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

Te me vas, paloma rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida: te me vas.
¡Tiembra en tus embriagueces el dolor de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más . . .

La mujer y la gloria con puños ternezuelos
llamaron quedamente a mi alma infantil.
¡Oh, mis primeros ímpetus! ¡Oh, mis nocturnos vuelos!
Tuve una novia . . . Me parece que fué en abril.

Yo miraba el crepúsculo
y creía que eso era el crepúsculo.
¡Sí, tácita en la noche, la estrella está detrás!
El Numen de Colombia me dió una rosa bella,
más yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella . . .

—¿Y nada más?

—Y un poco más . . .

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea.
El mundo, como un cóncavo diamante, parecía
henchido hasta los bordes por la amorosa idea.

Fué entonces cuando advino Juan Rafael, el dulce
amigo de mi alma, que no volvió jamás!
Yo amaba solamente su amistad dulce . . .

—¿Y nada más?

—Y un poco más . . .

Y luego . . . ser el árbitro de mi torpe destino,
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor . . .
Mi lira tiene un trémolo de caracol marino,
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor!

No te vas, paloma rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, no te vas:
¡quiero apurar el íntimo deleite de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más . . .

ELEGIA DE SEPTIEMBRE

¡Oh sol! ¡Oh mar! ¡Oh monte!
¡Oh humildes animalitos de los campos!
Pongo a todas las cosas por testigos de
esta realidad tremenda: HE VIVIDO . . .

MAIN.

Cordero tranquilo, cordero que paces
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:
hundiendo en el lodo las plantas fugaces
huí de mis campos feraces
un día . . .

Ruiseñor de la selva encantada
que preludias el orto abrileno:
a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,
yo tuve el ensueño.

Sendero que vas del alcor campesino
a perderte en la azul lontananza:
los dioses me han hecho un regalo divino:
la ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga
que conjuntas el trigo dorado:
al influjo de soplos violentos,
en las noches de amor, he temblado.

Montaña que el sol transfigura,—
Thabor al febril medio día,
silente deidad en la noche estelífera y pura:
¡nadie supo en la tierra sombría
mi dolor, mi temblor, mi pavora!

Y vosotros, rosal florecido,
lebreles sin amo, luceros, crepúsculos,
escuchadme esta cosa tremenda:—HE VIVIDO!
He vivido con alma, con sangre, con nervios, con músculos,
y voy al olvido...

PECADO ORIGINAL

Vela sus rojos granos la granada
en purpúrea prisión; mansos y fieles
cruzan tranquilamente los lebreles
por la tierra tranquila y sosegada.

La estrella está en sí misma embelesada;
tiene el trigal sus oros y sus mieles,
y la fuente de líquidos caireles
no pide al Numen nada... nada... nada...

Todo se ajusta a ley: el monte, el río,
el mar profundo en su profunda ciencia,
su áspero hervor y su nocturno brío:

¡sólo yo pierdo la inefable esencia
de la vida inocente, porque crío
tu gusano letal, Concupiscencia!

EL COLLAR DESATADO

(Canción del Optimista)

Mientras los astros brillan tras el cerúleo velo
y hay en la brisa castos efluvios de mujer,
dirige hacia los aires la flecha de tu anhelo:
¿qué importa que no sepas a donde va a caer?

Si nuevas alegrías inundan tu morada,
si flota en áureas ondas de luz tu corazón,
si ya en tus trojes íntimas tu mies está dorada,
envía a los luceros tu férvida canción.

O si conduces trigo, moreno y dulce trigo
por soles y por lluvias granado en tu heredad,
y cruzas por la tierra de un sórdido enemigo,
arrójalo en el surco: ¿qué vale lo demás?

La vida es ésto: un acto supremo, simple, puro,
una emoción, un ímpetu y un ansia de ideal;
fantasmas que su sombra dibujan sobre el muro;
ensueños que florecen, valor, amor leal.

Besar las manos fúnebres de temblorosa anciana;
flotar entre las nieblas del ser y del no ser,
y—*húmedo por la leche de la ternura humana*,—
el verso en las praderas del sueño recoger.

Cuando me rindo al peso del femenil reclamo
y en mis ardientes noches el beso viene y va,
yo, presintiendo un poco mis propias formas, amo,
sin conocerlo, al hijo que Cintia parirá.

Y sé que mi emoción, mi valor, mi energía
en los actos dispersa, mi collar desatado,
son al viento en las pompas inútiles del día,
brillos de los luceros, aromas de las rosas . . .
¡Un hijo del amor en mi amor he engendrado!
Roto el hilo invisible, que sus manos piadosas
den a la tierra fértil mi cuerpo inanimado.

TRISTE AMOR

(Canción del Pesimista)

No hay nada grande, nada, sino la Muerte... En vano
querrá un ardiente Numen, tras líricos empeños,
aprisionar la turba de los silfos risueños
o descubrir las líneas de un rostro sobrehumano.

Las cosas son espuma del tiempo en nuestra mano;
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños;
joyeles de palacios de exóticos diseños
son fábrica de niebla, ruido del océano...

Con todo, Cintia mía, en la noche nevada
junta a mi carne lívida tu carne sonrosada...
y un hijo rasgue otrora las brumas del camino.

Si es crimen dar renuevos a la materia oscura,
yo purgaré en mí mismo la erótica locura
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!

SOBERBIA

Le pedí un sublime canto que endulzara
mi rudo, monótono y áspero vivir.
El me dió una alondra de rima encantada...
¡Yo quería mil!

Le pedí el ejemplo del ritmo seguro
conque yo pudiera gobernar mi afán.
Me dió un arroyuelo, murmurio nocturno...
¡Yo quería un mar!

Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,
para que a mis sueños llevase calor.
Me dió una luciérnaga de menguado brillo...
¡Yo quería un sol!

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico, y el azul de abril...
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno:
déjame morir!

VALOR

Yo tuve ya un dolor tan íntimo y tan fiero,
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas, en las ráfagas de su huracán postrero
fuí hasta la Muerte . . . Un alba se hizo en mi corazón.

Bien sé que aún me aguardan angustias infinitas,
bajo el rigor del tiempo que nevará en mi sien;
que la alegría es lúgubre; que rodarán marchitas
mis rosas en la onda de lúgubre vaivén.

Bien sé que, alucinándome con besos sin ternura,
me embriagarán un punto la juventud y abril;
y que hay en las orgías un grito de pavora,
tras la sensualidad del goce juvenil.

Sé más: mi errante Musa, de hieles abrevada,
por el fatal destino de dioses engañada,
en noches sin aurora y en llantos de agonía
ya no creará en nada . . . ni aún en la Poesía . . .

¡Y estoy sereno! Y en medio del obscuro "Algún día,"
de la sed, de la fiebre, de los mortuorios ramos—
¡el día del adiós a todo cuanto amamos!—
yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo,
sonriendo virilmente: "¿Poeta, en qué quedamos?"—

Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo,
¡el día del adiós a todo cuanto amamos!

CANCION DE LA NOCHE DIAMANTINA

Musa solar con nardos irreales
el cielo niño del abril decora;
y . . . éste era el huerto de una Reina mora
y un lirio que la aurora aljofaró;
pero mi corazón balbuce entre la aurora:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El tiempo fluye, la ilusión dilata
su onda azul y en lo real confluye:
¡noche de montesina serenata,
la lágrima, el deliquio y el tú-y-yo . . .
Pero mi corazón modula rima ingrata:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La antorcha crepitante está en el viento
y de siglos a siglos va encendida;
la Muerte sopla su huracán violento,
y fulge más la antorcha de la vida:
¿un niño en este instante los ojos no entreabrió?
Pero mi torvo corazón no olvida:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Amor, por tu delicia y tu frecuencia:
por los valles letárgicos de la carne encantada:—
de un humo azul la blándula almohada,
de un prócer vino la brumosa esencia—
sociégase en la noche la frente conturbada.
Las alondras no cantan todavía
ni mueve sus saetas el reló;
pero mi corazón solloza en su alegría:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Y al fin, quietud . . . El mortuorio túmulo,
loas lúgubres, flores, oro póstumo,
y, en mármol negro, el Numen desolado.
Con sus manos violáceas, en la tarde riente
ya mi ansiedad la Muerte apaciguó.
Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:
— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

CANCION DE UN AZUL IMPOSIBLE

Hacia el jardín de ayer de la ilusión,
entre las brumas de la edad,
echo a volar mi corazón.
Consumido por la pasión
quiero volver a la infantilidad.

Escueto, duro, triste corazón,
ebrio del acre vino de la edad,
envuelto en negras llamas de pasión:
has de volver a la infantilidad,
roto, cansado, viejo corazón.

¡Oh, sí! Volver a la infantilidad,
hacia el jardín azul de la ilusión . . .
¿Y cómo ir entre las brumas de la edad,
perdida ya la sencillez del corazón?

NUEVA CANCION DE UN AZUL IMPOSIBLE

¡Oh sombra vaga, oh sombra de mi primera novia!
Era como el convólvulo — la flor de los crepúsculos
y era como las *teresitas*: azul crepuscular.
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,
grato a todos los ojos y a todos familiar.

En aquel pueblo olían las brisas a azahar.

Aun bañan, como a lampos, mi recuerdo
su cabellera rubia en el balcón,
su linda hermana Julia
mi melodía incierta . . . y un lirio que me dió . . .
y una noche de lágrimas . . . y una noche de estrellas
fulgiendo en esas lágrimas en que moría yo!

Francisco, hermano de ellas, Juan de Dios y Ricardo
amaban con mi amor las músicas del río,
las noches blancas, blancas, ceñidas de luceros,
las noches negras, negras, ardidas de cocuyos,
el son de las guitarras,
y entre quimeras blondas el azahar volando . . .
Todos teníamos novia
y un fulgor en el alba diáfana de las ideas.

La Muerte horrible — ¡un tajo silencioso! —
cortó la espiga en que granaba mi alegría.
Murió mi madre. La cabellera rubia de Teresa
me iluminaba el llanto.

Después . . . la vida, el tiempo, el mundo,
y al fin mi amor desfalleció como un convólvulo!

* * *

No ha mucho, una mañana, trajéronme una carta.
Era de Juan de Dios. Un poco acerba,
ingenua, virilmente resignada:
“Me casé, ya estoy viejo y con seis hijos.
La vida es triste y dura; sin embargo,
se va viviendo . . . Ha muerto mucha gente:
Don David, Don Gregorio . . . Hay un colegio
y hay toda una generación nueva . . .
Como cuando te fuiste hace veinte años,
en este pueblo aun huelen las brisas a azahar . . .”

* * *

¡Oh Amor! Tu emblema sea el convólvulo,
la flor de los crepúsculos!

MUJER



CINTIA DELEITOSA

Como una flor extraña, llameando
en el cárdeno día apareció.
Fué su amor mi almohada matutina;
su seno azul de gota coralina
en el pezón, de noche mi almohada.

Era esencia tan dulce y regalada
la de su carne en flor,—la de su boca
por enjambres de besos habitada—
la de su axila—¡leche con canela!—
que el goce de gozarla me extenuó...

Cintia concentra la onda de la vida;
el campo es de Ella y grana para Ella;
mi sangre está en su carne consumida;
su alma radia con mi luz ardida,
y Ella está en mí porque yo estoy en Ella.

—Dame tu axila, leche con canela,
dame tu beso, dámelo, y la lengua
roja y caliente, fina y ternezuela.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
Fatiga dulce, mortal desvarío...

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!
No más, amorcito mío,
que me muero!

LA CARNE ARDIENTE

En un jardín de aquel país horrendo
hallé a Fantina, de ojos maternos
y desnudeces mórbidas, tejiendo
guirnaldas con las rosas vespérales.
Y cual las aguas turbidas de un río
do un viento imprime procelosa huella,
gimió de amor mi corazón sombrío
y suspiró mi mocedad por Ella.

—Fantina, dije con ahogadas voces
que al brotar abrasábanme la lengua:—
Quiero hundir mis mejillas en la falda
de tu traje, que apenas roza el viento,
entreverar un lirio en tu guirnalda
y ungir tus trenzas con precioso ungüento...

La ví volverse, rígida y sañuda,
por esquivarme el juvenil encanto:
¡quizá en mis voces se sintió desnuda
y la vergüenza desató su llanto!

Y en la noche profunda y cenicienta,
de ondas pesadas, que al jardín caía,
miré mi carne ansiosa y opulenta,
y en un rojizo resplandor ardía!

En la Muerte del Poeta

PORFIRIO BARBA-JACOB



EN LA MUERTE DEL POETA
PORFIRIO BARBA-JACOB

(Trajedia grotesca y sin sentido)

I

EL SOLAR DE LOS LULOS DE ORO

La abuela había podado el huerto.

Nubes errantes, lácteo-azulino chorro de agua
bajo la etérea bruma del claro día de abril;
y por la noche, no sé qué aromas entre las ráfagas
de los saúcos y los eneldos y el toronjil.

La abuela había podado el huerto.
Brotaban flores las astromelias de Sopetrán.
Yo, tremulante, de tiernos años, entre mis ángeles
y mis sollozos,
oía el tiempo, de las campanas en el din-dán . . .
Suena una hora y anda un caballo—traque que traque—
como aquel día en que volvieron de Sopetrán.

Una voz melodiosa:

Cuando tú crezcas harás un viaje al Cauca hondo—
¡duérmete niño bata-gulungo!—al Cauca hondo—
con los botines en el hatillo o en el zurrón;
navegaremos en un barquito—¡bata-gulungo!—
y traeremos al abuelito
en el caballo del Tipitón . . .
Duérmete niño . . .

II

IOMENA

(PASA LA SOMBRA DE UNA MUJER).

Torcaza bruna que te adormeces de luz del día,
Iomena incauta, vigor ardiente, juventud mía!
La honda estelífera se diluía,
ebria de mieles, en la ternura del plenilunio primaveral...
¡Cómo huye el tiempo! Lulos de oro, rumor de abejas,
piñas maduras, vientos del monte, noches del mar...
Y un beso era una ambrosía
en los festines del Ideal.

Volví los ojos en repentina mirada atenta,
y ví las cosas... Había en todas una mudez...
Y... ¡oh desvaríos! ¡oh desvaríos!—yo suspiraba:
“Espectros vanos, moldes vacíos
que hay que moverlos como las piezas del ajedrez...”

Una voz agorera:

A un doncel ciñe la fértil Musa
y a un bardo espera la blonda niña,
una antioqueña flor de Israel
que enjugue a besos su frente, triste bajo el laurel.
¡La vida es grata! ¡Reposa y sueña!
Talvez aun llegue la ardiente niña,
una antioqueña boca-de-miel...

III

HORA TRAGICA

ESTO SE PONE INTERESANTE...

Un pensamiento con antifaz.

¡Pompa ilusoria del mar de un día que fué en un tiempo!
¡Azúleos montes! ¡Albas serenas! ¡Luceros mudos!
Dadme el secreto que parecía que se escondía
en vuestras formas, luceros mudos, celajes mudos:
la ley profunda que parecía que os envolvía...

¡Algo que sacie! Ráfagas lúgubres
baten el alma, raen la carne;
tormentas sordas de mares lóbregos
rasgan las velas de mi razón.
¡Algo que sea ley y destino!
Algo para este anhelo divino
que va en la onda desesperada de mi canción...

Voces con sonsonete:

Trastroquémosle la música.
¡Qué miquito tan ridículo!
El lo entienda o no lo entienda,
continúa el espectáculo...
Trastroquémosle todas sus músicas:

¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

¡Psh! ¡psh! ¡psh!

¡Qué miquito tan ridículo...!

IV

LA CAIDA DEL TELON

Nada en las brumas de la aurora,
nada, nada en las flámulas del viento:
¿a dónde está tu rosa ustoria, juventud,
ni el dolor del vesánico momento?
Nada en el triste desmayo lento
hacia la gota, los estertores y el ataúd...
Cuando me muera, dadme a lo menos un pensamiento,
y atad mis manos con el cordaje de mi laúd...

Que el nudo sea muy apretado,
porque a la Muerte se rinde fiero
y rencoroso mi corazón.
¡El drama ha sido un drama horrible, ruin y frustrado!
¡Buena partida que me han jugado!
Yo creía que ESTO tenía significado,
con la maraña y el embeleco de la ilusión...

Voces caritativas:

- Cuando te mueras harás un viaje como este loco...
- De sueños turbios y versos claros estaba loco:
¡Dios lo perdone!
- Tanto vagar...
- Tanto soñar...
- Tanto anhelar...
- El pobre hombre se fué arruinando poquito a poco
y al fin ha muerto...
- Ya hiede un poco...
- Alzad, amigos, alzad y vámosle a sepultar!

San Antonio de Texas

1921

ANTORCHAS
CONTRA EL VIENTO

EL TRIUNFO DE LA VIDA

La edad de oro no está detrás, sino
delante de nosotros, radiosa y accesible.

SEBASTIÁN FAURE.

He visto un hombre de inseguros trazos,
como vetusta máquina que mueve
sobre la tierra en madurez los brazos,

reír, llenar de voces la colina,
mientras el sol, rodando tras la sombra,
su disco ardiente sobre el mar inclina;

y he visto en torno del jayán obscuro,
rapaces que medraban como brotes
de un trigo sano en un ambiente puro...

Esta falaz antítesis:—la risa
senil sobre las frentes inmaduras
que dan su efluvio a la ondulante brisa,

¿es discordante número, o acaso
signo de la alegría con que fluyen
por el éter el alba y el ocaso?

(¡Reír sobre la frente donde imprime
huella de amor el ósculo materno
que de la pena original redime!;

¡y reír con aquella carcajada
lóbrega, sorda, nocturnal, que roban
los austros a la esquila desgastada!)

Tú, que tramontas en el verde mayo,
y a quien las luces de fanal conspicuo
apenas esclarecen de soslayo,

¿presagias de tus nietos la fortuna
cuando flota en los valles de tu alma
cierta indecisa claridad de luna?

... Ellos verán la danza de las horas
que alternan sobre el monte constelado
rubias noches y fúlgidas auroras;

en la grata inocencia campesina,
las danzas de las mozas que preside
Pitágoras con música divina;

y de las auras al empuje blando,
fatigadas de orgullo las palmeras
su sombra azul en torno derramando.

Gustarán en la tórrida campiña
pomas que acendren los nutricios jugos,
la uva silvestre, la acridulce piña;

y de octubre en la copa rebosante,
por activar el ritmo de sus músculos,
el mosto nuevo, de sabor fragante.

Ellos verán los templos erigidos
cuyos jaspes y mármoles conjunte
coro de amor—no trágicos gemidos;

templos do arome vagarosa esencia
de clásicas resinas, ofrendadas
al Amor, al Trabajo y a la Ciencia.

Ellos, un día, trazarán camino
por donde fluya en fuerza transmutado
y a impulso fácil, el temblor marino;

y enfrenarán la indómita cuadriga
de los vientos veloces, porque sean
alivio en la doméstica fatiga.

Ellos, tras el tumulto de la guerra,
vendrán tal vez con apacibles manos—
¡oh Henry George!—a libertar la tierra;

y mirarán la obra coronada
que hoy en los surcos bélicos auguran
sangre y dolor, pues que la edad dorada,

que ha de amenguar la pena irremisible,
no está detrás, sino que está delante
de nosotros, radiosa y accesible:

¡oh paz de Cristo, fraternal aurora
en que del cielo del Amor descienda
justicia al mundo que justicia implora!

* * *

... Tú, que tramontas en el verde mayo,
y a quien las luces de fanal conspicuo
apenas esclarecen de soslayo,

¿no envidias de tus nietos la fortuna
cuando flota en los valles de tu alma
esa indecisa claridad de luna?

Dóciles a la incógnita armonía
que dé a sus labios insinuante bozo—
cual dióle al tuyo el preterido día—

ellos en la romántica ventana
sollozarán por los fingidos duelos
que trueque en rosas la beldad liviana;

y mientras luego en tálamo fecundo
giman, gozosos del ardiente brío
por cuyas leyes se renueva el mundo,

tú bajo el golpe, lívido e inerte,
marchita ya tu varonil firmeza,
buscarás en los limbos de la Muerte
dónde rendir la fúnebre cabeza . . .

CANCION LIGERA

Si acongoja un dolor a los humildes,
o si miran un valle, un monte, un mar,
dicen tal vez:—"Dichosos los poetas
porque todo lo pueden expresar."—

¡Ah! Pero en el misterio en que vivimos,
la cotidiana, múltiple emoción
como no encuentra un verso que la exprese,
se ahoga en el sepulto corazón.

Y están sin voz el pasmo de los trigos,
el son del viento en pugna con el mar,
la luz que brilla, el grito que se apaga
y el llanto de la noche en el palmar.

Y están sin voz, perennemente mudos,
sin quién venga su espíritu a decir,
el sol, la brizna, el niño y el terrible
misterio del Nacer y del Morir!

Y nosotros, los míseros poetas,
temblando en las riberas de la mar,
vemos la inexpresada maravilla . . .
¡y tan sólo podemos suspirar!

RETRATO DE UN JOVENCITO

Pintad un hombre joven, con palabras leales
y puras: con palabras de ensueño y de emoción:
que haya en la estrofa el ritmo de los golpes cordiales
y en la rima el encanto móvil de la ilusión.

Destacad su figura, neta, contra el azul
del cielo, en la mañana florida y sonreída:
que el sol la bañe al sesgo y la deje bruñida:
que destelle en sus ojos una flama encendida:
que haga temblar las carnes un ansia contenida:
y que el sexo, y la frente, y los brazos nervudos,
y el cándido mirar, y la ciega esperanza,
compendien el profundo misterio de la vida!

UN HOMBRE

Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo de un dios
ni en las manos la sangre de un homicidio;
los que no conocéis el horror de la conciencia ante el Universo;
los que no sentís el gusano de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del ser;
los que no merecéis ni un honor supremo
ni una suprema ignominia . . .

Los que no interrogáis la ilusión del espacio y el tiempo,
y pensáis que la vida es esto que pensamos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño;
los que tomáis el trigo del surco fatigoso
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles;
los que decís: Está amaneciendo . . .—
y no lloráis el milagro del lirio del alba!

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos,
en las casas del abandono y la miseria;
y en la mendicidad, odiar el mundo
con una tortura sin pensamientos.

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como en sombríos hierros, en los abrazos fieros
de una pasión inícuca,
mientras se quema el alma con fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal,—

vosotros no podéis comprender el sentido doloroso de esta
(palabra: UN HOMBRE.

LA DAMA DE CABELLOS ARDIENTES

I

Decíame cantando mi niñera
que a mi madrina la embrujó la luna;
y una dama de ardiente cabellera
veló mi sueño en torno de la cuna.
Su cabellera, cauda sombría,
ondeando al viento, ondeando al viento,
ardía, ardía.

Ya en las tórridas noches, si derrama
su efluvio un huerto y me mitiga un lloro,
y en mi sueño de párvulo se inflama
un astro azul de abéñulas de oro;

Ya en el viaje feliz por los senderos
que moja un agua
de tenues hálitos,
entre brillos de aurora,
trinos de pájaros
y muchas lágrimas . . .
¡Oh, el viaje a Santa Rosa, sobre oro edificada.
Se ven las torres . . .
Bordando los senderos
granjan motiños,
crecen romeros . . .

Ya en los juegos del Tenche, cuando llena
olor sensual la bóveda enramada,
vuela un mirlo, arde un monte, muere un día:
ya en la aldea de incienso sahumada,
donde el melodium en el templo suena
y el alma vespéral responde: ¡Ave María!

O en el Tenche, de agujas luminosas,
no visto pez, guayabas ambarinas,
platanares batidos con lamento
y un turpial que en la hondura se ha callado:

En cada instante mío, en cada movimiento—
su cabellera un fuego desatado
y ondeando al viento,—
Ella estaba a mi lado!
Mirífica, invisible.

II

Muellemente,
sus manos aliñaban la blandura
de mi carne, volando por mi frente
con tibio mimo de delicia impura . . .
Luego, cuando la luna iba llenando
y era azul el infante en su blancura,
o cuando llueve o yo no supe cuando,
fué su beso en su dádiva
mi primera ambrosía
y vi el mundo como una granada
que se abría.

La Dama de cabellos encendidos
transmutó para mí todas las cosas,
y amé la soledad, los prohibidos
huertos y las hazañas vergonzosas.
¡Que intenso el fruto
de las tinieblas!
¡Qué grato el beso
de un labio en llamas!

Oía un trino y su espiral me abría
caminos de ilusión al claro monte,
al claro cielo abierto en la extensión . . .
Mas al tornar del viaje vagaroso
por la escala de lumbre de una estrella,
me hundía nuevamente en el moroso
deleite en soledad: solo con Ella!

Y pasaba envolviéndome el espirto
de una honda, radiante poesía;
y en hazaña ideal, por lauro y mirto
iba mi desatada fantasía.

¡Yo volvería!

Luna en San Pablo, novia de siempre,
yo volvería, aun en abril.

Y entre las auras
de los maizales
que enjugan lágrimas,
iba a partir.

Mas la Dama, sortílega a mi lado,
besó mi boca: ¡oh fruto llameante,
de mil íntimas mieles penetrado
por misterio marino y montesino!...
Y en la onda rubia de la luz ligera,
dorando mi camino
iba su cabellera.

¡Oh, si entonces mi sangre refluyera,
y, manando del cuerpo como un vino
que se vierte, mi lúgubre jornada
fuera no más vertiginoso instante
de aquel vago crepúsculo ambarino!
Ella me fascinó con la mirada,
y por hondos jardines irreales,
en la onda rubia de la luz ligera
dorando mi camino
iba su cabellera.

Cantaba suavemente:

— Yo he mullido
tu carne con mis manos prodigiosas,
y por ellas tu lira da un lamento
a cada sensación, como las rosas
a cada brisa un poco de su aliento.

Pudiste ser el alma sin la flama,
caduco en su ruindad y en su colina,
y eres la hoguera espléndida que inflama
los tules de la noche y la ilumina.
O el barro, sordo, en que no encuentra
ni un eco fiel el trémolo del mundo;
y eres el caracol, donde concentra
y fija el mar su cántico profundo.

¡Todo por mí! Por la virtud secreta
que mis óleos balsámicos infunden,
rozando apenas la materia oscura,
y que sobre las sienes del poeta
el verde claro del laurel augura.
¡Todo por mí! La ardiente cabellera
flota en los manantiales de la vida,
y por mí, como un bosque en su pradera,
la Muerte está de niños frutecida.

III

Silbaban sus palabras como víboras
de fuego, llameantes, arrecidas,
y las sutiles lenguas de las víboras
destilaban dulzores homicidas.
¡Cómo me conmoví! Sobre las hierbas
sudor de sangre
marcó mis huellas.

Mas la Dama me ahondó tan blandamente
por el muelle jardín de su regazo,
tan íntima en la sombra refulgente
me ciñó de las sierpes de su abrazo,
que me adormí, dolido y sonriente.
Me envolvió en sus cabellos
ondeantes y rojos,
y está el deleite en ellos,
entornados los ojos.

Colinas del pudor, de suaves nieblas azulinas;
 río del arte, de ondas peregrinas,
 sepulto en las montañas diamantinas;
 mar del saber, mar triste, mar acerbo . . .

Todo lo ví! — Laurel, ternura, calma,
 todo pudo ser mío. Y la inefable gloria,
 el silencioso gusto
 del esfuerzo fallido en la victoria!

Mas la Dama me ahondó tan blandamente
 por el muelle jardín de su regazo,
 tan íntima en la sombra refulgente
 me ciñó de las sierpes en su abrazo,
 que me adormí, dolido y sonriente.
 Me envolvió en sus cabellos,
 ondeantes y rojos,
 y está la Muerte en ellos,
 insondables los ojos.

LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.
 Sus manos enseñaban a amar los lirios
 y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
 En sus ojos bullía el espíritu del océano.
 Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,
 que fué antes y tornará a ser después absolutamente

(casta.

Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
 Eulalio de Gaspar creyó advertir las alas de un ángel.

Emiliano Barba-Jacob era muy sencillo
 y tenía una infantilidad inagotable.
 Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
 fluía por las escarpas de mi madurez
 como fluye por el cielo la leche del alba.
 Cuando le ví en el vano ejercicio de la vida
 me pareció que me envolvía el rumor de una selva,
 y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
 ¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
 o bosques a las orillas de los ríos!

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado;
 pero la vida, como un licor de bajo precio,
 le producía una embriaguez innoble.
 Sus formas pregonaban la victoria de una estirpe.
 Había en su voz un glu-glu redentor
 y su amante le llamó una vez "El Príncipe de las hablas
 (de agua".

Recuerdo vanamente, como en sueños
se evoca a veces un antiguo ensueño.
Bajo el ala de luz del alba pura
que anuncia el parto místico del día,
tu mano azúlea, de viril factura,
guiaba el carro en la extensión madura
del valle, que el octubre descendía...

Un viento, un viento hería el espigar,
y el rumor de las eras en el viento
tras el viento salíalo a alcanzar

Con su oro viejo, líquenes ducales
historiaban del álamo los nudos,
y había una asamblea de zorzales
por los racimos, castos y desnudos.

Un viento, un viento hería el espigar,
y el rumor en el viento, tras el viento,
era como un plañir y un no lograr.

A sus rejas, la novia del labriego,
fértil y matinal, vimos ceñida:
la besa él y la colora luego
rubor de amor ¡oh poma de la vida!

Y cantas tú, Silvano... Y el son del espigar,
la onda eólea, el melódico fluir,
suénanme a un no decir y un sí otorgar!

Suspenso yo del amoroso instante,—
tu acto primo, original y bello,
húmedo de la noche azul del día
y aun en sus nieblas matinales trémulo,
quise en su maravilla eternizar,
con su fluir,
con su ondular,
entre el rumor
del espigar,
en la dulzura
del vivir.

¿Dónde está mi visión: el parto místico,
el oro del octubre, el carro, el día,
tu voz dilecta, tu ademán jocundo;
en fin, la realidad suma y perfecta
de aquella hora del mundo,
con su fluir,
con su ondular,
entre el rumor
del espigar,
en la dulzura
del vivir?

... Como el tono del mar cuaja en la perla,
cuaje en esta canción aquel rumor:
sea un lamento
que va en el viento
por el temblor de mi dolor
el día dulce de tu amor!

* * *

¡El día! ¡El día! Su ligera túnica,
guarnecida de iris de burbujas,
sólo deja, al flotar, pavesa triste.
Amor, Dolor, Ensueño... El Alma
era grande y el día era pequeño!

Pero como en Sodoma, nuestro día
es para el goce estéril;
y tú tienes ¡oh Niño! ¡oh carne mía!
toda la melodía del instante
en la blancura azul de tu semblante...

CORAZON

Tú, corazón florido,
rojo fanal en mi pecho encendido,
coágulo bermejo, rosal de pasión:
tú, mi corazón, un día serás viejo.

Tu ritmo de onda
de soplos de brisas de huertos de abril,
tu olor de esencia de fronda,
tu triste amor, tu ímpetu pueril,

todo lo apagará con mano blanda
el tiempo, de quien eres un cautivo;
y yacerás en cárcel miseranda,
arcón exhausto, muerto supervivo.

Y tu melodía interna,
tu lúbrico ardor extraviado,
tu ronco son de cisterna,
ya entonces habrán pasado.

Ah, corazón florido,
rojo fanal en mi pecho encendido,
coágulo bermejo, rosal de pasión...
Ah, mi corazón...
Ah, mi corazón...

LA REINA

En nada creo, en nada... Como noche iracunda
ciega del huracán, así es mi "nada."
En su fuente profunda
mi estirpe fué de hieles abrevada.

Solloza en mi razón un viento frío
que antiguo brío hiela en la inacción:
desprecio de mí mismo: estoy llagado...
desprecio de mí mismo: has gangrenado
mi corazón.

Ni un albo amor, ni un odio me esclarece,
alma ciega en la sombra ilimitada;
y a ritmo y ritmo el corazón parece
decir muriendo: "Nada—Nada."

Mi Musa fué de dioses engañada.

Al aura errante, al lampo del lucero,
al tremolante amor de un joven marinero,
en la noche de caudas opalinas pregunto:
¿Qué enigma está en vosotros?—Y responde,
por mi carne de cirios alumbrada,
mi Musa en sus laureles desolada:

—Nada...

¡Oh Reina rencorosa y enlutada!

ELEGIA DEL MARINO ILUSORIO

Pensando estoy . . . Mi pensamiento tiene
ya el ritmo, ya el dolor, ya el ardimiento
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.
A la borda del buque van saltando,
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy . . . Yo, cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven, en la playa deleitosa,
cual besa el mar con sus lenguas el día!
Y cómo, de él cautivo, temblando, suspirando,
contra la Muerte
su juventud indómita, tierno, protegería . . .
Contra la Muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir . . . ¿Conque esta carne divina, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?
¿Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión—de soles diademada—
y el amor . . . y el vigor . . . fué nada, nada? . . .

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!

PLENITUD

Ala bronca, de noche entenebrida,
rozó mi frente, conmovió mi vida
y en vastos huracanes se rompió.
¡Iba mi esquite azul a la aventura!
¡Compensé mi dolor con mi locura,
y nadie ha sido más feliz que yo!

No tuve amor, y huían las hermosas
delante de mis furias monstruosas.
Lauros negros mi oprobio me ciñó.
Mas un lúgubre Numen me consuela,
vuela el tiempo, mi Numen llora y vuela,
y nadie ha sido más feliz que yo!

De las tumbas humildes se levanta
leve flor, en el aire un turpial canta
y la tarde es ya el día que pasó.
Muda calma. Temblor. Melancolía.
¡Todo el dolor y toda la alegría,
y nadie ha sido más feliz que yo!

LA ESTRELLA DE LA TARDE

A Leopoldo de la Rosa, el gran poeta.

Un monte azul, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción . . . Y, sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;
el corazón del monte está cerrado;
el perro del pastor trágicamente
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora, como yo, por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada . . .

¿Quién puso en nuestras almas, anhelante,
vago rumor de mares en zozobra,
emoción desatada,
quimeras vanas, caridad sin obra?
Hermano mío, en la inquietud constante,
nunca sabremos nada . . .

¿En qué islas de grutas misteriosas
arrullaron los Númenes tu sueño?
¿Quién me da los carbones irreales
de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,
cual fracasan los bólicos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta
vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío en el impulso errante,
nunca sabremos nada . . .
Y, sin embargo . . .

¿Qué mística influencia
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas
de cara al cielo, dices de repente:
—“La estrella de la tarde está encendida.”—
Avidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma, y ascendemos
por el hilo de luz . . .

Un grillo canta
en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado . . .

FUTURO

Síntesis de un libro

Yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante,
opreso en la urna del día,
engreído en mi corazón,
ebrio de mi fantasía,
y la Eternidad adelante...

adelante...

adelante...

CANCION LIGERA

La vida es agua de un áureo río,
y afluye al tiempo su onda de oro;
y es el mañana como el navío
en que navega nuestro tesoro.

Lanzas ¡oh Muerte! tu soplo frío,
y paralizas la onda de oro del áureo río;
y en el vacío se hunde el navío
en que navega nuestro tesoro.

¡Corran tus aguas, sagrado río,
y afluya al tiempo su onda de oro!

POMPAS

El dulce niño pone el sentimiento
entre la pompa de jabón que fía
el nardo de su mano a la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento en su pompa de jabón.

Yo pongo el corazón — ¡pongo lamento!
entre la pompa de ilusión del día,
en la *mentira azul* de la extensión . . .
¡El dulce niño pone el sentimiento
y el contento, yo pongo el corazón!

LA HERMANA

La tarde perlina, de azúleos cabellos,
muchacha romántica;
yo, deshecho en lágrimas,
niño consentido.

En mi llanto las casas y el pueblo se han hundido.
¡Tal vez las astromelias florecerán mañana!
En un árbol que canta un mirlo forma el nido,
va un príncipe a buscarlo, el mirlo está escondido,
y mi madre me arruya y estoy adormecido.

La tarde que iba jugando,—
hermana de azules cabellos,—

se acuesta a mi lado.
Y mi madre a los dos nos ha besado.

MOTIVO

Al prodigioso José Juan Tablada.

Querellas en el viento, clamor contra la nube
que sube y sube y la deshace el viento,
congojas porque el nardo del día se agostó?
Si aun vivo Yo! . . .—si aun gozo mi lírico momento,
la luz . . . el pan . . . el amoroso aliento . . .

Dos fértiles mancebos de Jonia divagaron —
remoto día —fulgurante día —
por las risueñas playas de Lesbos rumorosa,
sobre el cristal undívago que al sol reverberaba,
bajo el turquí lumíneo que el ámbito envolvía . . .
Írísanse las olas y un gran rumor las llena . . .
Si fué con los marinos el goce y la ufanía,
¿qué importa que no duren sus rastros en la arena?

NOTA DE LOS EDITORES:—Publicamos el poema anterior obedientes a nuestra intención de dar a conocer, tan completamente como sea posible, la obra de BARBA-JACOB, aunque es fácil advertir que al final de la primera estrofa falta el complemento de la idea antes enunciada, posiblemente todo un verso que guarde relación con el sentido que cierra la segunda estrofa. Pero sólo el poeta podría llenar ese vacío y nosotros nos concretamos a servir el fragmento, que no carece de mérito intrínseco, fuera de su valor bibliográfico.

AMIGO ESPIRITUAL

(Rafael Arévalo Martínez).

¡Oh, tú de las palabras que dora un sol occiduo,
como vagos zafiros:
tú, del hogar austero, del grato desaliño
y el ademán de un místico de una progenie ilustre . . .
Te das en tus balsámicas canciones
si la Tierra y el Cielo te sonríen,
o no te das . . . Amas el hecho vano
porque puedes henchirlo de amor y de belleza
inextinguible; amas al Dios arcano,
y has hundido la mente en lo Imposible!

LA HORA SUPREMA

I

El hombre ruin, que a riegos de su frente
mojó los surcos de heredad extraña;
que ante el festín espléndido gemía,
por siempre insatisfecho de migajas,—
ceñido ya de rutilantes joyas
ante el tumulto pasa,
y su imprevista claridad deslumbra
los ojos tristes y las mentes bárbaras.

Yo, de mis oros íntimos seguro,
fuerte en mi amor, feraz en mi alegría,
pienso, temblando en el cubil oscuro:

—Mi hora no ha llegado todavía...

II

Aquel amigo de la azul infancia,
que parecía triste hasta la muerte,
al son suave de sensuales músicas
hoy de la fiesta de sus nupcias vuelve.
Da el azahar sus cálidos olores...
Las brisas cantan el ensueño ardiente...
Amor en corazones y pupilas
férvidas llamas de ternura enciende...

Pero a irreales bodas convidado,
cuyos fulgores no obscurece el día,
yo digo en mi rincón abandonado:

—Mi hora no ha llegado todavía...

III

Tintas aún en la inocente sangre
las manos, y el laurel sobre los rizos,
a la ciudad que en júbilos desborda
entra el guerrero invicto.
Como en lumbres frenéticas, el aire
treme con la locura de los ritmos,
mientras —heraldo del honor— un águila
da sombra al Genio entre marciales himnos.
Yo, la incruenta victoria conquistada
en mí mismo, radiante de osadía
grito de las tinieblas de mi nada:

—Mi hora no ha llegado todavía...

IV

Y ha de venir, sin que mis oros valgan,
mi amor esplenda ni mi gloria brille,
pálido espectro que dará a mi carne
sudor de angustia y mortecinos tintes.
Tendré, por gaje del dolor heróico,
sus hieles en mi boca que sonrío,
y un lino de la tierra por sudario
de mi ambición impetuosa y libre...

Mas al llegar al tenebroso abismo,
aun clamaré con mi última energía,
firme en mi ley, seguro de mí mismo:

—¡Mi hora no ha llegado todavía!

PLENITUD

(A Adolfo Drago-Bracco)

Un viejo triste, huraño, sórdido,
 cruzó mi tierra maternal:
 tras lo turbio de sus pupilas
 hallé tan sólo ruindad.
 ¡Cuán malo es! — dije en mí mismo:
 ¡que no le vea nunca más!
 Si no reprimo mi cólera
 los perros le voy a azuzar.

Después — ¡oh hermosura de la vida! —
 de aquel horrible hombre en pos
 iba un niño por el sendero,
 y en el sendero era una flor.
 Un vaso de agua, con voz dulce
 me pidió por amor de Dios;
 tembloroso y lleno de lágrimas
 dije: ¡Por amor tuyo te la doy!

Era aquel niño vivo y fino
 y lindo cual lirio de abril;
 a través del cristal yo veía
 de su boca el puro rubí.

— Pequeñuelo, te doy mi granja,
 mi pan, mi afecto; mora aquí.

— Mi viejo padre gana el pan de cada día
 y es dichoso en mi amor.

¡Yo comprendí!

¡Oh plenitud! Y desde entonces
 a ningún padre odio jamás:
 toda miseria la redime
 una corona paternal.
 Quien tiene un niño, ha ejercitado
 divinamente el don de crear:
 quien tiene un niño sublima el mundo
 y lo nutre de eternidad!

ESTANCIAS

El aire es tierno, lácteo, da dulzura.
Miro en la luz vernal arder las rosas
y gozo de su efímera ventura . . .
¡Cuántas no se abrirán, aun más hermosas!

Estos que ví de niños han trocado
en ardor los anhelos inocentes,
y se enlazan y ruedan por el prado . . .
¡Cuántos no se amarán, aun más ardientes!

La tarde está muriendo, y el marino
soplo rasga sus velos y sus tules,
franjados por el ámbar ponentino . . .
¡Cuántas no brillarán, aun más azules!

LA GRACIA INCOGNITA

I

Nube sombría, grávida de noche,
que enluta los oleajes del invierno,
así su frente; cejas enemigas,
roban la escasa lumbre a sus ojuelos.
Y es su sonrisa como un alba fúnebre.
Y es su ademán como un blandir de hierros.
La boca innoble y ávida destila—
fruto de Satanás—hondos venenos.

Mas en la sombra y el callado instante
del suspirar, del anhelar sereno,
cuando tiemblan los astros en las aguas
y está en los pozos el caudal del cielo,
y el hombre aquel inclina la cabeza,
oye un tumulto lírico en su pecho,
y sus ásperas formas armonizan
del mundo con el plácido concierto.

¿En dónde está la gracia
de un rostro que yo he visto?

II

Muertos lagos nocturnos, en sus ojos
la claridad del valle se destiñe,
y la encendida, innumerable tierra
en borrosos espectros se deslíe.
Las mieles del amor entre sus labios
congela un viento soporoso y triste;
opresa de los músculos su alma
tan sólo amargos pensamientos rige.

Pero después, en las purpúreas horas
 en que la tarde, conmovida, rinde
 sus violetas al mar, y en los pinares
 ardiente soplo de inquietud imprime,
 ella, la joven lóbrega, se incendia
 en albas de suavísimos matices,
 mientras—cautivo de visión gozosa—
 más allá de la tarde un niño ríe...

¿En dónde está la gracia
 de un rostro que yo he visto?

III

Tétrica faz, indómitos mechones,
 mano inhábil y lúgubre sonrisa...
 Como arroyo que fluye entre los légamos,
 su sangre es tarda, perezosa, fría.
 La ancha cabeza intonsa mal sostienen
 los desmedrados hombros; pensaríais
 que se engendró del sueño conque tornan
 las viejas de las fúnebres vigiliass.

Pero decidle una palabra dulce,
 de humano amor con óleos prevenida,
 ritmo que entre las nébulas evoque
 la visión de su Cólquide divina,
 y él arderá como el incienso rubio
 puesto a espirar entre las brasas vivas,
 mientras su faz anémica se enciende
 con la hermosura de mil rosas íntimas...

¿En dónde está la gracia
 de un rostro que yo he visto?

NIÑOS

Los niños son tranquilos y suaves:
 trino en la noche, lampo de la aurora
 sus risas puras y sus ojos graves.

Nativamente, saben la canción
 del prodigioso ritmo sub-oído,
 que hace regocijar el corazón;
 y en los brazos abiertos de la noche
 gustan la maravilla del olvido.

Y olvidan luz y amor y gozo y pena,
 y la trisca pueril en los senderos,
 donde se imprime en la menuda arena
 el tibio rastro de sus pies ligeros.

O si apunta la luz del día infante
 de Navidad, cuando el rocío es miel,
 se lanzan en un ímpetu anhelante
 por ver al Niño y por jugar con él.
 Y juegan arrecidos, florecidos,
 y cantan engreídos
 coros enardecidos...
 Amor pide entre duelos sus júbilos y coros,
 y ellos, ricos del reino de los cielos,
 jamás economizan sus tesoros.

En sus almas recónditas se inicia
 una virtud augusta, que aun se esconde;
 mas cuando llega la estación propicia
 y el genio llama, la virtud responde.

¡Niños! He aquí la luz del día eterno
 de Navidad, cuando el rocío es miel:
 ¡id hacia el mundo en ímpetu fraterno
 por ver al Niño... y jugaréis con El!

CANCION DE LA ALEGRIA

¡Oh juventud . . . y el corazón . . . y Ella,
música en el silencio del palmar!
Brilla en mi cielo temblorosa estrella,
y el corazón, la juventud y Ella
me infunden vago anhelo de cantar.

Junio en sus brazos cálidos madura
de mayo floreal la herencia opima,
y la onda musical de la luz pura
truécase en polvo de oro de la rima.

¡Oh juventud . . . y el corazón . . . y Ella,
trémula en el cordaje del laúd—
Ella florida—
Ella enardecida—
Ella, todo el aroma de la vida
en la miel de la dulce juventud!

Aun tengo impulsos de cantar. El viento
riega efluvios de Dios por la pradera,
toda primor de nácar y de trino,
en la infantilidad de la mañana.

¿Qué es Poesía?

¡El pensamiento Divino
hecho melodía humana!

SEGUNDA CANCION SIN MOTIVO

Con mi ensueño de brumas, con tu claro rubí
¡oh tarde! estoy en tí y estás en mí,
por milagrosa e íntima fusión . . .
Antes del gran silencio de las estrellas, dí:
¿de qué divina mente formamos la ilusión?

Por mi ensueño de brumas, por tu claro rubí
¡oh tarde muda y bella! gime mi corazón.

Sentimos no conocer la "Primera Canción sin Motivo." — Nota de los editores.

CARBUNCLOS

No enflorará tu nombre un verso vano
ni entre lo cotidiano irás perdida.
Un varonil silencio. Un goce arcano.
Y por mi pensamiento soberano
hacer más honda y sensual tu vida.

Eh, cómo en el amor estás ardida:
se va entreabriendo el alelí de un beso
en tu boca, de múrice teñida,
y desnuda y nevada
tu carne a mi deleite fué ofrendada.

¿Qué jardín se te inunda si me lloras?
Mi amor ¿no es la clepsidra de tus horas?
¿En tus labios no miela el colibrí:
la vida junto a mí no es más ensueño,
más tragedia la vida junto a tí?

Cuán lindo el pie tan ágil y pequeño . . .

Ya en la propicia obscuridad, desnuda
tu carne tiembla y lánguida me oprime:
doliente y zahareño
grita mi corazón: ¡Si está desnuda!
¡Cuán lindo el pie, tan ágil y sedeno,
cuán tibio el muslo! . . . Ah, dueña de tu dueño:
el amor fué mi parte dispensada
en el festín de sombras de la nada . . .

Hoy quiero solazarme en tu ternura
como en las auras que embalsama el heno
la noche del sahumero montesino.
¡Un beso a tu barón, mi hembra impura!
Dormir después en tu redondo seno,
tu seno blanco de ápice azulino . . .

LA INFANTA DE LAS MARAVILLAS

Ofrenda lírica a la Señorita Nena Morales Górriz

Un día en mi niñez. Crepúsculo inefable,
y, sin saber por qué, yo en la campiña profunda.
Brillaban unas flores en toda la campiña,
y absorto en mis cinco años, temblando interrogué:

—¿Madre, qué flor es ésta?— La flor de las maravillas . . .

Un día en mi niñez, y sin saber por qué . . .

De súbito hacia el fondo del campo enardecido,
una Infantina esbelta, una niña inasible,
que era las maravillas y el crepúsculo.
Mi madre iba colmando de flores un copón,
y entre las maravillas, en medio del crepúsculo,
la niña esbelta, la veste blanca y roji-azul el pañolón.

Mas luego, andando un poco la noche y la pradera,
con voces impasibles dijo mi madre abuela:

—“Donde se ve ese surco de hierba nací yo:
¡no quedan ya ni aun tapias! . . . ¡La hierba es altamiza! . . .”
Silencio . . . Un gran silencio.

Hierba de las ruinas . . .

Llanto de lo inefable preñaba mis pupilas.
La Infanta me dió un beso y el llanto desbordó.

En medio de las ruinas ataban maravillas
a la luz de la luna.

* * *

Después, andando el tiempo, la vida y los países,
vi mil cosas . . . Vi arder la tierra en su extensión.
Paisajes de montañas, doncellas que suspiran,
danzar entre guirnaldas . . . La mies ya está madura
y al júbilo es el día, la noche a la pasión.
Entre coros de jóvenes, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta?—¿Cuál Infanta?
—La Infanta de las maravillas.

Y andando, andando el dulce tiempo juvenil
vi el monte dar la miel de sus colmenas. La alegría,
con la miel del monte, no cesa de fluir.
Un beso conmovido, la luna y las guitarras,
ávido el corazón, insaciado, encendido,
la mano firme, un freno de oro a la ilusión . . .
¡Oh júbilo exaltado! La vida es la alegría
y su aleatorio impulso nos lleva el corazón.
El vino loco al declinar el día . . .
y entre coros de jóvenes yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta?—¿Cuál Infanta?
—La Infanta de las maravillas.

Y al cabo, estar colmadas las noches de infortunio.
¡Qué silencio tan lóbrego! ¡Qué frío el corazón!
En la noche sin sueño en que croan las ranas,
qué fantasmas y cuánto delirio que pasó . . .
Un vino aurifulgente, de ensueño mortecino . . .
Un aroma que huye, la viola encantada,
la seda tornasol, la miel de la granada
y un anhelo que no lo colma nada . . .
Entre tapiales rotos, la lúgubre altamiza:
sangrando en sus ruinas mi propio corazón . . .
Y en medio de mi pena, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta?—¿Cuál Infanta?
—La Infanta de las maravillas . . .

CANCION DEL DIA FATIGADO (ELEGIA DE SAYULA)

A José Vasconcelos

I

¡Hasta que llovió en Sayula!
Folklore mexicano.

Por campos de Jalisco, por predios de Sayula . . .
¡donde llovía a cántaros!—ensueños fuí a espigar.
Cantaban unos jóvenes, y sus bellas canciones
las muchachas del pueblo salían a escuchar.

Busco una vida simple, y, a espaldas de la Muerte,
no triunfar, no fulgir, obscuro trabajar,
pensamientos humildes y sencillas acciones,
hasta el día en que, al fin, habré de reposar!

—¡Imaginaciones!
—¡Imaginaciones!

II

Esta tierra es muy suave, muy tibia, nada estéril,
y la fecundan largos ríos de dolor.
Arando, arando, iban cantando unas canciones,
y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,
como eres tú, Romelia: como Guadalajara.
¡Qué maravilla! Bosques de cálida astromelia
en un silencio azul envuelven los salones . . .
Vivir aquí, labrando las tierras de Sayula,
porque me diesen ellas, a cambio de sudor—
ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones—
¡paz! ¡paz en mis entrañas! ¡silencio en mi redor!

—¡Imaginaciones!
—¡Imaginaciones!

III

Ala del tiempo . . .

Ala del tiempo . . .

Ha mil años, un pueblo formaría
con polvo de hombres una ruin alfarería . . .
Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,
y en mi frente — un incendio de florestas —
fluye tu cabellera perfumada.
Sayula está de fiesta
porque llovió; la luna sublima los magueyes,
me dan vino, y . . . ¡México es tierra de elección!
“Mi padre—dice un joven—tiene cinco yuntas de bueyes.”
Cruzan la honda noche ráfagas de maizales,
y un júbilo de júbilos nos llena el corazón.
Luces en las cabañas!
Canciones por las montañas!
Un lecho de espadañas que las dora el estío,
y tú, Fantasma bruno, que siempre me acompañas . . .
¡Dadme vino, y llenemos de gritos las montañas!

— ¡Imaginaciones!

— ¡Imaginaciones!

IV

. . . Bajo el portal caduco vine a buscar sociego.
Rendidos de cansancio, en la tierra desnuda
duermen una mujer, un niño, un labriego.

Se mira arder la noche,
cuajada de cocuyos.

Sin ningún pensamiento, sin dolor exaltado —
¡nada más la fatiga de un día: nada más! —
sobre la tierra dura, desnuda, estoy echado.
El niño, friolento, comienza a sollozar . . .
¡Oh pobre india estúpida: tu hijo está llorando:
arrúllalo en tus brazos y dale de mamar!

EL ESPEJO

¿Mi nombre? Tengo muchos: canción, locura, anhelo.
¿Mi acción? Vi un ave hender la tarde, hender el cielo . . .
Busqué su huella y sonreí llorando,
y el tiempo fué mis ímpetus domando.

¿La síntesis? No se supo: un día fecundaré la era
donde me sembrarán. Don Nadie. Un hombre. Un loco. Nada.
Una sombra inquietante y pasajera.
Un odio. Un grito. Nada. Nada.

¡Oh desprecio, oh rencor, oh furia, oh rabia!
La vida está de soles diademada . . .

FUTURO

Decid cuando yo muera . . . (¡y el día esté lejano!):
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento . . .

Vagó con los abriles por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;
la tierra mexicana le dió su rebeldía,
su libertad, su fuerza . . . Y era una llama al viento.

De simas no sondeadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fué sabio en sus abismos,—y humilde, humilde, humilde,—
porque no es nada una llamita al viento . . .

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira, jamás, esclareció,
y nadie aún ha medido su trágico lamento . . .
Era una llama al viento, y el viento la apagó.

Guatemala, Julio 29 de 1923.

LAMENTACION DE OCTUBRE

Yo no sabía que el azul mañana
es vago espectro del brumoso ayer;
que, agitado por soplos de centurias,
el corazón anhela arder, arder.
Siento su influjo y su latencia, y cuando
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que infantil ternura,
da al cielo de la vida un rosicler,
y que, bajo el laurel, el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.
¡Oh, quién pudiera, de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad quisiera ser . . .

¡Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender!

LA VIEJA CANCION

TEMA:—La juventud es como un bello libro de cuentos de hadas o de historias heróicas, que leemos con emoción, al calor de nuestra íntima hoguera... Cuando la hoguera se ha extinguido y el libro se acaba, ¿qué hacer sino suspirar?

I

¿Qué ha de hacer quien ignora el destino,
la razón de su pan y su vino,
y la clave de obscuro avatar?

Como el nórdico rey prisionero
de la vieja canción del trovero,
esperar... esperar... esperar...

II

Tal vez brinde un consuelo a sus cuitas,
en la tarde de pompas marchitas,
la ventana que está frente al mar:

tal vez pueda en antiguo volumen
cuyos trazos los siglos esfumen,
divagar... divagar... divagar...

III

En otoño de rancos acentos
que con lúgubres puños violentos
en las noches quebranta el pinar,

pueda acaso por sendas de gloria
más allá de su patria y su historia
ambular... ambular... ambular...

IV

Si hace frío en la sala desierta,
entornando a su paso la puerta
y arrojando un buen leño al hogar,

él podrá como un rey del oriente
al influjo del libro sapiente...
delirar... delirar... delirar...

V

Y fingir que entre chusma bravía,
de remotas edades, un día
fué un castillo roquero a escalar:

y que vieron atónitos ojos
una espada entre humanos despojos
cintilar... cintilar... cintilar...

VI

O más bien que en la paz de la vida
por la senda de lauros mullida...
fué una rubia princesa a buscar...

Mil lanceros formaban cohorte...
(Y el palacio quedaba hacia el Norte,
frente al mar... frente al mar... frente al mar...)

VII

Mas ¿qué hacer cuando el libro concluye?
¿Cuando el sueño falaz se diluye?
¿Cuando muere la luz del hogar?

Sólo resta el recurso postrero:
como el nórdico rey prisionero,
suspirar... suspirar... suspirar...

PRIMERA CANCION DE LA SOLEDAD

Valle fértil, con ojos azules
que el rumor del juncal adormece,
si espira en los juncos un aura lontana;
fácil coro de aplausos que mece
con moroso ritmo la musa liviana;
un laurel . . . y la hembra en la umbría
a mi voluntad soberana . . .

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Ingenuo flautista de rostro florido,
que a la luz de un candil imbuído . . .
(era invierno, nublosa mañana)
rindióse a mi ardor sin sentido . . .
Viaje loco, locuras innúmeras,
y, contra la Muerte, coros de alegría . . .
Flautista del Norte, orgía pagana,
pavor en la orgía . . .

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Dolor sin vocablos, abscóndito, ardiente;
guirnalda de oprobios que abrumba la frente;
y un lloro en la noche que un astro redime . . .
¡Mis ojos no vean el solemne día
en que ya la Gloria mi nombre sublime!
Dolor, oblación, poesía, corona lejana . . .

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

. . . Silente, en las sombras, el ímpetu libre
hurtado a la impura materia—
¡es ya el azul! ¡es ya la paz de Dios!
Los ámbitos llena feliz pensamiento,
que impele a la lumbre del día
el vuelo del ala y el ala del viento;
y empieza a fluir, extrahumana,
la suprema, inmortal Alegría . . .

¡Alma mía! ¡Alma mía! ¡Alma mía!
¡Qué cosa tan vana!

Biblioteca de Guadalajara,
Octubre de 1921

BALADA DE LA LOCA ALEGRIA

... Polvo de Pericles, polvo de Codro,
polvo de Cimón...

(Palabras de la Antología).

Mi vaso lleno — el vino del Anáhuac —
mi esfuerzo vano — estéril mi pasión —
soy un perdido — soy un marihuano —
a beber — a danzar al son de mi canción...

Ciñe el tirso oloroso, tañe el alegre címbalo.
Una bacante loca y un sátiro afrentoso
conjuntan en tu sangre su frenesí amoroso...
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,
y la gracia encadena con rosas la pasión.
¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción! —
¡Reíd, danzad al viento de Dionisos que embriaga el corazón!
La muerte viene — todo será polvo
bajo su imperio — polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón...

Mi vaso lleno — el vino del Anáhuac —
mi esfuerzo vano — estéril mi pasión —
soy un perdido — soy un marihuano —
a beber — a danzar al son de mi canción...

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,
de Numidia ardorosa — y de toda la rosa
de los vientos que beben las águilas romanas,
surgid, doncellas puras y ávidas cortesanas.
Danzad en voluptuosos, lúbricos episodios,
con los esclavos nubios, con los libertos rodios.

Flaminio, de cabellos de amaranto,
busca para Heliogábalo en las Termas
varones de placer... Alzad el canto,
danzad, reíd en báquica alegría
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.
La Muerte viene — todo será polvo
bajo su imperio — polvo de Lucrecio,
polvo de Augusto, polvo de Nerón...

Mi vaso lleno — el vino del Anáhuac —
mi esfuerzo vano — estéril mi pasión —
soy un perdido — soy un marihuano —
a beber — a danzar al son de mi canción...

Montañas de Antioquia con olor de azucena;
aldeanas del Cauca con dulzor de colmena;
infanzonas de Lima, unciosas y augurales,
y princesas de México, que es como la alacena
familiar, do guardamos los más ricos panales...
Y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,
infructuosos, sombríos,
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos...
Mozuelos de la grata Cuscatlán — ¡oh ambrosía! —
y mozuelos de Honduras,
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras...
Entrad en la fiesta, en el feliz torbellino:
reíd, danzad al son de mi canción:
la piña y la guanábana aroman el camino
y un vino de palmeras aduerme el corazón...
La Muerte viene — todo será polvo:
polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,
polvo en la urna, y, rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del Aquilón...

Mi vaso lleno — el vino del Anáhuac —
mi esfuerzo vano — estéril mi pasión —
soy un perdido — soy un marihuano —
a beber — a danzar al son de mi canción...

La noche es clara y da embriaguez de mieles,
la tierra es bella en su cendal de brumas;
vivir es dulce, con dulzor de trinos;
canta el amor, espigan los donceles,
se puebla el mundo, se urden los destinos . . .
¡Que el vino del Anáhuac me alivie el corazón!
¡A danzar! ¡A girar en raudos torbellinos,
vano el esfuerzo, estéril la pasión! . . .

ENVIO

(A Leopoldo de la Rosa).

A tí que me reprochas el arcano
sentido del amor que va en mi verso,
fúlgido y fuerte, insólito y arcano,
te hablo en la triste vanidad del verso;
tú en la Muerte rendido, yo en la Muerte,
ni un grito apenas del afán del mundo
podrá hallar eco en la oquedad vacía.
El Polvo reina, el Polvo, el Iracundo . . .

¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

México,
1921

LA CIUDAD DE LA ESTRELLA

Para el poeta Alberto Velásquez

I

A un Numen fuerte, un fúlgido milagro:

Del dombo de los cielos se desprendió una estrella,
y su visión fué trazo de la belleza suma:
con inflamados besos dió un iris a la bruma
e iluminó las almas, la mística centella!

¿Y a dónde caería? Los bardos de aquel tiempo
cantaban en sus rimas la ciudad memorada,
donde se vió el prodigio arder, fluir, caer.
Era un monte. Subiendo ese espacioso monte,
un limo que sería la pulpa en la granada.
Cimera aún, la roca silenciosa y nevada,
y después horizonte . . . horizonte . . . horizonte . . .

¿A dónde caería
la gema azul, rodando desde el collar del día?
¡Oh, quién mirar pudiese la sombra iluminada
y como abierta en lampos de una aurora sagrada!

II

Ciudad feliz, arcádica, de honrado amor, se engríe
porque la blonda tráfuga de nívea luz la baña;
en su ilusión la estrella sus nácares deslíe;
los hombres que la vieron los nutre su montaña . . .
Sus albas aun evocan auri-azulina huella.

Quiere la ciudad clara el sueño blando,
 la Musa libre, el alma señora en su querella,—
 y labora cantando y esperando . . .
 Aun piensa ver la sombra iluminada,
 cual si se abriera en lampos de una aurora sagrada . . .
 Y persiguiendo el brillo de la fugaz estela,
 el éter vacuo, inmenso, contempla de hito en hito . . .
 Un pueblo, cómo mira los ámbitos y anhela
 no sabe que . . . ¡belleza del lúgubre infinito!

¡Qué noche, noche ustoria que conmovió la vida
 y enardeció las almas y depuró el dolor,
 cuando cruzaba el cielo la lágrima encendida!
 ¡Qué fúlgido milagro, qué lírico estupor!
 A quien miró la estrella con mirar arrobado,
 hasta el penar la lumbré le tiene diademado,—
 y un brillo de la lumbré lleva en la mente opreso:
 el beso de la luz casi ni oprime,
 con ser un tibio y tremulante beso . . .
 Tú por la estrella errante de un sueño embelesado:
 ¡vivir es una experiencia sublime!
 ¡vivir es un ejercicio sagrado!

III

Abejas zumbadoras. Maíz que está granando.
 Canciones a la tarde, cuando se sueña, y cuando
 el polvo de los astros fulgura en el vacío . . .
 Ha de brillar de nuevo la mística centella,
 rielando entre las aguas del nemoroso río . . .

¡Sé tú, Quezaltenango, la Ciudad de la Estrella!

SABIDURIA

Nada a las fuerzas pródidas demando,
 pues mi propia ruindad he comprendido.
 Me basta oír el perennal ruido
 que en la concha marina está sonando.

Y un lecho duro y un ensueño blando;
 y ante la luz en vela mi sentido
 para advertir la sombra que al olvido
 el ser impulsa y no sabemos cuando . . .

Fijar las lonas de mi móvil tienda
 junto a los calcinados precipicios
 de donde un soplo de misterio ascienda;

Y al amparo de númenes propicios,
 en dilatada soledad tremenda
 bruñir mi obra y cultivar mis vicios.

EL SON DEL VIENTO

E a postremas, viene un grand viento,
que todo lo lleva.

El Libro de los Gatos.

El son del viento en la arcada
tiene la clave de mí mismo:
soy una fuerza exacerbada
y soy un clamor de abismo.

Entre los coros estelares
oigo algo mío disonar.
Mis acciones y mis cantares
tenían ritmo particular.

Vine al torrente de la vida
en Santa Rosa de Osos,
una media noche encendida
en astros de signos borroños.

Tomé posesión de la tierra,
mía en el sueño y el lino y el pan;
y, moviendo a las normas guerra,
fuí Eva y fuí Adán.

Yo ceñía el campo maduro
como si fuera una mujer,
y me entibiaba un vino obscuro
de placer.

Yo gustaba la voz del viento
como una piñuela en sazón,
y me la comía... con lamento
de avidez en el corazón

Y, alígero esquife al día
y a la noche y al tumbo del mar,
bogaba mi fantasía
en un rayo de luz solar.

Iba al Oriente, al Oriente,
hacia las islas de la luz,
a donde alzara un pueblo ardiente
sublimes himnos a lo azul.

O cruzando la Palestina
veía el rostro de Benjamín,
su ojo lánguido, su boca fina,
y su arrebató de carmín.

O de Grecia en el día de oro,
do el cañuto le daba Pan,
amaba a Sófocles en el coro
sonoro que canta el Peán.

O con celo y ardor de paloma
en celo, en la Arabia de Alá
seguía el curso de Mahoma
por la hermosura de Abdalá:

Abdalá era cosa más bella
que lauro y lira y flauta y miel:
cuando le llevó una doncella
cien doncellas murieron por él!—

... Mis manos se alzaron al Ambito
para medir la inmensidad;
pero mi corazón buscaba ex-ámbito
la luz, el amor, la verdad.

Mis pies se hincaban en el suelo
cual pezuña de Lucifer,
y algo en mí tendía el vuelo
por la niebla, hacia el rosicler...

Pero la Dama misteriosa
de los cabellos de fulgor
viene y en mi mano posa
y me infunde un fatal amor.

Y lo demás de mi vida,
no es sino aquel amor fatal,
con una que otra lámpara encendida
ante el ara del ideal.

Y errar, errar, errar a solas,
la luz de Saturno en mi sien,
roto mástil sobre las olas
en vaivén.

Y una prez en mi alma colérica
que al torvo sino desafía:
el orgullo de serte, América,
el Ashaverus de tu poesía...

Y en la flor fugaz del momento
querer el aroma perdido,
y en un deleite sin pensamiento
hallar la clave del olvido.

Después un viento... un viento...
(un viento...
y en ese viento mi alarido!

EL DESPERTAR

Ya por celestes númenes alzado el mortuorio
manto que las criaturas envolvía,
la luz viene a llamar a los cristales...

Tú, que retornas a tu sueño: advierte
si un hada esquiva deja en los umbrales
calvias y zarpoletas, o si vierte
al pie de la ventana,
con sus dedos rosáceos y pueriles,
los jugos de la agreste mejorana
y el tomillo de todos los abriles.
Porque huele muy bien...

Y el aire puro,
al penetrar por el balcón abierto,
derrama en el ambiente semi-oscuro
los himnos de los pájaros del huerto.

Bajo el árbol antiguo el agua suena...
¡Es de día! ¡Es de día!
Has tu oración, disponte a la faena,
y alégrate en las cosas humildes, alma mía.

EL PENSAMIENTO PERDIDO

A Rafael Heliodoro Valle.

Yo tuve un pensamiento de inspiración divina,
seguro como un monte y arduo como un amor:
encerraba el misterio de la concha marina,
del vuelo de las águilas, del ritmo y de la flor.

Jamás lucero alguno vertió desde la altura,
sobre el escueto páramo, más dulce claridad
que el pensamiento mío sobre la carne obscura,
hecha, por él, florida de bien y de verdad.

Bajo su beso el mundo reía en la alborada...
¡Y la alborada fué mi honda de David!
Oh, ternura sin lágrimas de la luz aniñada
jugando en los racimos maduros de la vida...

En su esplendente lumbré—rubí, zafiro, día
eterno—iban las múltiples fuerzas del Bien y el Mal
(palomas y milanos) con rumbo a la armonía,
y todo se nutría de ciencia divinal.

Agrias tormentas—agrias como erizada roca—
entre la mente obscura y el ciego corazón:
plegaria que te vuelves, al brotar de la boca,
iracunda blasfemia o ardiente maldición:

enfermedad sagrada que busca lo absoluto
en nuestro ser efímero, más no lo puede hallar:
celestes Poesía que llevas hasta el bruto
tus perfumadas ánforas, tu lirio y tu azahar:

soplo que extingue al paso la flama de la vida:
ósculo de las sombras: fatídico vaivén
entre un día futuro y una edad preterida:
hambre de azul: melódica nostalgia del Edén...

Todo bajo la lumbré del claro pensamiento
era impulso armonioso, miel, perla, vino, Abril...
El suspiro de Dios, que armonizaba el viento,
iba en mi pensamiento por el viento de Abril!

CANCION DELIRANTE

CORO

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión:
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.

Abrid, que llegan los trashumantes
de una ignorada, muelle Stambul.
¿A qué las fugas alucinantes,
si hay tras las arduas cumbres distantes
los mismos mares y el mismo azul?

LOS EMBRUJADOS

Dolor . . . zozobra . . . Puertas abiertas:
la marihuana, la tentación . . .
¡Cielos azules y alas abiertas!
Por vagos mares de ondas inciertas
vaga el esquife de la ilusión;
las viejas vides están desiertas,
mueve fantasmas el corazón,
y . . .

LOS INVERTIDOS

Ved nuestras úlceras en carne viva,
que escuece el áspero soplo del mar.
Fué nuestra pobre carne cautiva
de una nefanda deidad activa
que los rubores vedan nombrar.

CORO

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión;
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.

SEGUNDA CANCION DELIRANTE

Tralarí lará larí
tralará larí lará . . .

Al amor el alma, vaso de ternuras;
al carmín del día, la alondra solar;
luz de estrellas claras a las liras puras;
armonium e incienso al altar . . .
¿Y a mi afán extraño, de equívoco anhelo,
a mi ronca y triste desesperación:
¿Un laurel andrógino? ¿La piedad de un velo?
¿O el cárabo loco de mi corazón?

Tralarí larí lará
tralará lará larí . . .

Con pavor mi carne ruge sus locuras.
Mi alma en ese rugir va.
De tantos rugidos en noches oscuras
no oigo nada . . . nada . . . Tralarí lará . . .
Y me abrazo en llamas de lúgubre anhelo,
en una gozosa desesperación . . .

Mas un día . . . ¡un día llegaré hasta el cielo
con las llamaradas de mi corazón!

ANTORCHAS CONTRA EL VIENTO

Mi mal es ir a tientas con alma enardecida,
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas errante en el sendero;
y el peor de mis daños, no comprender la vida.

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura
y que este corazón es brasa transitoria
que arde en la noche pura!

Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vió como un espejismo,
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria
como un perfume santo . . .
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!

Y sin embargo, siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola . . .
(¡Oh, noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!)

PORFIRIO BARBA-JACOB



PORFIRIO BARBA-JACOB

I

El Poeta y su Obra.

Está justificada la admiración por Barba - Jacob. ¿Porqué Barba-Jacob, como él mismo afirma, expresa un dolor nuevo?

“Entre el dolor humano yo expreso otro dolor.”

No. En mi sentir, Barba - Jacob no expresa un dolor nuevo. No expresa *más que el dolor humano*; pero sí expresa *todo el dolor humano*. Y ya es bastante. No se puede pedir más.

Esto explica la difusión de sus poemas, y el cariño que hay por ellos.

* * *

Uno de los caracteres del dolor humano moderno— si no es impropia esta expresión —consiste en que es con frecuencia agnóstico. Hoy la fé del carbonero cada vez es más rara. El agnosticismo de Guyau, de Matherlinck, informan nuestra edad. El *solo sé que no sé nada* del sabio. Un agnosticismo que no excluye ninguna hipótesis, y la divina y la de la inmortalidad del alma, menos que ninguna otra. Un agnosticismo que crée que la metafísica es legítima prolongación de la física, y que al llegar al límite de la experiencia gusta de hacer tender las alas inmateriales del espíritu en el vacío, como un derecho inalienable de la razón.

Y este agnosticismo se manifiesta en la obra de Barba-Jacob. En *La Estrella de la Tarde* dice:

“Hermano mío en el esfuerzo errante,
nunca sabremos nada.”

Y en *La Parábola de los Viajeros*:

“MAIN

—¿Y todos los caminos?

EL ANCIANO

—Dan al mar.”

Extraños fenómenos de que fué víctima en los últimos tiempos, no sé hasta qué punto han modificado su actitud mental.

* * *

¡Qué bien queda la personalidad del poeta en *Rosas Negras*, el libro en que al fin se recogieron sus poemas! ¡Su prosa, cómo completa sus versos! Leyendo *La Divina Tragedia*—ese primoroso y largo prólogo en dos partes,—*Interpretaciones*, la *Carta a Antonio J. Cano* y los poemas que componen el libro, se conoce la personalidad toda, definida, del autor. Y no es la parte menos interesante de la obra, esa que mira al misterio y nos asegura que el Barba-Jacob incrédulo y burlón de los primeros tiempos, fué rudamente sacudido por sucesos sobrenaturales (las noches en el Palacio de la Nunciatura) hasta sentirse sobrecogido y trémulo y afirmar que no podía cerrar sus puertas a lo arcano. En todas esas prosas se ve cuán profunda impresión hizo en él *El Infantito de la Buena Estrella*.

* * *

Los poemas del poeta colombiano tienen el sabor del pecado. Y este también es otro de los caracteres del dolor de nuestra generación ¡Freud y su legión nos han dado tantas luces! Ahora somos pecadores

conscientes. Y el que no guste de esta palabra *pecado*, que crea inexacta, sustitúyala por otra y diga que la poesía de Barba-Jacob tiene el sabor de la limitación del hombre, tan condicionado y tan misérrimo.

“Muy hijo de mujer, muy corto en vida,
muy lleno de miseria amontonada.”

Como dijo Fray Luis.

Y aquí es innecesario recordar versos de nuestro poeta, pues todos están impregnados de este dolor.

La inanidad de todo la expresa también a cada momento, en lúgubres estribillos, como aquel que repite en una de sus más bellas composiciones:

“¡Alma mía, qué cosa tan vana!”

* * *

En esta edad del sexo, la poesía del gran colombiano es sexual. (¿Y qué poesía no lo es?, exclamará algún freudiano. ¿No se ha probado que todo arte es sexual?) Hay algunos sonidos melódicos en *Rosas Negras* que son claramente una sensualidad: goce al fin de los sentidos. Más aún: tienen, como ciertos olores, algo de sexual.

Y en este difícil terreno no sigo adelante, aun a riesgo de que mi elogio a su autor quede incompleto, por miedo irreprimible a los fariseos. ¿No seguimos viviendo en Filistea?, como preguntaría Oscar Wilde.

* * *

Un día me escribió Ingenieros, a propósito de un libro de versos:

“El canto de los pájaros ayuda a orientarse en la selva: esos poemas están completamente de acuerdo con mis nociones científicas.”

Y este agnosticismo se manifiesta en la obra de Barba-Jacob. En *La Estrella de la Tarde* dice:

“Hermano mío en el esfuerzo errante,
nunca sabremos nada.”

Y en *La Parábola de los Viajeros*:

“MAIN

—¿Y todos los caminos?

EL ANCIANO

—Dan al mar.”

Extraños fenómenos de que fué víctima en los últimos tiempos, no sé hasta qué punto han modificado su actitud mental.

* * *

¡Qué bien queda la personalidad del poeta en *Rosas Negras*, el libro en que al fin se recogieron sus poemas! ¡Su prosa, cómo completa sus versos! Leyendo *La Divina Tragedia*—ese primoroso y largo prólogo en dos partes,—*Interpretaciones*, la *Carta a Antonio J. Cano* y los poemas que componen el libro, se conoce la personalidad toda, definida, del autor. Y no es la parte menos interesante de la obra, esa que mira al misterio y nos asegura que el Barba-Jacob incrédulo y burlón de los primeros tiempos, fué rudamente sacudido por sucesos sobrenaturales (las noches en el Palacio de la Nunciatura) hasta sentirse sobrecogido y trémulo y afirmar que no podía cerrar sus puertas a lo arcano. En todas esas prosas se ve cuán profunda impresión hizo en él *El Infantito de la Buena Estrella*.

* * *

Los poemas del poeta colombiano tienen el sabor del pecado. Y este también es otro de los caracteres del dolor de nuestra generación ¡Freud y su legión nos han dado tantas luces! Ahora somos pecadores

conscientes. Y el que no guste de esta palabra *pecado*, que crea inexacta, sustitúyala por otra y diga que la poesía de Barba-Jacob tiene el sabor de la limitación del hombre, tan condicionado y tan misérrimo.

“Muy hijo de mujer, muy corto en vida,
muy lleno de miseria amontonada.”

Como dijo Fray Luis.

Y aquí es innecesario recordar versos de nuestro poeta, pues todos están impregnados de este dolor.

La inanidad de todo la expresa también a cada momento, en lúgubres estribillos, como aquel que repite en una de sus más bellas composiciones:

“¡Alma mía, qué cosa tan vana!”

* * *

En esta edad del sexo, la poesía del gran colombiano es sexual. (¿Y qué poesía no lo es?, exclamará algún freudiano. ¿No se ha probado que todo arte es sexual?) Hay algunos sonidos melódicos en *Rosas Negras* que son claramente una sensualidad: goce al fin de los sentidos. Más aún: tienen, como ciertos olores, algo de sexual.

Y en este difícil terreno no sigo adelante, aun a riesgo de que mi elogio a su autor quede incompleto, por miedo irreprimible a los fariseos. ¿No seguimos viviendo en Filistea?, como preguntaría Oscar Wilde.

* * *

Un día me escribió Ingenieros, a propósito de un libro de versos:

“El canto de los pájaros ayuda a orientarse en la selva: esos poemas están completamente de acuerdo con mis nociones científicas.”

Esta sabiduría de los poetas es manifesta en Barba-Jacob. En "La Dama de los Cabellos Ardientes," escribe refiriéndose a la lujuria:

"Cantaba suavemente:

—Yo he mullido
tu carne con mis manos prodigiosas,
y por ellas tu lira da un lamento
a cada sensación, como las rosas
a cada brisa un poco de su aliento.
Pudiste ser el alma sin la flama,
caduco en su ruindad y en su colina,
y eres la hoguera espléndida que inflama
los tules de la noche y la ilumina.
O el barro, sordo, en que no encuentra
ni un eco fiel el trémolo del mundo;
y eres el caracol, donde concentra
y fija el mar su cántico profundo.

¡Todo por mí! Por la virtud secreta
que mis óleos balsámicos infunden,
rozando apenas la materia obscura,
y que sobre las sienes del poeta
el verde claro del laurel augura.
¡Todo por mí! La ardiente cabellera
flota en los manantiales de la vida,
y por mí, como un bosque en su pradera,
la Muerte está de niños frutecida."

Esto parece un moderno ensayo sobre el sexo, comprimido, hermoso y sintético como un diamante. Teñimos con el sexo nuestra vida. ¿Qué fuera de ella sin este color? ¿Qué pálida, qué lánguida sería sin él! En una profunda síntesis leí que de los dos ejes en que descansa la existencia, instinto de conservación e instinto sexual, el primero es muerte y el segundo vida. Todo el instinto de conservación, que es defensa, y, por lo tanto, ahorro de energía, tiende a llevar la vida animal al tipo de la vida inorgánica, es decir, a la muerte. Por el contrario, el instinto sexual, que es dádiva, derroche y ostentación, complica, enriquece y hace compleja la vida. Toda la civilización es sexual. El arte es sexual.

Y como en este poema, en otros muchos Barba-Jacob tiene una profunda sabiduría.

* * *

Barba - Jacob es muy humano. Todos nos sentimos retratados en él: por eso lo amamos. Todos caemos como cayó él; todos tenemos su lujuria y, como él, el dolor de nuestra lujuria. Todos nos despreciamos a nosotros mismos, quien más quien menos, y los mejores van a la cabeza en este despreciarse. Todos gustamos de sus paraísos artificiales, en alguna forma. Todos queremos agarrarnos a la verdad, en medio de un mundo incomprendido; pero no podemos asirla nunca. En síntesis, todos sufrimos como Barba-Jacob; pero no todos podemos expresarlo como él, y por eso hacemos nuestra su palabra, al aprendernos de memoria sus poesías.

En las inútiles clasificaciones, clasifiquémoslo entre los dolorosos, no por que exista un poeta que no lo sea, sino porque él es uno de los más atormentados, hasta llegar a la línea primaria que dicta las nomenclaturas oficiales. Por ahí dice:

"Yo tuve ya un dolor tan íntimo y tan fiero,
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas en las ráfagas de su huracán postrero
fuí hasta la muerte..."

Todos sus poemas están impregnados de este dolor. Pero acaso en ninguno es tan lacerante como en ese bellísimo *Lamentación de Octubre* que tiene por fúnebre estribillo:

"Pero la vida está llamando
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad quisiera ser;

Pero la vida está acabando
y ya no es hora de aprender."

Su negación de todo, culmina en *Canción de la Noche Diamantina*, con un — “¡No! ¡No! ¡No! ¡No!” al final de cada estrofa.

* * *

¡Y cómo nos ha dado este dolor! En la forma más pura y armoniosa. Su melodía es tan intensa que llega a embriagar. Es admirable el uso que hace del estribillo. Fuertes disciplinas mentales lo llevan a estas alturas, inaccesibles para los más. *A lo más alto por lo más difícil*, podría ser su lema. El mismo puso sello a su excelencia en estos admirables versos de *Acuarimántima*.

“¡Vengo a expresar mi desazón suprema y a perpetuarme en la virtud del canto.”

En este otro de la misma composición:

“Perfecta en sí la estrofa del lamento.”

Y en su propio prólogo en que afirma:

“... Se trata ya de obras como mi *Canción de la Vida Profunda*, para las cuales no necesito pedir indulgencia...”

“... Las llamo *perfectas*, porque he expresado a trazos mi concepción del mundo, mi emoción, mi alarido, la robustez varonil de mi alma en el dolor de la vida, de la dulce y trágica vida,—tal como yo quería expresarlos: con un acento personal lleno de dignidad, dando fulgencia a las palabras, aliñando la música hasta sus últimos matices dentro de pautas un poco arcaicas. Después he comprendido que puedo reivindicar también, como virtud muy mía, pues la logro por el esfuerzo, la de la libertad.”

* * *

En el citado prólogo escribió:

“... La juventud literaria de nuestro continente se ha tornado exquisita. Gusta de hallar en cada poema una sucesión de menudas sorpresas de palabra o giro elegante, que coincidan con otras tantas sorpresas del sentimiento romántico dulce, o irónico, o simplemente maravilloso de primor como un caracol. Y todo ello envuelto en el velo de “Isis,” ondeando vagamente en la nébula flotante de imágenes imprecisas...”

Y que buscó semejante preciosismo es cierto. Sólo que cuando intentaba decorar su locura, al comenzar ésta, pudo poner esclusas a las aguas salobres de su agonía; pero al crecer, vió hundirse su frágil retórica y se encontró con que su mar, rugiente y alborotado, estaba regido por propias leyes rítmicas, que trascendían la anterior personal armonía, pues eran las olas del dolor humano. Y en el doble proceso todos salimos ganando, como que algunas veces en que la luz riela en su superficie, se ven aún huellas graciosas de la prístina e íntima noción de lo bello; pero el gran ritmo de su poesía pertenece a un orden más elevado.

Lo que hablando con más pureza quiere decir que encontró la expresión justa a pesar de su retórica de adolescente.

* * *

En otra parte del mismo prólogo, dice:

“... Excepto mi *Canción de la Estrella de la Tarde*, que esa sí no es nadería. Se me iba depurando el sentimiento ficticio de antes en la realidad del dolor; ya mi ternura no era inmediata, y mi agua verbal ahondaba su cauce. Mas escribía generalmente con una gran dificultad: la rima me era un tormento, las asonancias me contristaban. Forzaba el ánimo para realizar ciertos cantos, aún a riesgo de que se advirtiera en ellos la falta de un óleo melódico invisible... Y yo me iba diciendo: “¡No importa! ¡Estos son esfuerzos! ¡Vivir es esforzarse!”

Aceptemos, pues, que en Barba-Jacob hay una capa permeable de retórica. Y aquí cabe preguntarse: ¿puede un poeta no ser retórico? La retórica es inseparable de la literatura. El más puro, el más veraz, el más sencillo poeta es en cierto modo retórico. El acto de escribir es un desdoblamiento que ya supone un artificio, una emoción mediata, una objetivación del sujeto. Lo que se dice de un poeta cuando se le califica de retórico equivale a llamarle "mal retórico" o "muy retórico."

Barba-Jacob tiene una naturaleza de diamante. En él es natural el brillo, la simetría, la complejidad prismática y el sentido de la proporción. Es natural y bello. La emoción más honda se enriquece al pasar por su naturaleza de diamante.

Barba-Jacob no es inferior a ningún poeta colombiano. En *Rosas Negras* no hay una sola composición —ni las juveniles— que merezca el olvido. Y las más son perfectas, ejemplares. Ha tocado todos los temas eternos.

* * *

En un artículo sobre Freud, escribí, hace tiempo, lo siguiente:

Freud considera al artista como un hombre en el que son fuertes los instintos de dominio, de amor, de sensualidad, en fin; en que es fuerte la imaginación creadora; y son débiles las fuerzas represoras. Y así como el sueño no es muchas veces sino el indicio de un deseo incumplido, así, según Freud, el arte no es sino el sueño diurno del artista que se refugia en él para satisfacer, en esta forma exultoria, sus anhelos incumplidos. En el fondo, pues, lo que genera el arte son instintos puramente animales o sensuales, sublimados. Pero, como la humanidad no puede soñar despierta con la misma eficacia que el artista, cuando éste logra trascender lo puramente personal y lo hace ampliamente humano, generalizándolo, el hombre se siente servido, porque puede descansar en la misma amplia estancia que el artista ha creado para su descanso, en proporciones tan grandes, que da cabida a la humanidad toda. Y entonces ésta premia al creador con todo lo que él precisamente deseaba: honores, poder, riqueza y amor. El artista va, pues, a la satisfacción de sus apetitos, por una vía indirecta, dando un largo rodeo del que no es consciente.

Los anteriores conceptos explican nuestra admiración y nuestra devoción por el autor de *Rosas Negras*. Repito que Barba-Jacob expresa claramente nuestra sensualidad, el desprecio que todo hombre honrado siente por sí mismo, nuestra duda, nuestro dolor, en fin. Por eso nos acogemos a él, porque él es nuestra voz, la expresión de nuestra queja. Si él hubiera manifestado un nuevo dolor, dentro del dolor humano, como creyó, no lo amaríamos tanto, porque no le hubiéramos entendido lo suficiente.

* * *

Barba-Jacob es un poeta puro. *Una vida destinada no a las necesidades de la existencia sino a expresarse*. Por eso es tan luminosa su expresión. Rubén Darío lo hubiera llamado "*poetísimo*," con gracioso superlativo.

Barba-Jacob no es nunca el poeta domesticado. Es el águila altanera en la agria cumbre, siguiendo las normas de su raza aquilina, y nunca el ave de corral, que presta sus servicios a los hombres. ¡Ah, yo sé mucho de la claudicación de algunos poetas, que hacen menesteres domésticos, que perciben sueldos, que cobran cuentas; poetas, en fin, casados, que han formado una familia! En todo gran poeta ha habido, como Rubén decía, un *hogar manqué*.

* * *

Y por último, no lo olvidemos, hay en la obra de Barba-Jacob algo de lo que no es lícito hablar: algo que escapa a toda crítica. El *quid divinum*. Lo que Darío expresaba por las palabras "poseído por el *deus*." La pitia loca. Lo que el propio Barba-Jacob expresa al afirmar muy alto que:

"... Todo esto es vana fórmula si uno no ha sido hechizado... Ya el hechizamiento sea divino, como en San Juan de la Cruz, ya sea de tristeza de amor incurable, como en Becquer, ya sea luciferino y sonámbulo como en mí, ya sea ondulante y llameante como en Rubén o en don Ramón, hay que estar hechizado."

Acabo, pues, esta noticia diciendo simplemente: Barba-Jacob es un poeta.

II

NOTICIA BIBLIOGRAFICA

Cómo se editó en Guatemala "Rosas Negras," el tomo de poesías de Porfirio Barba - Jacob.

Cuando llegó la noticia de que Barba-Jacob estaba muy enfermo, dos colaboradores del diario *El Liberal Progresista* de esta ciudad insinuaron que se reuniese su obra dispersa en un volúmen, como el mejor homenaje que Guatemala debía al gran poeta. (Y lo que Guatemala debe a Barba-Jacob es largo de expresar).

La idea tuvo inmediatamente eco en muchas clases de nuestra sociedad, sobre todo en el diario *El Imparcial*, del que Barba-Jacob fué colaborador.

Al conocerla, decidí encargarme de editar el libro proyectado. Con devota admiración había conservado el libro inédito que Adolfo Pérez Menéndez me confió, como un rico depósito, cuando Porfirio lo dejó abandonado, al salir de nuestra patria, en 1923. Durante muchos años defendí sus poemas de calurosos admiradores que me los prestaban una y otra vez; y siempre soñé con imprimirlo, para multiplicar las copias e impedir que se perdiera irreparablemente.

Todo pareció querer facilitar mi tarea. G. M. Staebler, dueño de la tipografía "Electra," ofreció imprimir el tomo de poesías sin cobrar más que, en parte, el papel y la mano de obra; los señores de la Riva Hermanos se encargaron de venderlo. Cuando por la prensa solicité copias de las composiciones del gran poeta, las enviaron de todas partes del país fervidos devotos,—Federico

Hernández de León, Víctor Ocheita, David Vela, César Brañas, Carlos Gándara Durán y muchos otros cuyos nombres siento no saber o no recordar,—que las habían recortado de diarios guatemaltecos. Y otro gran poeta, el dilecto Alberto Velásquez, me entregó, para que formase parte del libro, un admirable prólogo del propio Barba-Jacob, que había rescatado por alto precio. Se pudo así constatar que en Guatemala había verdadero cariño por el excelso enfermo.

No faltaron, sin embargo, quienes impugnaran mi obra, afirmando que no tenía derecho de editar *Rosas Negras* sin contar con la anuencia del autor; más aún, contra su expresa voluntad, pues muchas veces fué claro al hablar de su repugnancia por los volúmenes de poesías. Alguno de estos impugnadores, me dijo lo siguiente:

—Lo que usted está haciendo es violar un derecho.

—Desde luego. ¿Usted no ha violado nunca ninguno?

Y el diálogo siguió así:

—¿Y si el autor protesta?

—Estoy apercibido para recibir su descontento.

Así pues, puede afirmarse que el precioso tomo de poesías ha sido editado en muy curiosas circunstancias: por la devoción de un pueblo y a pesar de su autor.

* * *

Barba-Jacob, tan pintoresco, que labró su vida como otro bello mal poema, digno más que de Machado, de Baudelaire o de Verlaine; que gustó también de *epatar* a los burgueses; que poseyó esa pequeña, pero imprescindible técnica del detalle elegante, en que los poetas comparten atributos femeniles—se ha afirmado que todo arte es femenil—siempre, por coquetería o por otros motivos que se me escapan, rehuyó imprimir un libro.

¡Un libro! ¡Puf! Mientras el poema no se publica es algo único; cuando se da a la prensa se adocena: es el objeto de tocador que copia la obra maestra singular.

Son también palabras suyas, copiadas textualmente:

“Por más que hube reunido quince, veinte pequeñas obras en mis hatillos, rehusé asesinarlas dentro de un libro, asesinarlas y sepultarlas dentro de un libro. Hay muchos libros de poetas y muy pocos grandes poetas, decía yo. Y esperaba. Y trabajaba...”

Y tal actitud sin duda que contribuyó a elevar el precio de su obra.

Pero ésta no necesitaba de semejante procedimiento, que no era otra cosa que un preciosismo más, de aquellos en que Barba-Jacob abunda, para tener alto valor.

* * *

Procuré dar en *Rosas Negras*, a las gemas de Barba-Jacob el apropiado engaste, con solícito cariño. Consulté hasta seis distintas lecciones de algunos de sus poemas. Respeté la distribución que había hecho el autor en el libro que dejó abandonado; pero en la última parte, *Antorchas contra el Viento*, incluí gran número de versos posteriores. De ello se reciente dicha distribución.

* * *

Así prodiga Colombia a sus poetas. Así la rica Colombia dejó botados a Porfirio Barba-Jacob y Leopoldo de la Rosa. En su caja de seguridad guarda a Pombo, Silva, Valencia, López, Tablanca... Entre sus emigrantes van quilates de este valor. Colombia los ignora. Es una madre generosa; pero ellos son hijos pródigos que no supieron guardar su propio tesoro.

Rafael Arévalo Martínez.

Guatemala, diciembre de 1932.

INDICE

	Página
La Divina Tragedia. El poeta habla de sí mismo	1
La Divina Tragedia. Fragmentos del prólogo de “La Diadema.”	34
Interpretaciones	36
Carta a don Antonio J. Cano	42
Acuarimántima	45
Parábola del Retorno	61
Arbol Viejo	63
Espíritu Errante	64
Parábola de los Viajeros	65
Espacio . . . Tiempo . . .	70
Acto de Agradecimiento	71
El Corazón Rebotante	73
Canción de la Vida Profunda	77
Nueva Canción de la Vida Profunda	79
Elegía de Septiembre	81
Pecado Original	83
El Collar Desatado	84
Triste Amor	86
Soberbia	87
Valor	88
Canción de la Noche Diamantina	89
Canción de un Azul Imposible	91
Nueva Canción de un Azul Imposible	92
Cintia Deleltosa	97
La Carne Ardiente	98
En la Muerte del Poeta Porfirio Barba-Jacob	101
Iomena	102
Hora Trágica	103
La Caída del Telón	104
El Triunfo de la Vida	107
Canción Ligera	111

	Página
Retrato de un Jovencito.....	112
Un Hombre.....	113
La Dama de los Cabellos Ardientes.....	114
Los Desposados de la Muerte	119
Canción del Día Fugitivo	121
Corazón	124
La Reina	125
Elegía del Marino Ilusorio	126
Plenitud.....	127
La Estrella de la Tarde	128
Futuro.....	130
Canción Ligera	131
Pompas	132
La Hermana	133
Motivo.....	134
Amigo Espiritual.....	135
La Hora Suprema.....	136
Plenitud.....	138
Estancias.....	140
La Gracia Incógnita	141
Niños	143
Canción de la Alegría.....	144
Segunda Canción sin Motivo	145
Carbunclos.....	146
La Infanta de las Maravillas.....	147
Canción del Día Fatigado.....	149
El Espejo	151
Futuro.....	152
Lamentación de Octubre.....	153
La Vieja Canción	154
Primera Canción de la Soledad.....	156
Balada de la Loca Alegría.. ..	158
La Ciudad de la Estrella.....	161
Sabiduría.....	163
El Son del Viento.....	164
El Despertar	167
El Pensamiento Perdido.....	168
Canción Delirante.....	170
Segunda Canción Delirante.....	171
Antorchas contra el Viento	172
Porfirio Barba-Jacob, por Rafael Arévalo Martínez	175

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100198489

UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

